

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 119 - Diciembre de 2020 - Distribución gratuita www.universo centro.com





Continúa en página 36...

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 119 - Diciembre 2020

Impreso en La Patria

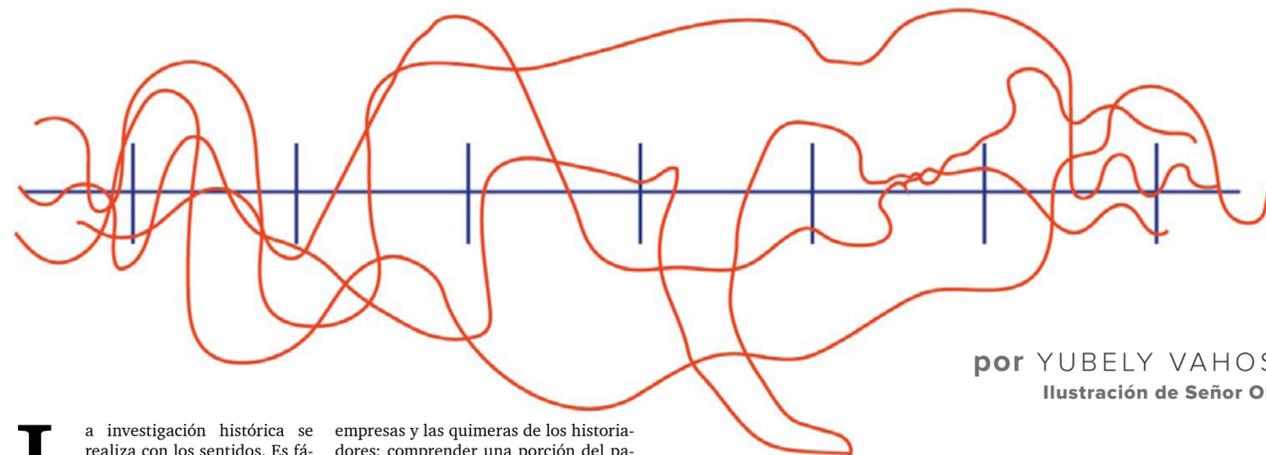
universocentro@universocentro.com



universo
centro

universocentro.com.co

ESCUCHA EN LA TOMA



por YUBELY VAHOS

Ilustración de Señor Ok

La investigación histórica se realiza con los sentidos. Es fácil admitir esta afirmación cuando se piensa en la sed que advertimos en nuestra mirada al vagar por las fotos de días extintos que, claramente, no fueron tomadas para nosotros. O cuando nuestro tacto desnuda un documento de archivo, y rozamos delicadamente su cuerpo de tiempo detenido, mientras olemos el sedimento de las manos que pasaron por él antes que las nuestras. Pero, ¿cuál es el lugar del oído en esta relación erótica? Que nadie piense en jugar a la tabla gúija para escuchar las voces de quienes recorrieron antes que nosotros los pasillos de la casa tenebrosa que es en ocasiones nuestro país. El procedimiento es mucho más prosaico, pero el vértigo no está lejos (imagino) del que sienten los jugadores de aquel invento.

Viaje conmigo a curiosear entre los recovecos del Archivo General de la Nación, hasta hallar —gracias a un golpe de suerte— una colección de audios recuperados de veinte casetes, que preservan parte de la vida cotidiana y las negociaciones adelantadas entre el M-19 y el gobierno de César Turbay, durante la toma de la embajada de República Dominicana en Bogotá. Sí, se trata de vestigios de aquella acción emprendida el 27 de febrero de 1980 por el comando Marcos Zambrano de esa guerrilla colombiana y culminada dos meses más tarde. Evento histórico en el que un grupo armado mantuvo cautivos embajadores de Estados Unidos, Israel, Uruguay, Austria, Suiza, El Salvador, Costa Rica, Brasil, Guatemala, Egipto, Venezuela, México y Haití, y al nuncio del Vaticano, hasta que el gobierno y la guerrilla lograron negociar un fin pacífico que comportó la entrega de los rehenes y la salida segura de los guerrilleros a Cuba. Poco se sabe de los caminos que recorrieron esos audios hasta reposar en las arcas del AGN. Lo cierto es que, como en la película alemana *La vida de los otros*, los guerrilleros y en menor medida los rehenes fueron grabados por las fuerzas militares durante el desarrollo de las actividades cotidianas y excepcionales que marcaron el ritmo de ese suceso único. También es cierto que, a semejanza de Wiesler, el encargado de escuchar lo que ocurría en la casa de la pareja vigilada en la película, cuerpos de inteligencia, parte del equipo negociador y otros grupos interesados siguieron los sucesos de la embajada, conocieron casi con la misma precisión de los rehenes y los guerrilleros las rutinas y tensiones de ambos grupos —y por ello aún está por saberse cómo esta realidad influyó en el rumbo de las negociaciones—. Con más preguntas que respuestas respecto al origen de los audios, me hallé inmersa en su escucha, intentando descifrar su contenido y transcribiendo todo cuanto podía captar, con el propósito que anima las

empresas y las quimeras de los historiadores: comprender una porción del pasado a partir de sus vestigios.

En ese sentido, *La Toma: el M-19 en la Embajada de República Dominicana, 1980* da cuenta de mis hallazgos y restituye el lugar del sonido en la investigación, con su carga “erótica”, ética y narrativa. Escuchar como una intrusa girones de la vida de un grupo de seres humanos, forzados a hacer causa común para la culminación exitosa de la toma y separados por sus ideas sobre cómo debía gestionarse ese final y, sobre todo, por la amenazante presencia de las armas guerrilleras, es una experiencia que aproxima el oficio del historiador al del antropólogo. El acceso a apartados de aquellos dos meses me otorgó la sensación de entrar en la embajada, pero qué precaria forma de estar allí. En mis oídos reverberaban conversaciones, gritos, risas, jadeos, mientras yo permanecía a la orilla de lo que había ocurrido hace cuarenta años, como una perpetua recién llegada que no entendía muy bien la trama que se desenvolvía en torno suyo.

De repente escuchaba la voz fuerte de un hombre a quien con el tiempo reconocí como el Comandante Uno, dialogando amablemente con los embajadores de República Dominicana, México y Brasil sobre la comida, haciendo mofa sobre el presidente de la República de Colombia. Y minutos más tarde volvía a encontrarlo a puerta cerrada con la Chiqui, guerrillera y compañera sentimental cuya despotricando de los mismos hombres, dudando de la honestidad de sus palabras. En tales circunstancias me fue preciso aprender a pensar en “clave de la embajada”. Esto significó desarrollar una suerte de intuición que me permitió descifrar los entresijos de las interacciones entre los sujetos que habitaron esa casa bogotana.

Hablo de intuición, porque al tratarse de audios captados sin el conocimiento de sus protagonistas nada es totalmente diáfano. El poder que ejercían algunos guerrilleros frente a sus compañeros y la totalidad del grupo respecto a los cautivos se expresaba con un tono particular de voz; en tanto que yo podía percibir la frustración de los dominados en la densidad del silencio, en los dientes apretados que retenían los insultos y los actos desesperados que los cautivos ansiaban y temían materializar. Sin embargo, este recurso no solo acudió en mi ayuda para trazar con palabras el horror que constituye el telón de fondo de esta toma. Se tornó aún más valioso para comprender el sentido de otros aspectos que constituyeron la experiencia de rehenes y guerrilleros.

En la toma se desarrollaron situaciones que nos revelan que, en ocasiones, en la revolución también hubo fiesta. Mi oído me asaltaba con un corrientazo al captar signos del espíritu festivo con que rehenes y guerrilleros hicieron más

soportables los días que se sucedían en la embajada. Se bebió y se cantó a la salud de quienes cumplieron años durante esos meses, algunos embajadores y varios guerrilleros se tornaron en contrincantes recurrentes en torno a juegos de azar, los integrantes del comando Marcos Zambrano animaron sus ratos libres e incluso las horas de guardia con licor y chistes de alto calibre, y los rehenes encontraron en el elogio de la belleza de sus captoras un paliativo para su soledad.

Escuchar los audios de la toma no solo implicó dejarme atrapar por lo excepcional. Poco a poco fui reconociendo las rutinas que cimentaban la vida común en ese espacio. Cada hora tenía unos sonidos particulares que aprendí a identificar para situarme en el tiempo de aquellos hombres y mujeres. La madrugada sonaba a duchas y bostezos, la mañana a sartenes, platos y noticias, la tarde a visitantes que arribaban para entregar alimentos y monitorear la salud de los rehenes, la caída de la noche a conversaciones sueltas, reuniones y las voces de los que permanecían insomnes. Solo así, la escritura sobre la toma se tiñó con el color de una empatía sin ingenuidad, y mi cuerpo fue el puente para plasmar en el papel la vaharada de vida que ocurría en el reproductor de sonido.

No puedo culminar esta crónica de lo escuchado sin compartir una infidencia que posee el hábito de la prosa de Henry Miller, o de las más atrayentes descripciones etnográficas de Bronislaw Malinowski. Durante algunos minutos de escucha descubrí que, en este aparentemente cándido acto, también hay cabida para un gesto que, a falta de una palabra más precisa, denominaré voyerismo. Unos jadeos lentos, ritmados con palabras de deseo; y el sonido inconfundible de los cuerpos ajetreídos en los juegos de la carne me anunciaron que había abierto una puerta que los guerrilleros habían cerrado para entregarse a la intimidad del sexo. Con la mano sobre el botón que me permitía adelantar la grabación y pasar de largo ante lo prohibido, deshojé por un instante la margarita: ¿escucho o me retiro? Pero la curiosidad de la mujer que me habita y el afán historiográfico de correr todos los velos del pasado me instaron a seguir las evoluciones de ese deseo que, gracias a la magia del sonido, todavía parece arder con la frase pronunciada por el Comandante Uno: “Sí, mi amor, pero venga, aproveche, quítese eso, eso, en diez minutos, vea, ¡jum!, dentro de diez minutos nos pueden matar”.

Fragmentos

“Y no vino la Cruz Roja, no vino el furgón, y eso está pletórico de basura, de

ropa sucia, y el perro muerto en la sala”, señala la Chiqui. “Ese perro está muerto desde antier!” completa Zambrano, a lo que la Chiqui agrega: “Y los lunes es que normalmente la Cruz Roja viene. Ahora rato, cuando estaba el de la moto, le preguntamos y él nos dijo que sí, que el furgón estaba allí, pero no, no vino”. Y cierra el peruano: “Ese perro empieza a oler”.

“Entonces entraba a un cuarto y estaban reunidos todos ustedes. Pues estaba reunida toda la gente y veía a Alfredo. Me saludaba: ‘¿Y qué, usted cómo está?’. Y yo: ‘¡Marica, usted qué hace aquí!’. Y él: ‘No, esto está tan bueno que yo me vine’. Y yo: ‘¿Cómo así!’. Y él: ‘No, pues yo me vine’. Y yo: ‘¿Usted está seguro de que de aquí vamos a salir con vida, o qué?’. ‘¡Claro! La vaina se demora, pero salimos’. Entonces, después [...] la Chiqui quería agua, y nos fuimos a buscar agua pa la Chiquita, pero [...] los lavamanos no estaban, no había lavamanos, y allí me desperté”.

“¡Presenten armas! ¡Arrr! A discreción, ¡descansen, arrr! A discreción... Entonces, cuando estén en presentar armas, vamos a contar un minuto de silencio por el compañero Carlos Arturo Sandoval”. Posteriormente, Roberto empezó a cantar solo aquella estrofa que nadie recordaba y todos querían escuchar: “Hoy, que la patria se halla herida, / hoy queremos todos combatir, / vamos a dar por ella nuestra vida, / que morir por la patria no es morir”.

—“Bueno, todos los que estamos aquí tenemos seres queridos. La mayoría de los del M-19, creo que todos, tenemos mujeres, hijos, padres... ¿cierto? Yo en mi soledad, pues... cuando estoy descansando, me acuerdo de mi esposa. Tanto ella como yo somos bastante infantiles en muchos aspectos [...]. Yo a ella le escribía cosas cuando estábamos juntos. Aunque son muy cursis tal vez, a mí me gusta escribirlas [y] a ella le gusta escucharlas. Yo no sé cómo buscar el medio, ¿cierto?, pero yo quisiera que esto le llegara lo más pronto posible; así no supiera que estoy aquí, pero que me acuerdo de ella.

—¡Qué lindo! [se escucha entre risas].
—Silencio, pues, que peligra la vida del artista:

Aún no me he olvidado de aquel trigo dorado en marzo como en enero, / no de aquellos labios dulzotes que un día besé primero. / Ni de tus breves y blancas manos, que cual blancas palomas acariciaron mis ilusiones, / ni de las alegrías y los temores que inquietaban el amor y los dolores. / Muñequita de seda, pedacito de marfil, / gentil muchachita, no te olvides de mí”.

Un aroma sin café

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA • Fotografías de Ricardo Cruz

El paisaje comienza a iluminarse cuando el reloj cruza el umbral de las 5:30 de la mañana. El murmullo de las quebradas La Nigua y La Arabia, que pasan por los costados de la hacienda El Banco, la finca cafetera más grande de Venecia, acompaña la bruma que se disipa.

Los recolectores surgen de los caminos veredales con sus botas de caucho de veinticinco mil pesos, de esas que se compran en la ferretería de los hermanos Pérez Restrepo. Llevan bolsas de plástico con las que se cubren el torso; guantes, gorras, sombreros y camisas o camisetas de mangas largas para emprender una jornada que se antoja difícil, pues hubo aguacero la noche anterior, por disposición de La Niña.

Otros llegan en el carro de Jorge que sube desde la cabecera del pueblo a las 4:50 de la mañana y va recogiendo trabajadores por todo ese camino de estrechuras, barro y piedras que conecta a las veredas Villa Luz, La Sucia, Villa Silva, La Loma y La Arabia.

El Banco, hacienda de más de cien años, de 207 cuerdas y con más de ochocientos mil árboles de café, queda en La Arabia, aunque antes, según cuentan los historiadores, pertenecía a La Loma. Fue fundada por Emilio Upegui, pero ahora le pertenece a un terrateniente llamado Oscar Díez, del que poco se sabe o se habla, como si estuviera prohibido saber o hablar del señor. Los decires es que es dueño de cuatro fincas grandes en Fredonia, de otras tres en Betania: El Balcón, La Linda y Las Mercedes; y en Venecia, de El Banco, El Jordán, La Estrella y El Bosque.

Hay personas que lo han visto tomando tinto en el atrio de la iglesia de Venecia, y otras que lo han visto pasar a caballo por las calles de Fredonia. Se apuran a comentar, incluso, que tiene muchas más fincas, en Salgar, en

Andes, en Támesis, y que ni siquiera los narcos se meten con él. Una especie de mito, quizás, o un moderno Jaime Buile, ese excéntrico personaje que narra Germán Castro Caycedo en su aclamado libro *La Bruja*.

La hacienda El Banco es administrada por Enrique y su esposa Beatriz. Viven con la hija, el yerno, una sobrina y dos nietas que correetan sin dios ni ley por los corredores, los graneros y los pastizales de la finca, a la que llegaron hace más de veinte años, y en la que encontraron, esculcando un zarzo, una página de *El Colombiano* de 1914 en la que se consignaban noticias sobre la Primera Guerra Mundial, el presidente electo José Vicente Concha y la muerte del poeta Enrique Álvarez, autor de *La carcaja del diablo*.

“Te moriste Enrique, y hace tiempo”, bromeó Beatriz cuando encontraron aquella histórica página del diario antioqueño.

Beatriz siempre está de buen humor, sin importar la hora del día o la carga del trabajo. Se la pasa en la cocina, día y noche, preparando tragos, desayunos y comidas para todo el día. A veces sale al corredor principal para advertir a las nietas, no vaya a ser que se metan en el corral de las mulas. Pero las niñas siempre están detrás de la cola de Rupertini, una chandita con los dientes torcidos, siempre atento a los sapos y a otros animalitos de monte.

El carro de Jorge llega cuando van siendo las seis de la mañana. Changa y Ramiro esperan frente a la finca, sentados en una piedra fumando cigarrillo, echando chistes y contándose cuitas. Saludan a los demás con gestos y monosílabos y luego se atalajan sus ropas y sus botas para comenzar el ascenso hasta los cafetales. Antes de eso, entre chistes, Changa le suelta a Ramiro que, quizás, desde enero dejará de ser recolector de café y se volverá albañil, para seguir

los pasos del gran Pascual Acevedo, el maestro de obra más famoso de Venecia, y a quien se le atribuyen el veinte por ciento de las casas y edificios actualmente construidos en el pueblo.

En el carro, una camioneta blanca cuatro por cuatro, llegan cinco trabajadores. Todos se tiran y cogen puesto en el corredor principal de la casa, a la espera de que la señora Beatriz les prepare los primeros tragos, un tinto negro sin azúcar o un vaso de aguapanela caliente.

Ella les cuenta la historia de la página de *El Colombiano* y de la noticia del poeta muerto, al que compara con su Enrique, y todos se echan a reír. Enrique no se inmuta, ya está acostumbrado, y los llama desde el cuarto de las herramientas para tomarles la temperatura y repartirles los baldes, los costales y los tapabocas.

—Ojo con ese covid, que hasta ahora nadie se ha enfermado en El Banco — les dice.

Entonces las charlas se apagan y los recolectores, unos treinta entre los que solo se cuentan tres mujeres, comienzan a preparar la montaña en busca de las hileras de matas, ubicadas a más de 1800 metros sobre el nivel del mar. Más arriba, cuando apenas van quince minutos de caminata, aparecen otros veinte recolectores, ataviados con botas, machetes y pantalones largos.

Tras ellos, empiezan a aparecer perros matorreros venidos desde quién sabe dónde; cojos, muecos, bizcos, sucios y hambrientos, que corren tras los jornaleros ladrando, chillando y meneando la cola, parando en cada barranco con la lengua afuera y los ojos serenos sobre sus amos de ocasión.

Se saludan con gritos y silbidos, y la marcha continúa en medio de ese escenario brumoso y el olor a tierra mojada. Todavía la selva, a pesar de los largos tajos de café que la han ido invadiendo por años, parece querer rebelarse y advierte de su fuerza con ventiscas que arrastran

ramas y hojas que caen desde los copos de árboles gigantes, apostados allí desde los tiempos de titiribies y sinifanaes. Pero, también el café ha germinado por décadas en esas laderas.

Venecia se descubrió tarde, como tantos otros pueblos del suroeste antioqueño. Solo hubo un expedicionario que se aventuró a subir por esas lomas, pero le dio paludismo y murió, y entonces nadie volvió a pasar. Los demás, entre ellos Jorge Robledo, se metían por Fredonia y Amagá, dejándose llevar por la cuenca de la Sinifaná hasta los caminos que los llevaran a Medellín.

Fue hasta 1830, cuando fundaron a Fredonia, que comenzaron a llegar los primeros colonos por Cerro Bravo, y se instalaron en una zona que por mucho tiempo se llamó Guaisito, por la gente de Guarne que había llegado en esa caravana. En 1888, los colonos poblaron Vende Aguja, que ya no existe, y El Ventiadero, con lo cual comenzó a configurarse el caserío de Venecia. En ese entonces, en vez de café, había cañaduzales. En ese mismo año se fundó La Amalia, la que por muchos años fue la finca cafetera más grande de Antioquia, compitiendo únicamente con El Amparo, de Fredonia.

En esos tiempos se entregaban las tierras baldías a personas que las pudieran hacer progresar, y las de Venecia y Fredonia se las entregaron a los descendientes de los presidentes Mariano Ospina Pérez y José Ignacio de Márquez. A esas familias se les dio concesión para sembrar café en las fincas El Amparo, La Amalia y La India.

Se permitió, también, el cultivo de pasto para los animales y de pancoger para alimentar a los colonos. Así comenzó a crecer el pequeño pueblo, que durante muchos años estuvo dividido entre Amagá, Titiribí y Fredonia. Los cultivos de café llegaron a ser tan grandes que



Don Enrique, mayordomo de la finca El Banco.

los dueños de las fincas crearon unas fichas para que sus trabajadores pudieran ir al pueblo a mercar o a comprar herramientas, mientras se vendía el producido. Esas fichas se volvieron pagomas en todo el suroeste, y con ellas se pagaban cuentas en cantinas y en casas de prostitutas. Las fincas tenían entre cuatrocientos y quinientos trabajadores, todos recolectando el grano del progreso.

De La Amalia y El Amparo salían mulas con rumbo a Buenaventura, puerto desde el que se exportaba el café hasta Nueva York y Amsterdam. La plata abundaba gracias al café, y gracias al café, por fin, a Venecia se le concedió la condición de municipio en 1909.

Antes de eso, en 1902, se construyó la parroquia de Santa Teresita. El cura Germán Aguilar llegó de Titiribí en 1898, hastiado del oro y los mineros de El Zancudo.

Llegó al pueblo a lomo de mula y, tras observar la abundancia de café y el progreso irrefrenable del caserío, decidió fundar una parroquia. La hizo en un pequeño parque, junto al asilo, donde, según él, se le apareció la imagen de la Virgen Inmaculada. El cura aquel trató de fundar el pueblo alrededor de esa parroquia y en la parte de lo que hoy es el barrio El Socorro, pero como no había agua cerca, tuvo que subir un poco

más, hasta un terreno que era del señor Tomás Chaverra, quien lo cedió para la construcción de la capilla central, y entonces ahí sí, se fundó Venecia. Luego, el mismo señor Chaverra comenzó a vender pequeñas parcelaciones a los colonos, quienes construyeron sus casas con sus balcones y sus solares, alrededor de la capilla.

Entre tanto, en 1905, La Amalia se quedaba sin patrón, pero a cambio encontraba a una patrona, Amalia Madrián, considerada una de las grandes empresarias de Colombia. Amalia era una guatemalteca de padres payaneses. Casada con José Ignacio Gregorio de Márquez, uno de los herederos de José Ignacio de Márquez Barreto, presidente ministerial de la República de la Nueva Granada desde abril 1837 hasta el mismo mes de 1841.

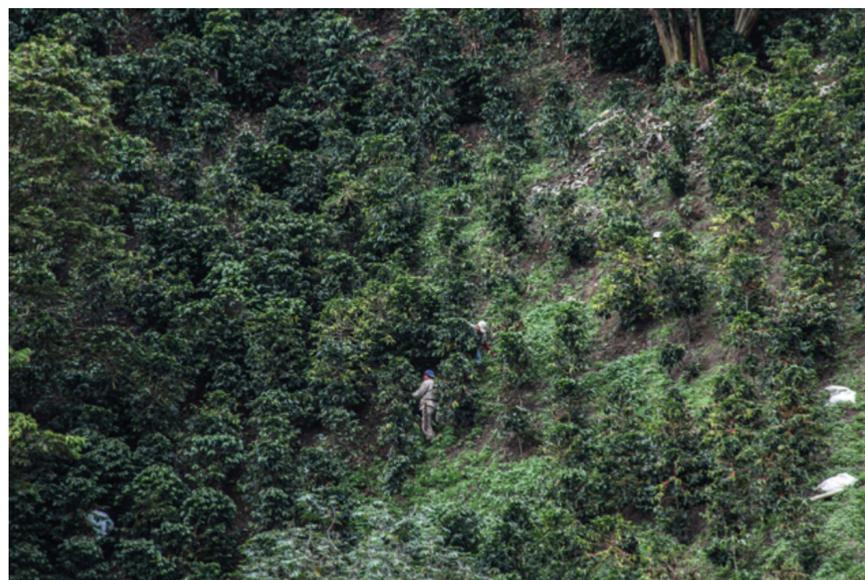
Inauguraron la finca en 1888 y comenzaron a sembrar café. Pero José Ignacio Gregorio falleció en 1905, y Amalia tuvo que lidiar con los interminables cultivos del grano, y con los cientos de trabajadores. Mientras tuvo fuerzas, la señora mantuvo activa la finca, mejoró las exportaciones e hizo que Venecia progresara y se convirtiera en uno de los pueblos más cafeteros de Colombia. Durante esos años, también, se fundó la finca El Banco, en La Arabia.

El oro rojo abundó en Venecia hasta finales de los años ochenta. Las matas crecían, incluso, en las cercanías del atrio de la iglesia, por la calle Bolívar, por la calle del comercio y hasta en los jardines de las grandes casonas de los Alzate, los Restrepo, los Escobar, los Vásquez y los Giraldo.

Dos motivos acabaron con ese añejo idilio, la creación del Incora, Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, en 1961, y el narcotráfico.

—Antes, el café no tocaba al cafetero. Se cogía, entraba a una tolva, de ahí a los secaderos y rumbo a los costales. Todo antes del Incora. Pero cuando incorporaron las fincas, muchos de los dueños del café, apenas vieron la oportunidad de vender, vendieron, y así llegaron los narcos — cuenta Jaime Alberto Zapata, médico e historiador, autor de la monografía del municipio en sus cien años, cumplidos en 2009.

El Incora se creó a partir la Ley 135 de 1961, sobre la Reforma Agraria adscrita al Ministerio de Agricultura. Supuestamente, estaba encargado de “promover el acceso a la propiedad rural y su ordenamiento social, ambiental y cultural para propiciar el desarrollo productivo sostenible de la economía campesina, indígena y negra...”.





Pero finalmente, lo que hizo fue acabar con el pequeño caficultor, que no tenía cómo cumplir con los reglamentos y tecnicismos pedidas por la entidad, y por eso muchos cultivos pasaron a manos de grandes propietarios, dejando a los pequeños productores con una hectárea o una hectárea y media, parcelación que no alcanzaba para sobrevivir.

—Cuando la época de la violencia partidista, la gente se desplazó. Luego, mucha gente se cambió a otros productos, pero desde que se creó el Incora, muchos vendieron y todo se volvió finca de recreo. De Cerro Tusa hacia el pueblo, y luego hacia arriba, hacia La Arabia, son puras fincas de recreo. De Cerro Tusa hacia el Cauca, fincas ganaderas y de cítricos. El café queda hacia La Mina, un poco hacia La Arabia y en La Amalia —añade el médico Zapata, quien en sus ratos libres pinta cuadros costumbristas, muchos de ellos sobre la cultura del café.

Una bandada de pájaros pasa volando sobre las cabezas de los chapoleros cuando empiezan a acercarse a las primeras hileras de palos de café que conforman apenas un pedazo del lote de 207 hectáreas de El Banco. Si acaso, un retazo agujereado de lo que fueran las fincas del pasado, allí donde creció la semilla de Venecia, pueblo atrapado, dice la gente, en la boca de un volcán gigante, que aparenta estar dormido y que, en ciertas ocasiones, ronca tan fuerte que hace mover la tierra y desbocar las vacas.

El hombre que marca el paso, Fredy Granda, atisba el cielo afilando la vista con la mano derecha y dice:

—Son pechirrojos, abundan por aquí.

—¿Seguro son pechirrojos? —pregunta una de las mujeres del grupo, Angie, tolimense de dieciocho años, y entonces el hombre vuelve a atisbar el cielo, aguzando aún más la mirada.

—Puede que sí mi señora, hay que esperar a que canten.

Entre los matorrales comienzan a aparecer otros recolectores, campesinos y chapoleros vestidos con pantalones viejos y sudaderas, botas de caucho o tenis con doble media para evitar las mordeduras de gusanos o serpientes.

—Yo sí le digo una cosa, que lo pique a uno un gusano es apenas un corrientazo, un despertador, un tintico, pero otra cosa es que lo pique a uno una culebra, Dios me libre —dice Gustavo, un joven de veintitrés años, nacido y criado en La Arabia, y quien sueña con cantar rap en la televisión y en la radio.

Gustavo quiere comprarse una moto para viajar a Medellín a buscar oportunidades para su arte, pero este año, por la pandemia y La Niña, la cosecha no está tan buena, y están pagando el kilo a quinientos pesos, muy poquito para sus aspiraciones.

—Pero por más que sea pobre, le digo a mi mamá, jamás se preocupe, por mi bienestar. Yo tengo cabeza, y tengo corazón, y nunca con los narcos, tendrá de mi razón —rima el joven, arrancando sonrisas y aplausos de sus compañeros de jornal.

Pero el trasfondo del rapeo de Gustavo dice más de lo que se puede escuchar. Habla de un terror que se ha afincado en el pueblo. Un terror con olor a cocaína, a pólvora.

Desde finales de los años sesenta del siglo pasado, en Venecia comenzaron a ganar fuerza mitos sobrenaturales como “El gritón”, “El funeral” y “las ánimas del purgatorio”. Desde el río Cauca hasta Cerro Tusa, y yendo más allá, hasta La Loma o La Mina, los pobladores no podían salir de noche por miedo a esos temibles espantos, que no eran más que inventos de los contrabandistas de tabaco y licor, quienes, a partir de puestas en escena macabras, al mejor estilo del Grand Guignol, despejaban los caminos para pasar sus ilegales mercancías.

Antes de cruzar, los contrabandistas enviaban una avanzada con hombres vestidos de negro, a veces llevando un ataúd vacío al que rodeaban con velas, y otras gritando dolorosamente, como almas en pena,

a través de esos caminos empedrados y oscurecidos por los matorrales.

Los campesinos, aterrados, se acurrucaban en sus casas o se metían entre las cobijas a elevar oraciones a Cristo y a la Virgen María, y limitaban sus jornales a ser remodeladas, los cultivos arrasados para, en su lugar, poner potreros, piscinas o canchas de fútbol. Los que se iban dejaban todo tirado, y los que se quedaban ya no querían recoger café. El municipio, poco a poco, perdió su fuerza cafetera y, del tercer puesto a nivel departamental pasó al 32.

Angie, la tolimense, también suele acariciar las matas y cantarles mientras recoge el café. Su apellido es Madrigal, como el bolero, y su esposo, Arquímides Otavo, de veintitrés años, nació en Ortega, Tolima, uno de los nuevos pueblos cafeteros del país.

—Pero es que allá no hay cómo trabajar, porque hay mucho café y mucho venezolano recogiendo. Entonces nos vinimos para Antioquia, porque acá hay menos gente en los cafetales —explica la joven, madre de una pequeña, Ana Lucía, y en espera de otro bebé al que todavía no le escoge nombre.

Angie es una de las cinco chapoleras que recogen café en El Banco. Tiene esposo por obligación, no por amor, porque, según dice, es mejor pertenecerle a un hombre y no a todos.

—En los cafetales es complicado para las mujeres, y más si somos pocas. Uno se siente presa mientras avanza entre los tajos. Todos los hombres son mirando, insinuando cosas, y eso es muy maluco —dice la joven, quien cantándole a las matas recoge hasta cuatrocientos kilos a la semana, mientras que su esposo recoge ochocientos.

—Con eso nos sostenemos tranquilamente, porque estamos ubicados en los cambuches, y los cambuches están solos, porque hay poquita gente. Ha habido momentos en los que en los cambuches toca dormir hasta dos y tres en una cama, pero este año, por la pandemia, hay cambuches donde solo se queda una persona —cuenta la joven.

Los dedos de Angie se hunden entre las ramas, encogiéndose y estirándose, los dedos se doblan y se cierran a toda velocidad, y los granos, rojos en su mayoría, caen sobre los baldes como granizo. Chapoleros y chapoleras vacían las ramas y siguen avanzando por los surcos guiados por La Bandera, mientras que atrás viene el patrón de tajo, quien revisa que sí se haya recogido todo el grano o, de lo contrario, algún recolector tendrá que devolverse a terminar el trabajo. Si el palo no es bien cogido, se seca y se vuelve pasilla.

En el grupo de trabajadores de El Banco hay cordobeses y medellinenses que escaparon de las cuarentenas en septiembre, y que mantienen la esperanza de ahorrar lo suficiente para volver a la ciudad sin las manos vacías.

—Llevo diez años aquí, en Venecia. Vine de Medellín. La verdad, acá en los cafetales, a veces, uno encuentra a gente que tuvo estudio, que se preparó, pero no encontró ninguna oportunidad, entonces se vienen a recoger, a ver si ganan algo, pero el cafetero con hambre no sabe recoger, se apresura mucho, entonces mete granos rojos y verdes, y por eso el *quiliador*, cuando hace las cuentas, les baja el precio y los deja mirando para el páramo —explica Fredy Granda, el guía.

Francisco Javier Mejía es dueño de una de esas parcelaciones que dejó la arremetida del narcotráfico. Apenas tiene una hectárea de las cinco que le habían heredado sus padres, Jaime y Luz María. Su finca, por así decirlo, queda en Villa Silvia, en la ruta hacia El Vergel y La Arabia, donde están la mayoría de fincas de recreo. Tiene 580 maticas, pero no le dan para vivir. Una sobrina, que vive en Medellín, le manda ayuda cada tanto.

—A esto hay que meterle plata en limpias, en fertilizante, y el *quiliador* se

Fue así como las grandes familias venecianas empezaron a alejarse del municipio. Las fincas cafeteras empezaron a ser remodeladas, los cultivos arrasados para, en su lugar, poner potreros, piscinas o canchas de fútbol. Los que se iban dejaban todo tirado, y los que se quedaban ya no querían recoger café. El municipio, poco a poco, perdió su fuerza cafetera y, del tercer puesto a nivel departamental pasó al 32.

Angie, la tolimense, también suele acariciar las matas y cantarles mientras recoge el café. Su apellido es Madrigal, como el bolero, y su esposo, Arquímides Otavo, de veintitrés años, nació en Ortega, Tolima, uno de los nuevos pueblos cafeteros del país.

—Pero es que allá no hay cómo trabajar, porque hay mucho café y mucho venezolano recogiendo. Entonces nos vinimos para Antioquia, porque acá hay menos gente en los cafetales —explica la joven, madre de una pequeña, Ana Lucía, y en espera de otro bebé al que todavía no le escoge nombre.

Angie es una de las cinco chapoleras que recogen café en El Banco. Tiene esposo por obligación, no por amor, porque, según dice, es mejor pertenecerle a un hombre y no a todos.

—En los cafetales es complicado para las mujeres, y más si somos pocas. Uno se siente presa mientras avanza entre los tajos. Todos los hombres son mirando, insinuando cosas, y eso es muy maluco —dice la joven, quien cantándole a las matas recoge hasta cuatrocientos kilos a la semana, mientras que su esposo recoge ochocientos.

—Con eso nos sostenemos tranquilamente, porque estamos ubicados en los cambuches, y los cambuches están solos, porque hay poquita gente. Ha habido momentos en los que en los cambuches toca dormir hasta dos y tres en una cama, pero este año, por la pandemia, hay cambuches donde solo se queda una persona —cuenta la joven.

Los dedos de Angie se hunden entre las ramas, encogiéndose y estirándose, los dedos se doblan y se cierran a toda velocidad, y los granos, rojos en su mayoría, caen sobre los baldes como granizo. Chapoleros y chapoleras vacían las ramas y siguen avanzando por los surcos guiados por La Bandera, mientras que atrás viene el patrón de tajo, quien revisa que sí se haya recogido todo el grano o, de lo contrario, algún recolector tendrá que devolverse a terminar el trabajo. Si el palo no es bien cogido, se seca y se vuelve pasilla.

En el grupo de trabajadores de El Banco hay cordobeses y medellinenses que escaparon de las cuarentenas en septiembre, y que mantienen la esperanza de ahorrar lo suficiente para volver a la ciudad sin las manos vacías.

—Llevo diez años aquí, en Venecia. Vine de Medellín. La verdad, acá en los cafetales, a veces, uno encuentra a gente que tuvo estudio, que se preparó, pero no encontró ninguna oportunidad, entonces se vienen a recoger, a ver si ganan algo, pero el cafetero con hambre no sabe recoger, se apresura mucho, entonces mete granos rojos y verdes, y por eso el *quiliador*, cuando hace las cuentas, les baja el precio y los deja mirando para el páramo —explica Fredy Granda, el guía.

Francisco Javier Mejía es dueño de una de esas parcelaciones que dejó la arremetida del narcotráfico. Apenas tiene una hectárea de las cinco que le habían heredado sus padres, Jaime y Luz María. Su finca, por así decirlo, queda en Villa Silvia, en la ruta hacia El Vergel y La Arabia, donde están la mayoría de fincas de recreo. Tiene 580 maticas, pero no le dan para vivir. Una sobrina, que vive en Medellín, le manda ayuda cada tanto.

—A esto hay que meterle plata en limpias, en fertilizante, y el *quiliador* se

lleva la tercera parte, además, le pago seiscientos pesos a un sobrino por kilo. Encima hay que pagarle al cotero y esperar que no salga mucha pasilla —dice Francisco, de 55 años de edad.

—En los buenos tiempos, para uno vender un poquito de café, había que traer fiambre, porque las filas eran interminables. Eran cinco coteros y no daban abasto. Las escaleras, las mulas, todas parqueadas afuera con bultos de café. Y es que en Venecia había café hasta en el mismo pueblo, por donde uno miraba había matas de café, platanales, mangos, guayabas, naranjos, y así. Ya hoy no se ve nada de eso, los caficultores somos como fantasmas, poquitos, silenciosos —añade con más soltura el agricultor. Sin embargo, Francisco todavía insiste e insistirá en el café, aunque no dé nada.

En Antioquia es donde más familias viven de cultivar café en Colombia. Son 80 238 productores, de los 550 mil que tiene el país. En total, son 104 000 fincas que se extienden en 2685 veredas de 94 de los 125 municipios del departamento.

En la cosecha de octubre, la más grande del 2020, los caficultores antioqueños esperaban recoger el setenta por ciento de la producción del año, equivalente a 1 540 000 sacos de café. Para recoger este volumen, se han requerido 72 mil recolectores, de los cuales, 40 mil son foráneos. Según cálculos, la cosecha cafetera de Antioquia tendrá un valor de 1,2 billones de pesos este año.

Andes, Betania, Hispania, Ciudad Bolívar, Salgar, Betulia, Concordia, Caicedo, Fredonia, Santa Bárbara y Abejorral son los municipios de más alta producción. En ese selecto grupo estuvo alguna vez Venecia, que incluso llegó a ser centro de acopio de todo el suroeste.

Todo ha cambiado. Ahora no hay tanto café, ni quién recoja el poco que se produce. Los pocos campesinos que trabajan en los 406 predios que tiene el municipio pueden ganar quinientos pesos por cada kilo de café recogido, toca juntar al menos sesenta kilos para pasar el día y guardar unos pesos.

Eso sin contar con los quince mil diarios que hay que darle al garitero por las tres curvas: desayuno, almuerzo y comida. El garitero sube tres veces a la montaña, con una o dos mulas cargadas con cocas de frijoles con arroz, carne y huevo. También lleva mazamorra, limonada y aguadulce. Algunos recolectores prefieren ahorrarse dos de las tres comidas, y así menguar los gastos, y es que cualquier ahorro es necesario, sobre todo cuando se hace pacha, es decir, cuando se recoge café en familia.

Si la finca está pobre en café algunos recolectores se dedican a pajarear. Se van a otras fincas, recogen, y luego vuelven. Esa práctica no la admiten ciertos patrones, aunque, en realidad, ningún recolector está obligado a subir a la finca, simplemente aparece allí, recoge, cobra y se va. Pero este año, por la pandemia, pajarear no ha sido fácil. Las medidas de bioseguridad impuestas por la Secretaría de Salud Departamental han obligado a los finqueros a invertir billones de pesos en adecuar los cambuches para mantener a sus trabajadores en un cerco que impida brotes de covid-19. Además, la Gobernación habilitó Centros de Aislamiento Temporal (CAT), cada uno con 36 módulos habitacionales con cama y baños.

Regularmente, una vez por semana, o por mes, un equipo especial de la Seccional de Protección y Servicios Especiales de la Policía Nacional, compuesto por catorce personas, recorre las fincas grandes del suroeste, para evitar no solo que se esparza el virus, sino también para cuidar que no haya menores de edad trabajando.

Debido a todas esas medidas, al fenómeno de La Niña y a la larga historia

de nuevos dueños y nuevos oficios, la recolección de café en Venecia es casi un cuento del pasado, una actividad pasada de moda, anacrónica como los mitos de La Llorona o El Mohán.

Pero si los recolectores son empleados de los fantasmas cafeteros, los coteros son especie en vía de extinción. Hace unos 62 años, Mario Cardona, el popular Mario Pipa, comenzó a trabajar como cotero en los acopios cafeteros de Venecia. Tenía doce almanques encima y no sabía ni leer ni escribir. A fuerza de lucha hacía cuentas, las más fáciles, y con eso le bastó para conseguirse una chamba en la Federación de Cafeteros.

Coteaba y cargaba los carros, y se ganaba algunos centavos para ayudar a sus padres: María Fidelina Granados y Antonio Cardona, también analfabetas. Nació en La Arabia, lugar que ha marcado el hilo de esta historia. La finca de los padres se llamaba La Aurora y tenía unos cinco lotes de café. Los granos los recogían los padres y los hermanos, mientras que él iba a rebusarse su propia plata en el pueblo.

Estudió hasta el tercer grado en la Escuela Veredal La Arabia, y no quiso seguir. Le gustaban los billetes, las monedas; le gustaba, sobre todo, el ruido que hacían dentro de los bolsillos de sus pantalones, o ese pequeño bulto que formaban en la billetera. Se sentía rico y, los fines de semana, se soslayaba en su riqueza.

—Siempre me ha gustado el aguardiente y la cerveza, desde pequeño, pero no mucho. Tres tintos con guaro por la mañana y unas cuatro cervezas por la tarde, nada más —cuenta Mario, ya con 74 octubres en su espalda, y quien se precia de ser el último cotero de Venecia.

Le tocó la buena época a Mario, la época en que le pagaban los almuerzos y le daban aguinaldos de plata en los diciembres. La época en la que había tanto café que todo el pueblo olía a café, y entonces había que emborracharse para coger un olor distinto.

Eran los tiempos de Mario Correa, el mejor presidente, según dice, que llegó a tener la Federación. Se cargaban hasta cinco o seis buses escaleras con el grano, y eso era pura abundancia de plata, de comida, de mujeres. Y es que era tanto el trabajo que los patrones contrataban músicos para que amenizaran las cargas, y cuando ya iba entrando la tarde, hasta guaro reparían para que se olvidaran los dolores por el cansancio.

Otros de sus hermanos, Octavio y Ramón, también fueron coteros por mucho tiempo, pero ya lo dejaron. A Mario, que todavía sigue, invencible cargando bultos, le lleva el fiambre una de sus hermanas, uno apenas, porque el trabajo no es mucho.

—María se llama, y me trae hígado picado con huevo, arroz y arepa. Con eso tengo —afirma Mario, quien se gana 35 mil pesos, en los días buenos, pero hay otros en los que no llega ni a veinte mil.

Se monta al hombro quince bultos por día. Los caficultores le dan cuatrocientos pesos por empacada y mil por bulto cargado. Con eso se hace lo del diario y para los guaros con tinto.

Mario, que no necesita mucho para sobrevivir, todas las noches se acuesta y ora para que las fuerzas no lo abandonen al otro día, para que haya suficientes bultos que cargar, porque él con poquito se resuelve la vida: sus guaros, sus tintos, sus fiambres y un radiecito pequeño para escuchar guascas, sobre todo esa que habla de “esos ojitos que me hicieron suspirar”, y que tanto le recuerdan el pasado, ese pasado cargado de café, y de café cargado, que hizo grande a Venecia. ©

Poemas

Gotas amargas

Silva en el billete de cinco.
García Márquez en el de cincuenta.

Silva en el páramo
con el sol a las espaldas.

Gabo con los koguis
en Ciudad Perdida.

El poeta melancólico
con un abejorro, una abeja y una puya
como emblemas.

El novelista
entre mariposas
brotando de sus manos,
caracoles y un colibrí.

El poeta quebrado,
el Nobel regio.
Diez Silvas por un Gabo,
cada cual en su sitio.

John Galán Casanova

Este poema hace parte del libro *El inmortal*, que se publicará próximamente.

El Hombre y su muñeca inflable

el hombre sale con su muñeca inflable
suben a una guagua
se besan
él le dice cositas al oído
ella no dice nada
compran flores
caminan de la mano
fuman tabaco
él se quita las gafas oscuras
habla con un amigo
ella es amarrada de una verja
desde donde flota
mientras ellos hablan
ella no dice nada
van a los billares
bailan en las matinés
beben cerveza
miran juntos el crepúsculo
él le escribe un poema en una servilleta
ella no dice nada
alquilan una película
se acuestan juntos
él da las buenas noches
ella no dice nada

Frank Báez

No sabemos dónde van a caer los rayos. Puede ser que uno vaya a atravesar una vaca en un potrero remoto o un gato en un tejado cercano. Nunca he visto un animal electrocutado aunque mi hermana sí habló del esposo de una amiga que murió cuando lo tumbó un rayo en un campo de golf. Imaginé el rayo partiéndolo en dos y tumbándolo doblemente. En un campo de golf y en un potrero no hay donde esconderse. Para nosotros, que no sabemos dónde van a caer los rayos, sería mejor hacer de perro callejero, refugiarnos en los basureros. Siempre nos hicieron salir de la piscina y del mar cuando llovía. Porque nos podrían rastrear los rayos. Yo no sé. El día en que enterramos a mi abuela hubo una tormenta de rayos y es lo más hermoso que he visto en un cementerio, de lejos. Puede ser que un rayo atraviese un ataúd, electrocute al muerto y lo reviva. A los cadáveres sin ataúd también los encuentran los rayos; nosotros no sabemos dónde buscarlos. ☺

Tania Ganitsky

Del libro *La suspensión de los objetos flotantes*. Cardumen Libros. 2020

NAVIDAD PARA GUARDAR Y DAR

Siempre es época de hacerlo.
Hoy más que nunca.



Hasta en los momentos más difíciles,
la gente de Confiar siempre tiene algo que dar.

confiar[®]
coop

Educación, filosofía y conversación

por ROBERTO PALACIO • Ilustraciones de Camila López

La educación, cuando está bien impartida, deja de parecerse a un adoctrinamiento y comienza a parecerse a una conversación. Lo propio de la conversación es que se suele mover en los ámbitos de la comodidad, del intercambio y que en ella es increíblemente difícil asombrar al otro.

Estos rasgos son extensivos a la educación. Platón ya se había percatado de este rasgo de la educación cuando señaló en un diálogo llamado *Menón* que en realidad enseñamos solo cosas que el aprendiz ya sabe, pero que no sabe que sabe u olvidó que sabe. Los momentos en que *conectamos* a fondo con el estudiante son aquellos en los cuales encuentra su propio conocimiento. Su propio conocimiento —o al menos el comienzo del mismo— consiste a menudo en percatarse de que no sabe algo, y ese sí tiene la capacidad de asombrarlo. Platón sabía esto muy bien. El maestro debe llevar al aprendiz al punto de reconocer que en realidad el manto de seguridad reconfortante que cree tener con lo que sabe es una ilusión.

El punto en el cual se apodera del alumno el asombro de no saber es explícito. En *Menón*, Sócrates lleva a un esclavo a descubrir la medida del lado de una figura cuyas dimensiones son ocho pies cuadrados:

“Sócrates: El espacio de ocho pies no se forma entonces con la línea de tres pies.

Esclavo: No verdaderamente.

Sócrates: ¿Con qué línea se forma? Procura decirnoslo exactamente y si no quieres calcularla, muéstranosla.

Esclavo: ¡Por Júpiter! No sé, Sócrates.

Sócrates: Mira ahora de nuevo, *Menón*, lo que ha andado el esclavo en el camino de la reminiscencia. No sabía al principio cuál es la línea con que se forma el espacio de ocho pies, como ahora no lo sabe, pero entonces creía saberlo, y respondió con confianza como si supiese: y no creía ser ignorante en este punto. Ahora reconoce su error y no lo sabe, pero tampoco cree saberlo”.

Aprender, en la bella imagen platónica, no se puede dar si esta explicitud no conlleva a un empeño personal. Ignoro si se puedan aprender idiomas con un parlante que lentamente repite cosas al inconsciente debajo de una almohada mientras dormimos. Pero incluso si algo quedara del sistema hipnótico, el punto acá esbozado sigue siendo patente: saber algo es estar consciente de que se sabe ese algo.

La verdadera consistencia del maestro, su valía, no es la especialización, sino más bien esta modalidad del arte de la conversación en la cual puede suscitar el asombro del reconocer que no sabe. Este justamente es el método socrático; la pericia que requiere consiste en poder llevar al otro a un estado de vacío. La ignorancia en efecto no es no tener teorías, preconceptos o visiones. Consiste en estar lleno de conocimientos que uno tiene por seguros. Nietzsche hablaba de un “abismo de luz”; aquello que se nos presenta como la iluminación misma, pero es insondable. Bajo la égida de la ignorancia, ignoramos *justamente* que no sabemos. Nada se logra en materia de enseñanza si antes no nos hemos desindegastado de la urticante opinión.

Pero si bien el maestro no ha de ser especializado —el verdadero maestro enseña solo existiendo, dice George Steiner—, realizar esta maroma socrática implica, como lo hemos señalado, una enorme dosis de

habilidad. Hay algo asombroso en ello, en esa colusión de la educación con la conversación. Al igual que en una plática, los métodos que llevan a otro a ver mi punto son increíblemente laterales e indirectos. Poco nos percatamos que rara vez nos convencemos, conmovemos o nos impresionamos por la fuerza directa y brutal de la palabra “¡Quiéremel!”, en realidad poco incita al amor así sea gritada con lágrimas en los ojos; la petición de limosna emocional a lo más que llega es a despertar una ira lastimera o lo que la filósofa americana Susan Haack llamó “menosprecio condescendiente”. “¡Comal!”, grito al anoréxico es tan inútil como ordenarle, “¡Cúrate!” al que tiene un tumor. Solo en el milagro mesiánico la palabra actúa sin más mediación que la literalidad.

La educación suele ser igual. Rousseau había reconocido lo increíblemente lateral y endeble que es el acto educativo. El pensamiento roussonianos debió esperar más de doscientos años para que este rasgo sutil fuera puesto en evidencia por el genio filosófico de Tzvetan Todorov. En el prólogo de *Frágil felicidad* nos dice: “Si bien es cierto que la Belleza absoluta y Dios han desaparecido, el rasgo distintivo de los seres humanos —y al mismo tiempo su mérito— es la habilidad de convertir lo relativo en lo absoluto, de transformar el tedio de la mediocridad común en sentimientos auténticos”.

Para ello no sirve el dictado, la transmisión copiada y pegada en la mente de otro. Educar es sugerir, incitar. Solo el descubrimiento propio logra esa transmutación de lo relativo en lo absoluto; cuando yo lo veo, significa algo para mí porque no ha sido impuesto, justamente porque tiene un aire de la serendipia. Es algo similar a lo que ocurre en el amor, en el cual la imperfección del ser amado alcanza el estatus de entusiasmo y de proyecto, uno capaz de redefinir todo lo que amamos. En efecto, no nos enamoramos de alguien, lo ubicamos en un nuevo mundo de sentido creado a la luz de lo definido gracias a esa nueva persona: “El amor que conozco”, escribe Rousseau, “está enaltecido por la perfección ilusoria del objeto amado; esta ilusión lleva a ese objeto a convertirse en entusiasmo por la virtud. Así, la perfección es ilusoria, pero no el amor al cual da nacimiento. Allí yace lo esencial”.

La educación roussonianos, por ello, es un circunloquio exagerado en el que el educador desaparece y el estudiante está solo consigo y con las circunstancias. En *Emilio*, su gran novela sobre la educación, el tutor educa a Emilio con mil tretas consistentes en crear situaciones que él debe resolver. A la sombra, observa al alumno. La lección del maestro se resume en el diseño de esta situación, en su ausencia, no en un dictado mágico que contiene la verdad.

A pesar de la improbabilidad de la sutileza, la gente se educa. Cualquier educador competente sabe que incluso sucede sin que el educador se dé cuenta. No se trata de una tarea espontánea. Sin esa sugerencia, sin esa incitación del maestro, las ideas toman un curso anómalo. Hacen del individuo una pieza que no encaja con las demás, es invulnerable a la anexión. El cerebro al parecer es el único órgano que ha de ser intervenido para producir lo que ha de producir: ideas. A las glándulas suprarrenales no ha de enseñarseles a hacer adrenalina. Ya decía el biólogo chileno Humberto Maturana que educar es un intento de hacer

artificialmente lo que debería ocurrir espontáneamente, en la familia, en los grupos. Su extrema artificialidad se destaca entre las proezas humanas, junto a los altos desarrollos y logros tecnológicos.

Pero la improbabilidad de la educación es apenas un resultado de un rasgo central que más arriba hemos considerado y que podemos llamar su *conversacionalidad*. El hecho de que la educación sea un tipo de conversación tiene otras implicaciones: no puedo conversar con alguien que no quiere. Siempre que rememoro esta frase me viene a la mente el excelente ejercicio que John Locke hiciera con el tema del dogmatismo religioso. En su *Carta sobre la tolerancia* llamó la atención sobre algo que se le hacía obvio recordando la Noche de San Bartolomé cuando los hugonotes fueron sacados en medio de la noche y molidos a palos para ampararlos a ellos mismos de la herejía: tomar a alguien a la fuerza para intentar salvar su alma es inútil. No se asemeja a inyectar a una persona a la fuerza con un antídoto o una vacuna, caso en el cual se salvará incluso sin su consentimiento. Educar a otro implica una enorme cantidad de distensión y, al mismo tiempo, de interés, tanto por parte del aprendiz como del maestro. Parte significativa de la comprensión es interés, es llenar yo mismo los espacios en blanco. Esto no se puede hacer sin un sentimiento peculiar y propio.

Es por ello que la educación tampoco se parece a un proceso en el cual uno le llena la cabeza vacía a otro. El acceso a los demás es inefable y como decíamos antes, siempre mediado por ellos mismos, a menos de que usemos oscuros métodos psicológicos. Educar en el sentido de conversación no se parece a llenar un cuenco. Una de las peores imágenes para ilustrar el proceso educativo es la del paso de información de un lugar a otro. El conocimiento es un organismo viviente dentro de su poseedor; educar queda mejor descrito como hacer que ese algo que ya era propio tome vida dentro de otro. De ser cierta la imagen de llenar una memoria vacía, la educación podría parodiarse con la producción de USB humanas, inútilmente llevando datos de un lado a otro que bien podrían reposar en los sistemas digitales. Es en la mente donde la información se vuelve conocimiento. El conocimiento, para usar la hermosa expresión de Sartre referida a la literatura, es un extraño trompo que existe solo en movimiento. Hasta el mismo Einstein en su famoso *Ideas y opiniones* se pronunció sobre este absurdo de las ideas con “vida propia” cuando advirtió que el conocimiento existe en dos modalidades: muerto, en los libros cerrados, y vivo, en la conciencia de los hombres.

Educar, en contra de todo dictamen de la “gente práctica”, tampoco se hace para algo en específico. Que le demos mil usos a lo aprendido solo indica que ella actúa como una herramienta multipropósito, como nuestras manos. El hecho de que ellas sirvan para todo lo que sirven no nos dice que se hicieron para esos fines específicos en los cuales podríamos desglosar las tareas. Decía el filósofo y lógico americano W. V. O. Quine, basado en la psicología del Gestalt, que el conocimiento en su conjunto enfrenta el *tribunal de la experiencia* no una parte a la vez sino como un todo. A este rasgo se le llama el carácter holístico del saber. Poco reparamos en el hecho de que incluso clavar



una puntilla depende de una cantidad de saberes y conceptos que en principio se ramifican en todas las direcciones. Douglas Hofstadter, en *Godel, Escher, Bach*, hace el intento de dibujar parte de ese enorme entramado de relaciones entre sus conceptos, su así llamada “red semántica”, que muy pronto se vuelve tan amplia que desborda la página. Por ejemplo, relacione “martillo” con todos los conceptos afines. Va una lista personal, muy breve de los meandros de ese solo concepto “martillo”: ...manija, madera, hierro, clavar, clavo, golpe, *momentum*, palanca, hacha, contundencia, punto, mano, dedo, dolor, cruz, hoz, sentencia, juez, peso, Galileo, pluma, Luna, Misión, *Apollo 18*, gravedad, óxido, movimiento, asir, sonido, estridencia, vibración, expansión, onda, chispa, dictadura, cabeza, marcha, proletariado, bandera, rojo, obra, listones, tachuela, guante, overol, correa, constructor, estructura, ángulo, carpintero...

Si a cada uno de estos conceptos, por desordenados que estén, le trazamos su respectiva red, eventualmente terminamos con una malla muy tupida que nos dice que todo tiene que ver con todo. Es por eso que en un sentido literal no puede uno enseñarle a alguien solo a clavar un clavo.

Hay un elemento unificador que recorre todos los puntos anteriores que hemos señalado como consecuencias del carácter conversacional de la educación: su enorme capacidad de transformación personal. La antigüedad concibió la educación sobre todo como una herramienta de catarsis. Parte de

los problemas que tenemos con la educación hoy es que ya no la contamos entre las experiencias transformadoras de nuestras vidas. La educación no forma parte de nuestra evolución, mucho menos la que se nos imparte de manera obligatoria o algorítmica. Ha devenido lentamente, como toda experiencia catártica extendida con amplitud en la cultura y en el tiempo, en un ritual que prelude las obligaciones monótonas e incomprensibles de la vida, como ir a misa o solicitar documentos oficiales. Pero las palabras de la revelación suelen escapar a la costumbre desgastada y anidar en los sitios más anodinos. Como bien lo decía la vieja canción de Simon y Garfunkel: los signos de los profetas están escritos en los muros del subterráneo.

Algunos creen que lo que ha faltado en la educación es una metodología cautivante para las nuevas generaciones. Los problemas educativos, en esta perspectiva, se pueden subsanar si solo tenemos el estímulo adecuado, un profesor que al fin escuche a los alumnos y los lleve incluso contra su voluntad con métodos no ortodoxos a interesarse por lo que no les interesa. Si bien es cierto que hay aún educadores faltos de imaginación que echan mano de metodologías obsoletas, ¿de verdad a nadie se le ha ocurrido conectarse con los estudiantes parándose el primer día de clase en el escritorio del profe? Nada quisieran más los maestros que establecer esta conexión rebelde y liberadora, una que dice: “¡Yo soy uno de ustedes!”. La vieja momia académica y dogmática, sin embargo, no está en oposición a estas tretas

de la *Sociedad de los Poetas Muertos*; surge justamente como una versión fracasada de la anterior, cuando el maestro descubre que los estudiantes también están saciados de eso y que no ha hecho más que exponerse al ridículo. Resulta que en la educación como en tantas otras actividades, los grandes protagonistas no están sentados en el salón: los padres y las políticas. La actividad se define como un escenario en el que dos grupos se confrontan pero la realidad es que detrás de esa supuesta interacción bilateral hay actores invisibles que no conocen el fenómeno educativo que reglamentan o pagan.

No es de extrañar que nuestra educación ya no supla nuestras aspiraciones personales o espirituales. Hemos sustituido el conocimiento por los instructivos. La diferencia radical es que los instructivos con los que hemos sustituido el saber son algoritmos diseñados para personas: se trata de que alguien sepa hacer algo sin saber ese algo. Considere la diferencia entre saber cocinar y hacer comida en una cadena de comidas rápidas. El que voltea hamburguesas en un McDonald’s no es el chef. ¿Pero por qué no lo es? Porque nadie es el chef: la respuesta suena democráticamente deleitable. Pero detrás esconde el hecho rudimentario de que el conocimiento impartido para voltear hamburguesas en un McDonald’s no le pertenece al que lo hace porque le pertenece a la empresa. Se trata de algo que difícilmente podría usar su supuesto poseedor en otro lado dada la especificidad del proceso de producción industrial que hay detrás. El

conocimiento está al alcance de todos, pero es ciego desde el punto de vista de la cognición porque no es nuestro y como tal no nos puede transformar.

En el ejemplo que propongo, la necesidad de automatismo es evidente. El problema es que ese carácter algorítmico ha alcanzado otras áreas del saber que debían ser ampliamente conscientes de sí mismas. En una universidad religiosa de mi ciudad, la facultad de filosofía afirma que su misión es producir individuos “capaces de publicar en una revista indexada”. Es por ello que Mary Midgley pregunta en *Delfines, sexo y utopías*: cuando se hace filosofía, ¿realmente quién es el que filosofa? La pregunta parece un mero juego de palabras, pero Midgley se lleva las palmas al plantear justamente un asunto nuclear de nuestros tiempos: el que piensa no puede ser un autómatas libretado por un algoritmo ciego dictado por la búsqueda de un saber hiperespecializado (hiperespecífico). Siguen existiendo oficios que no aguantan la reducción algorítmica, ya que, al fin y al cabo, nos deben poder brindar una mirada crítica de la totalidad.

Pero el problema es complejo, se ramifica y mucho de lo que es necesario advertir podría verse en sentido contrario. La educación, como lo advertía Bertrand Russell, debe ofrecer algo más que solo una oportunidad de crecimiento personal. En la era de la información, decía Aldous Huxley, es casi criminal no enseñar la pertinencia en el manejo de los datos y saberes específicos. Sin embargo, una educación centrada en brindar, de manera casi exclusiva, una oportunidad de crecimiento profesional es justamente lo que ha venido a suceder. Ante la apatía general frente a las materias enseñadas, hemos optado por una formación en la que el entusiasmo basta. Hoy, un estudiante que tan solo levanta la mano en clase se vuelve un modelo a seguir, independientemente de lo que diga. Esto hace que los estudiantes se vean como *overachievers*, para quienes todo lo aprendido es dominado por

ellos con facilidad, solo que no les apetece o interesa. Al fin y al cabo se trata de una educación en la cual hay una disparidad entre las expectativas y las capacidades.

Las notas en la universidad actual son significativamente más altas hoy si se las compara con las de la década de los ochenta y noventa, como muestran las investigaciones de World University Rankings. Se trata de un fenómeno tan reconocido que tiene nombre propio: Grade Inflation. Es extraño en Colombia un promedio por debajo de 4,3/5,0. Si exceptuamos el hecho de que la universidad contemporánea se asemeja a un negocio que debe dejar satisfechos a los clientes, lo que por mi lado he descubierto es que las notas se asemejan cada vez más a un sueldo: nadie quiere que le bajen sus ingresos. Los promedios acumulados juegan el rol de unas cesantías de las que el estudiante podrá vivir cuando logre su objetivo último de no tener que estudiar. Es en este sentido uno de los pocos casos en que la educación prepara de verdad para la vida social; en ella se emula el hecho de que hemos cortado los vínculos entre la capacidad de aportar a un sistema y el reconocimiento que ese ambiente comporta para el individuo. La misma treta la hemos jugado en la sociedad como un todo; hemos cercenado la capacidad contributiva de un individuo al conjunto social de su valor como persona. Cuando personas que contribuyen mínimamente a la conformación de la sociedad —banqueros, financistas, productores de objetos letales, quienes abren mercados innecesarios, políticos corruptos— son, sin embargo, recompensadas con generosidad por el sistema, estamos haciendo una declaración implícita sobre el rol obsoleto de la educación. En efecto, ¿qué sentido tiene sentarme a asimilar la cultura universal cuando saber las vías de un mezzquino juego en un mercado cambiario arroja resultados promisorios?

La pregunta entonces se hace evidente: ¿para qué educamos? No la planteo con ironía, y quisiera dejar claro que la respuesta

que intuyo no es que se debe abandonar el empeño. Por el contrario. Parte de la crisis de la educación actual es que no tenemos muy presente para qué les enseñamos a nuestros niños lo que les enseñamos; que existió algo así como el imperio sumerio que floreció entre dos grandes ríos que creemos dieron origen a la humanidad misma, o que el vidrio desde el punto de vista químico se comporta más como un fluido que como un sólido. Y no es como creen los aludidos individuos “prácticos” porque quizá algún día a nuestros educandos les tocará levantar una civilización luego de la hecatombe nuclear o viral y más vale que sepan asentarse al lado de los ríos, o porque llegará el momento en que tendrán que habérselas con el vidrio caliente. Estos son sofismas acomodaticios de aquellos que no entienden que haya cosas que tienen valor en sí mismas. Por mi lado, se me hace una actitud casi tan peligrosa la que afirma que dichas cosas han de aprenderse porque son “interesantísimas”. Terminarán estos individuos usándolas como verdades salvíficas en el decir de Rorty (aquellas que nos permitirán eventualmente dejar de pensar en nosotros mismos) y no harán reparo en usarlas para apagar las llamas de lo que en sus radares perciben como “crisis morales”.

Creo de nuevo que es Midgley la que pone los puntos sobre la íes con toda contundencia cuando nos recuerda que debemos enseñar estas cosas porque con ellas “...se les está proporcionando una serie de mapas aproximados—físicos, emocionales, intelectuales—de los campos principales de la experiencia humana, mapas que más tarde ampliarán, mejorarán, y completarán por sí mismos”.

Esos mapas no sirven para propósito específico alguno. Solo para el general de incluir a los educandos en un proceso que se lleva a cabo entre más de dos y que se está dando desde que comenzamos a hablar: unirlos a una gran conversación universal de la cual deberán participar si quieren poder ser —para usar la expresión de Diógenes el Cínico—, ciudadanos del mundo. ©

La Escombrera



por PABLO MONTOYA • Ilustración de Marta Pinturas

Muchas veces me he preguntado qué es La Escombrera. Sé que es un basurero cuyos límites se confunden con bosques y areneras. Sé que es una fosa común encaramada en una de las montañas de Medellín. Por sus dimensiones, por la cantidad de cuerpos que hay y las dificultades que acarrea su hallazgo, y por esa circunstancia de ser un sitio donde se siguen arrojando desechos y sacando arena para construir viviendas, pienso en ella como si fuera un punto ciego. Es decir, un punto a través del cual, por un lado, no se puede ver nada; pero, por el otro, es posible verlo todo. La Escombrera, igualmente, me parece constituida por unas líneas y ejes que actúan como una puesta en abismo. En ambas situaciones, en efecto, la ciudad puede reflejarse. Quizás no haya nada de singular en esta consideración. De cualquier manera, todas las ciudades son grandes cementerios. El ser humano es fundamentalmente necrófilo. Vive asentado en la muerte y cree que, confrontándola, avanza en el tiempo. Pero ¿qué puede reflejar La Escombrera? ¿Hasta qué punto una fosa común es un espejo? Ella, si quisiéramos jugar a este tipo de asociaciones, sería más bien un agujero negro. Y, como esos hoyos que se desparraman por el universo, se podría devorar tarde o temprano a la ciudad. Lo cual tampoco sería insólito en la historia de las urbes. Cuántas no han sido literalmente deglutidas por la muerte. De estas cosas hablé con Arturo Arreola mientras nos dirigíamos a las escaleras eléctricas de La Comuna. Un poco a regañadientes, decidimos recorrerlas un día de fiesta. Ellas fueron construidas por otro alcalde de Medellín. Salcedo, así se llama, dijo con la inmodestia de quien gobierna, que hacer estas escaleras, que suben sinuosamente por Las Independencias, significaba conectar La Comuna, superados los traumas de las agresiones militares, con la ciudad y el mundo. Salcedo tiene toda la razón. Porque Arturo y yo vamos subiendo y, al mismo tiempo, hay hordas de turistas fotografiando la pobreza espectacular que nos rodea. Las escaleras eléctricas tienen varios miradores desde donde se divisa La Comuna y Medellín que, al fondo, se expande sobre el valle. Arreola, un antropólogo que oscila su cuerpo al caminar como si estuviera contento de poder hacerlo, me glosa lo del espectáculo y la pobreza. La Comuna está enferma de geografía, comienza diciéndome. Por ser inaccesible

y miserable, los gobiernos la olvidaron durante años. Salcedo ahora pretende convencernos de que, por fin, se preocupan por ella poniéndole estas escaleras modernas. Pornomiseria, agrega Arreola. Y aquí y allá están las tenduchas de los suvenires. Como en otras partes se ven ruinas históricas y edificios honorables, aquí se ve la precariedad encaramada en las montañas para suscitar algo parecido al entusiasmo. Y se venden llaveros, postales, lapiceros, camisetas. En un tramo, muchachos negros bailan hip hop y cantan. Hasta la música, la hermosa rebelde, ha terminado domesticada, dice Arreola. También hay un libro sobre La Comuna que se vende en los kioscos como un *best seller* de barrio. Lo escribió un policía bonachón —¿hay policías bonachones?, pregunta Arreola— que participó en Orión y dice que la gente de por aquí, además de vivir agradecida con el presidente, el alcalde y los generales, es humilde, trabajadora y buena. ¿Será que ponemos un tenderete para vender fotografías de los desaparecidos de La Escombrera?, le digo a Arturo. En cada una de ellas marcaríamos lo que se dice en los llaveros, los pocillos y los ceniceros: Soy La Comuna. Él sonríe y levanta la cabeza para mirar ese no lugar que, no obstante, se aprecia desde cada rincón de las escaleras. Arreola comenta que para hacerlas hubo que desalojar a las familias y tumbar sus casas. Sé de algunas a las que todavía no les han dado otro rancho para que vivan. Poco a poco vamos dejando atrás las vías turísticas. Nuestro propósito es ir a lo alto de El Salado. Queremos visitar el templo de las Teresitas y el memorial que está cerca. Damos un pequeño viraje y nos adentramos de lleno en Nuevos Conquistadores. Recorremos las otras escalinatas, las verdaderas, y no aquellas que parecen ser hechas con la silicona con que tantas mujeres de Medellín rehacen sus tetas y sus culos. Nos perdemos, durante un tiempo, por el laberinto de los peldaños. De las casas sale una música despechada y festiva. Los perros corretean junto a los niños que le pegan a una pelota. Vemos a mujeres barrer y trapear el pedazo de escaleras que les corresponde a sus casas. Unos hombres, junto a un barrandero, pegan los ladrillos de una pared futura. De otra morada nos viene el olor de los frijoles y la arepa. En un momento, una muchacha se nos aproxima. Está conectada a los audífonos de su celular. Se los quita y saluda a Arreola con una sonrisa que ilumina el mundo. Hola, querida, dice mi amigo. Estiro la mano, pronuncio

mi nombre y veo en su cara la misma de Flavio Josefo Mosquera. Al despedirnos, le cuento a Arturo que ella se parece al chico que desapareció hace años en San Javier. Es toda una casualidad, la trágica casualidad de La Comuna, me responde Arturo, porque a ella, y señala con la mano a la mujer que va bajando por las escalinatas, también le desaparecieron a un hermano. Ascendiendo al templo, le digo a Arturo que la desaparición se caracteriza por un rasgo de esperanza anómala. Arturo me mira con curiosidad. Paramos para tomar aire y agua de los termos que guardamos en nuestras mochilas. Hay desaparecidos, digo, que no son raptados por nadie, sino por ellos mismos. Deciden desprenderse de los que pudieron haber sido sus sitios de residencia. Arturo me mira ahora con desconcierto. De Flavio Josefo Mosquera afirman que está aquí y allá. Trabaja, para unos, en un hotel en Puerto Escondido. Para otros, en una casa de retiros en Pereira. A sus familiares les cuentan que lo vieron colgado de un carro de basura en Duitama. Unos más dicen que es un mendigo que va de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, arrastrando sus andrajos. ¿Sabes, recalco, que si no se puede comprobar que el desaparecido lo fue por algún bando armado, el Estado no lo declara víctima de nada y su familia pierde el tiempo tratando que la considere afectada por este fenómeno? Como Arturo no me responde, prosigo mi devaneo. ¿Por qué no pensar la desaparición como una epidemia? Una enfermedad que roe a las personas y hace que su destino sea difuminarse por voluntad propia de sus espacios cotidianos. No es raro que una realidad como la nuestra, tan capaz de vejar a los seres humanos, termine empujándolos no a suicidarse, ni a dejarse asesinar sin que se sepa nada de su paradero, ni a tomar las armas para atacar contra un insoportable orden de cosas, sino a que se desvanezcan por su propia voluntad. Esta separación del mundo, este hacerse humo, esta decisión de renunciar a los vivos sin que sean recibidos en el dominio de los muertos, sería no un acto de excentricidad cobarde, sino la protesta más extrema. No seas exagerado, Pedro, dice Arreola. Si el nuestro es el país más feliz de la Tierra, y Medellín, la ciudad más emprendedora de Colombia. Respondo que esos desaparecidos surgen justamente en los medios más optimistas y pragmáticos. Que no son ni la política, ni la economía, ni los medios de comunicación masivos los que

dan testimonios de ellos. Es el arte quien los pone a circular, como figuras fantasmagóricas, en medio de la opulencia financiera. Flavio Josefo Mosquera pareciera ser de esos personajes. Durante sus estudios de primaria y secundaria fue silencioso y obediente. Respetuoso con sus padres. Juguetón con el gato que tenía. Interesado por la poesía y la música. De hecho, al desaparecer iba con su clarinete para la casa de un amigo. Las suposiciones de su familia, claro está, han rozado las múltiples posibilidades que un ámbito como el de Medellín les ha ofrecido. Flavio pudo haber sido raptado por los milicianos o los paramilitares. Pudo convertirse, en manos de la policía y el ejército, en un falso positivo. Uno de esos muchachos inocentes que fueron asesinados para presentarlos como guerrilleros y después enterrarlos en cualquier lado. Pudo haberse ido para el extranjero a trabajar como un inmigrante invisible. O haber tomado, en *autostop*, camiones cuyo rumbo es el sur de América. Lo pudieron haber despedazado y vendido sus órganos en el mercado negro de la ciencia que circula por los bajos fondos de las ciudades colombianas. Pero todas estas alternativas tambalean frente a Flavio Josefo Mosquera. Dejamos atrás su mirada fría y vacía, cuando entramos a la pequeña iglesia de las Teresitas. El templo marca el último límite urbano de El Salado. Más allá de su arquitectura sigue un sendero campesino y, un poco más lejos, empieza el territorio de La Escombrera. Una monja nos comenta a cuántos niños y adultos atienden cada día para darles de comer. El templo huele a caridad cristiana, que aquí es limpia, sencilla y acogedora. Salimos y caminamos unos metros y vemos el memorial. Es una pequeña franja de tierra con algunas matas florecidas. Hay una cruz de palo y una guirnalda de pétalos de rosa colgando de su centro. En una placa negra del Tribunal de Justicia y Paz de Medellín se recuerda, en letras blancas, a las víctimas de la desaparición de La Comuna. De súbito, una libélula nos sobrevuela. Hace varias piruetas sobre nuestros cuerpos y se lanza, como una centella colorida, hacia las matas. Una anciana nos saluda amablemente y entra al terrén. En tanto riega los rosales y los claveles, susurra una oración que parece una canción. ©

Este texto es un adelanto de la novela *La sombra de Orión*, próxima a publicarse.



Argentina es especialista en santos y ofrendas, corteja sus grandes mitos con desmesura, arma iglesias en canchas, selvas, escenarios, balcones. Gardel, Evita y el Che han alumbrado almas y calles durante años. Patronos de desarrapados. Maradona ha llegado al santoral con su aura maldita y sus luchas contra sí mismo. Lejos de su patria y su cielo, dejamos un pequeño altar por sus días y sus goles.

Dos encuentros

por PASCUAL GAVIRIA • Ilustración de Verónica Velásquez

Lo vi de cerca durante casi una hora en La Habana en mayo del 2000. Jugaban Cuba vs. Barbados en el estadio Pedro Marrero, un pequeño patio de fútbol sombreado por grandes laureles. Se disputaba un cupo al mundial de Corea y Japón sin muchas esperanzas de conocer el lejano oriente. Fui a ver ese clásico antillano para gastar una tarde soleada y encontrar una pelota más grande que el corozo de béisbol protagonista en el Estadio Latinoamericano.

Para el duelo isleño los equipos saltaron a la cancha conducidos por una terna dominicana. Pantalóneta roja y blusa ídem con vivos blancos para la escuadra de la Reina de las Antillas, y uniforme de un vivísimo amarillo para el cuadro barbadosense o barbudo o barbillo. Estadio silencioso con el visto bueno de la Fifa y su *Fair Play* y unos dos mil espectadores entre los que se destacaban unos pocos expertos vociferantes, reconocidos en la isla por comprender el fuera de juego. Luego del pitazo inicial los equipos comenzaron a desnudar fallas garrafales, infantiles, risibles, crasas, protuberantes: el balón daba tropicónes y rayaba el cielo azul a la altura de las torres de iluminación. Los veintidós se sacaban chispas con intención y sin ella, usaban más los codos y las rodillas que el empeine. En la tribuna había risas y apuestas mínimas.

La cancha solo dejó dos emociones. Un contragolpe letal de Barbados que terminó con un extraño gol de taquito y ordeñado, de esos que valían por dos en las herraduras del colegio. El tanto se celebró con los parcos aplausos de la pequeña tribu del embajador barbadosense en la tribuna. Al final del primer tiempo cuajó lo que sería la única jugada del partido: contragolpe cubano, pase de la muerte con el tacón y soberbio remate del número diez que dejó rendido al guardameta antillano. Algarabía, burlas, grandes sorbos de cerveza y billetes de dos pesos que cambiaron de mano.

De pronto comenzó un murmullo y la gente volteaba la cabeza y se olvidaba de la cancha y de los puntazos que iban y

venían. Y entonces apareció el Diego, estaba con su íntimo Coppola en un palco de lata, una cabina amarilla que bien podría describirse como un caspete cubano. Era el 10, no había duda, un espectador espectacular. Lucía una camisa azul con delgadas rayas blancas que cruzaban horizontalmente su rotunda panza, con dos brillantes en su oreja izquierda, una anomalía en ese palco que amagaba venirse abajo sosteniendo su excesivo peso.

Cuba es un reino extraño en el que algunas veces se tiene la sensación de habitar en el polo opuesto, en un mundo que contradice constantemente nuestras concepciones cotidianas y descuadra las más naturales percepciones. Por eso el 1-1 terminó marcado en dos tablillas de verde pálido colgadas de un tablero

manual, mientras un gigantesco tablero electrónico, que recordaba los televisores soviéticos con sus letras arrevesadas, hacía de espectador. Solo en Cuba podría verse a Maradona intentando alejar sus adicciones, acompañado de un amigo con buena pinta de putaño, viendo un juego perfecto para caer en las aflicciones de la nostalgia.

El Pelusa brillaba en ese estadio, se reía, era el único futbolista de verdad en el juego y tal vez haya sido el único en dar un buen pase. Miraba el partido con descendencia, como si estuviera acompañando a unos pibes. Terminamos todos dándole la espalda al juego, ahora solo había dos espectadores, Coppola y Maradona, el resto éramos admiradores del más grande. De modo que el clásico antillano

terminó comentado por las muecas de Diego Armando Maradona, por sus risas ante el desvarío, sus tomadas de cabeza frente al puntazo y sus saludos al respetable con su mano rechoncha. Hasta en Cuba, donde el fútbol es una ficción, le gritaban al Pibe de Oro.

Los protagonistas del día se fueron cuando faltaban quince minutos para que terminara ese largo e ignorado partido. Cuando el palco quedó solo el juez debió sentenciar el juego. No había más que ver. Maradona dejó el estadio en un Mercedes negro, que en ese museo de antigüedades que son las calles de La Habana, brillaba tanto como su huésped. Las placas no tenían ningún número, solo una palabra desconocida para el Diego: "Protocolo".

Señorita Maradona

por JUAN CARLOS ORREGO • Ilustración de Puño

Hace más de un siglo, los antropólogos demostraron con solvencia que la relación con el tío materno es determinante en la vida de los hombres. Yo soy, en buena parte, una prueba ambulante de esa tesis: los hermanos de mi madre me hicieron hincha del Medellín, muy a pesar de que mi padre —mi difunto padre— estaba afiliado al partido verde. De hecho, por algún tiempo, el influjo *avuncular* —tal es el adjetivo especializado— se manifestó por partida doble: también por obra de esos tíos, mis hermanos y yo fuimos brasileños en España 82. Kiko —el hermano menor de mi madre— profesaba una pasión enfermiza por la *verde-amarela*, a tal punto que, cuando describía los regates y saltos de Pelé en México 70, agregaba jugadores gambeteados y centímetros de elevación con una creatividad propia del Realismo Mágico. A pesar de todo, lo entiendo: vivió ese mundial con la candidez ilusionada de los siete años.

Yo tenía ocho años cuando se jugó el mundial español, el cual fue, propiamente, mi primer mundial (de Argentina 78 guardo una sola imagen: un jugador holandés, con el pelo claro y largo sobre la cara, corre por la pantalla de un televisor a blanco y negro). Algunos partidos, como el 4-1 de Brasil contra Escocia, los vi en Bello junto a los tíos, y más que partidos fueron algo así como ceremonias, con inclusión de los gritos histéricos que acompañaron los goles. Pero otros encuentros los vi en Belén, en mi casa, junto a mis dos hermanos. Recuerdo particularmente el juego disputado en Barcelona el 2 de julio, en el que la Canarinha derrotó 3-1 a Argentina. Celebramos como un gol la expulsión de Maradona, a quien Kiko nos había enseñado a odiar no sé con qué argumentos, porque, por entonces, no se había escrito la primera página de la vida tras bambalinas del astro. Por esas licencias de la memoria, tan dada a hacer separaciones y fusiones absurdas, recuerdo estar viendo ese partido mientras abro un ejemplar de *El Colombiano* del día siguiente. En la portada de alguno de los cuadernillos —supongo que la sección deportiva— se ve una foto del Pelusa, visiblemente contrariado, y un titular en letras medianas: "Un Rey expulsado". Quizá nada sea real, no sé; pero sí es cierto —como que Italia eliminó a Brasil pocos días después— que sentíamos una aversión profunda por Maradona.

Las cosas cambiaron a medida que fui creciendo. Las imágenes de Diego con la camiseta azul del Nápoles y, quizá, su paso por el Campín en 1985 —hay una foto memorable de los preliminares de ese partido eliminatorio, con Maradona abrazando a Willington Ortiz— me lo mostraron como una figura carismática. Acaso fue eso, o acaso fue que, cuando rodó el balón en México 86, yo tenía doce años y me sentía dueño de tomar ciertas decisiones. O, simplemente, estaba intoxicado con la monserga brasileña y pelfeífica de Kiko —quien ese año estaba obsesionado con Josimar Pereira— y necesitaba, a como diera lugar, oponerme. Ya fuera por una cosa o por la otra, lo cierto fue que celebré el gol de Maradona en el empate contra Italia, y desde entonces hice fuerza por la albiceleste en los partidos que siguieron, al tiempo que descubría que los triunfos de Brasil me amargaban. Kiko no advirtió lo segundo, pero sí lo

primero, y solía detener con silenciosos gestos de burla mis apologías del pibe de Villa Fiorito.

Cuando terminó el famoso partido del 22 de junio —el 2-1 de Argentina sobre Inglaterra— no pensé en otra cosa que en enfrentar a Kiko y enrostrarle el segundo gol del Pelusa, por más que me preocupara la flagrante ilegitimidad del primer tanto, el que, sabía muy bien, mi tío objetaría (podría jurar que lo haría con delectación, como quien pela una manzana). Un par de días más tarde, Kiko apareció en mi casa, pues era el recadero oficial de mi madre. No había cruzado el umbral cuando le pregunté:

—¿Viste el golazo?

—¿Cuál golazo? —preguntó, ya amoscado.

—El segundo de Maradona contra Inglaterra.

Hizo su típico mohín de burla y acabó de entrar, y apenas llegó el comedor se giró —mi hermano y yo lo seguíamos como falderillos— mientras sacaba, del bolsillo de la camisa, la cajetilla de Derby que no lo desamparaba. Entonces, con un cigarrillo apagado y cogido con la pinza de dos dedos, se contoneó de manera ridícula mientras decía:

—¿Cuál golazo?... "Pase, señorita Maradona".

Hoy, cuando casi han corrido 35 años desde aquel día, mi tío se mantiene firme en su tesis de que los ingleses aflojaron la marca con descaro, de tal manera que cualquiera —como no fuera que lo agobiara algún tipo de disfuncionalidad motriz— hubiera hecho ese mismo gol, e incluso de mejor factura. Sucedió incluso que, a partir de 1987, empezó a decir que se había tratado realmente de un autogol, y no le temblaba la voz cuando declaraba que el último zaguero inglés había empujado la pelota contra el arco de Shilton, medio segundo antes de que el guayo de Maradona llegara para el último toque.

Sentí como propia, al siguiente domingo, la vuelta olímpica de Argentina,

y tanto fue el entusiasmo que todavía quedaban algunas brasas en 1990. No era poca cosa, habida cuenta de que, por entonces, ya se había puesto en marcha el exitoso "ciclo Maturana", lo que hacía innecesario robar las naranjas del patio vecino. Aunque es verdad que celebré el triunfo de Camerún sobre Argentina en el partido inaugural —supongo que un primer llamado de la musa antropológica se dejó sentir en la forma de una simpatía africana—, muy pronto acabé prendado del mismo equipo roto y abnegado, iluminado por la luz de un solo astro, que había visto jugar cuatro años atrás. El dramatismo de las clasificaciones a penaltis sedujo mi corazón literario; pero, sobre todo, ocurrió que el triunfo gaucho contra Brasil, por obra de un pase mágico de Maradona a Cagnigga, avivó el furor experimentado en México 86. Solo lamenté no poder mortificar a Kiko con la derrota de su selección adoptiva, pues mi tío se había casado seis meses atrás y no solíamos verlo con frecuencia, parca rutina que hasta hoy se mantiene vigente. Pero alguien, en todo caso, hizo sus veces: ese año, mi madre le había arrendado el cuarto trastero a un don Juan de vereda que no sé a qué negocio se dedicaba. Media hora después de concluir el partido, llegó arrastrando su moto como a un caballo resabiado, deshecho en maldiciones. Apenas contesté al saludo de mi madre con dos frases tan hoscas como pueblerinas:

—Doña Gloria, perdió Brasil. Qué rabia con ese gordo.

Sobra decir quién era el gordo. En ese momento, Maradona ya se destacaba por formas y datos no muy afines con los que —imagina uno— deben llenar la vida de un deportista disciplinado. Mi hermana lo detestaba, o para decirlo con exactitud, seguía detestándolo, porque jamás se había curado del rencor transmitido por Kiko, y cada vez que veía aparecer al ídolo en la pantalla se dejaba ir con algo como "Marradona" o "esa marrana", del todo ganada por ese odio irracional que

puso a tanta gente contra el 10 (un odio similar al que ciertos antioqueños obtusos creen necesario albergar contra las personas y cosas bogotanas). Mi hermano, aunque no participaba en esa ojeriza popular, eligió hinchar por Alemania el día de la final. Yo fui el único que en casa, ese día, se vistió de azul y blanco, y aunque no lloré con Maradona tras la derrota, sí estuve amargado por un rato, algo que, por supuesto, mi hermana me echó en cara. Pero precisamente porque mantuve los ojos secos vi con claridad el penalti que, promediando el segundo tiempo, le hicieron a Gabriel Calderón; un penalti tan grande como el Estadio Olímpico de Roma y que Edgardo Codesal, el árbitro uruguayo, no quiso pitar. El Pelusa lo habría cobrado, rasante e imposible, y esa hubiera sido otra de sus páginas de gloria.

Después de haber sido testigo televisivo del 5-0 de Colombia en Buenos Aires, y ya del todo habituado a la fe solidaria y proletaria de la Universidad de Antioquia, me era imposible aferrarme a la pasión maradoniana en el mundial del 94. El corazón apenas latía por Colombia y las selecciones hambrientas. Cuando Diego convirtió el gol contra Grecia y corrió a celebrarlo frente a una cámara lateral, lo único que vi fue a un futbolista envejecido. Antes que al gladiador o —si se quiere— al Robin Hood de 1986, me pareció estar viendo una versión retocada de don Publio Trujillo, el magistrado jubilado que era nuestro vecino hacia el este. En los años que siguieron, Maradona fue disolviéndose en el álbum de la farándula: primero apareció como jugador con una raya de pelo teñido, como una mofeta nauseabunda; luego lo vi como director técnico, lanzándose a un charco al término de un partido que Argentina le ganó a Perú de manera milagrosa, y más acá empezó a ser el protagonista de mil memes y de muchos videos censurables —en uno de ellos, sin ropa—. En una misma nube se revuelcan Al Capone, Diomedes Díaz y el 10. Me arrastró, en parte, la ola vulgar del antimaradonismo, y todo porque ya no sentía, junto al oído, la injusta y estimulante ojeriza de Kiko contra el Pelusa. En dos décadas y media, muy rara vez asomaron caras amables de Maradona, como cuando —por ejemplo— apareció frente a un micrófono denunciando la rapacidad de la Fifa, o cuando posó, tabaco en mano, junto a Fidel. Pero no fue mucho más que eso.

Cuando murió el astro, el pasado 25 de noviembre, media Latinoamérica se quejó por haber perdido a su ídolo. A mí me sucedió todo lo contrario: vine a recuperarlo. Con la noticia, se animaron en mi cabeza los recuerdos entrañables de México 86. En los días corridos desde el fallecimiento, estoy aferrado particularmente a este, sin que pueda explicar por qué: mi hermano y yo estamos tirados en el corredor del segundo piso de nuestra casa, frente al televisor Beltek. Comemos donas y vemos a Argentina derrotar a Bélgica, en plena semifinal. El segundo gol es una obra maestra olvidada: Maradona se cuela en diagonal por entre cuatro zagueros y entra al área, y a la salida de Pfaff —realmente, apenas viene a medio camino—, la cruz imposible al segundo palo, mientras hace un giro y sale a los tropicónes hacia el otro lado, para empezar la celebración. No importa nada más: es un momento real de mi vida y soy feliz.



El pibe que adelantaba el futuro

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO • Ilustración de Fragmentaria

Como una metáfora del número que lo identificará para siempre, número equivalente a su apellido, Maradona debutó un 20 de octubre de 1976, diez días antes de cumplir dieciséis años, siendo el debutante más joven de la historia del fútbol argentino. Entró promediando el segundo tiempo, vistiendo la número 16. “El más Júnior de los argentinos”, tituló la revista *Goles*. Argentinos Juniors perdió contra Talleres, 0-1, pero lo más recordado del partido fue el caño de Maradona a Juan Domingo Cabrera, en la primera pelota que tocó en primera división. Por los veinticinco años de aquel debut, la portada de *El Gráfico* fue la foto de ese caño, tomada por un fotógrafo de apellido premonitorio, Speranza, y nombre de pila Humberto. La foto estuvo perdida ese cuarto de siglo, hasta que, en octubre de 2001, el periodista Diego Borinsky la encontró en el archivo que dicha revista le reservaba a Cabrera, guardada en un sobre rosa. Al abrirla y encontrarla, Borinsky gritó el siguiente eureka:

—Miren esto, ¡la puta que lo parió!

Casi un mes después del debut, el 17 de noviembre de 1976, cuando Maradona contaba dieciséis años y dieciocho días, cinco partidos como profesional, uno solo de inicialista, contra Newell's, se publicaría en *Clarín* la nota más recordada de cuantas le han hecho al 10, titulada “Un sueño de barrilete”, escrita por Horacio Pagani, sí, el septuagenario Quijote de TyC Sports que defiende a capa y espada la concepción futbolística de Dante Panzeri, esto es, el fútbol como dinámica de lo impensado. La introducción de la misma, de influencia borgiana, empieza así: “Esta nota es una ilusión. Y como es una ilusión estará sometida a todos los riesgos. Porque podrá confundirse la realidad con la ficción, estará latente el peligro de la exageración. Será juzgada de apresurada y hasta atentatoria contra las futuras posibilidades del protagonista. Pero el fútbol argentino, este fútbol anémico de cada domingo, está necesitado de ilusiones. Hay que soñar para retomar la fe”. Al final de la nota, acaso para dar un indicio de sus futuras posibilidades, Maradona confiesa una estadística personal, una isla desierta en el fútbol:

—¿Cómo anduviste en Mar del Plata?

—Creo que bien. Hice dos goles y metí un “caño”.

—¿Cómo? ¿Contás los caños?

—En la primera sí, porque llevo pocos partidos. El primero, por ejemplo, se lo metí a Cabrera, de Talleres, en el debut...

Diez años después del debut, a escasos días de levantar la Copa Mundial de México 86, de vuelta en Argentina, *Clarín* le entregaría a Maradona, de manos de Pagani, una copia de “Un sueño de barrilete”, en marco dorado, con un cheque previo bajo cuerda de 250 mil dólares para que no faltara a la entrega. Pagani, de paso, le recordaría a Maradona lo tímido que era, tanto, que no quería posar para la foto de aquella nota legendaria. A la postre, lo haría en su papel de malabarista, haciendo equilibrio sobre la pelota: “El malabarista

que quiere ser jugador. El futuro será testigo”, decía el pie de foto. Tres meses después, el 27 de febrero 1977, en un amistoso ante Hungría, con dieciséis años y 130 días, a los veintidós minutos del segundo tiempo, reemplazando a Leopoldo Jacinto Luque, Maradona se convertiría en el futbolista más joven en vestir la camiseta de un seleccionado absoluto: “Haga lo que sabe, esté tranquilo y muévase por toda la cancha. ¿Estamos?”, fueron las indicaciones de Menotti. Y Maradona estaría inmediatamente: “Entré, sacó Gatti para Gallego y el Tolo me la dio a mí, de una”. Al día siguiente, la revista *Goles* titularía ese hecho excepcional del deporte con un oxímoron maradoniano: “El pibe que adelanta el futuro”.

Posdata 1: Como malabarista, precisamente, fue el debut de Maradona en los medios impresos, también en *Clarín*, el 28 de septiembre de 1971, en un pequeño recuadro sin firma de la sección deportes, recuadro que iba acompañado por una foto aún más pequeña del 10, que contaba apenas diez años. Maradona, a la sazón en las inferiores de Argentinos Juniors, hacía de recogeboles en los partidos locales del equipo profesional y de malabarista en los intermedios. Esa tarde Argentinos jugó en casa prestada, en la cancha de Atlanta, enfrentando a Independiente. El primer tiempo había sido tan malo que, no bien los equipos retornaron a la cancha, los hinchas de parte y parte, embelesados con los malabares de Dieguito, empezaron a corear: ¡Que se quede, que se quede! Y ahí nació la nota que el periodista anónimo narró así, con un error en el apellido del protagonista: “Es zurdo, pero sabe usar la derecha. Diego Caradonna, 10 años, se ganó calurosos aplausos en el entretiempo de Argentinos Juniors versus Independiente, haciendo gala de una rara habilidad para el ‘jueguito’ con el empeine, y hasta con chanfle. Con una camiseta que le queda un poco holgada y el flequillo que no lo deja ver, Dieguito parece escapado de cualquier baldío porteño de los de antes”. Esa fue la primera vez, pero no la única que los medios impresos escribirían mal el que sería el apellido más universal de la historia del fútbol. En *Vivir en los medios: Maradona off de record*, se registran otros tres correspondientes a la etapa amateur del 10: “Maraddonna”, “Maradonna”, y “Maladonna”. Sí, “Maladonna”, como si fuera un acrónimo entre malabarista y Maradona.

Posdata 2: Diez años después de haber sido publicada, acaso para cerrar el círculo más virtuoso de la historia del fútbol, “Un sueño de barrilete” serviría de referente para el relato de relatos del gol más recordado de Maradona, a Inglaterra, en los cuartos de final de México 86, en palabras del 10, “lo mejor de mi vida”: recorrió 53 metros, en 10,6 segundos, en 44 pasos, en 12 toques de zurda a la pelota, a los 11 minutos del segundo tiempo, ante 114 580 espectadores en el Estadio Azteca, a 30 grados de temperatura ambiente, cuando la velocidad del viento marcaba 12 kilómetros por hora. Eran las 13 horas con 12 minutos

y 20 segundos, tres horas más en Buenos Aires, seis más en Londres, cuando Maradona recibió el pase de Enrique y, con una valla publicitaria de Coca-Cola y otra de Fuji Film de fondo, se dispuso a gambetear a Beardsley, Reid, Butcher, Fenwick, Butcher otra vez, y, finalmente, al portero Peter Shilton. A todos los recuerda Wikipedia en español como “uno de los jugadores a los que Diego Armando Maradona eludió en el llamado gol del siglo en México 86”. Y, tras esa hazaña mayor, vino el mejor grito de gol de todos los tiempos, en la garganta de Víctor Hugo Morales. Al volverlo a escuchar, veinticinco años después de ocurrido, Maradona exclamó: “Cómo se pueden hilvanar tantas palabras lindas en tan pocos segundos que dura un gol”:

“Gooooool, goooooool, goooooool...

¡Quiero llorar! ¡Dios Santo, viva el fútbol! ¡Golaaaazooo! ¡Diegooooool! ¡Maradona! Es para llorar, perdónenme... Maradona, en una corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos... Barrilete cósmico... ¿De qué planeta viniste, para dejar en el camino a tanto inglés, para que el país sea un puño apretado gritando por Argentina? Diegol, Diegol, Diego Armando Maradona... Gracias Dios, por el fútbol, por Maradona, por estas lágrimas, por este Argentina 2 - Inglaterra 0”.

Posdata 3: En ese gol, según el documental *Maradona by Kusturica*, el 10

tuvo el destino del mundo en su zurda, sí, como si aquella pelota sobre la que había hecho equilibrio diez años atrás se hubiera transformado en un globo terráqueo: “Fue un milagro que la Tierra no se saliera de su eje cuando más de mil millones de personas saltaron al unísono, cuando celebramos el segundo gol de Maradona contra Inglaterra en el Mundial de México 86. La Tierra continuó girando inalterada alrededor del sol, lisa y llanamente, porque era un salto por la justicia”. Y es que ese partido del 22 de junio de 1986, por los cuartos de final del Mundial, había sido promocionado como la revancha de la guerra de las Malvinas, que ganó Inglaterra por 394 muertos de ventaja, 255 contra 649. “Los sudamericanos nos sacaron del Mundial en revancha a la paliza que recibieron hace cuatro años en La Guerra de Malvinas”, escribiría al día siguiente el diario *The Sun*.

Posdata 4: En 1996, por los diez años del triunfo ante Inglaterra, *El Gráfico* resaltaría estas palabras de Maradona: “Todos declarábamos antes del partido que el fútbol no tenía nada que ver con La Guerra de las Malvinas... ¡Mentira!... En nuestra piel estaba el dolor de todos los pibes que habían muerto allá, tan cerca y tan lejos. Sentimentalmente, hice culpables a cada uno de los jugadores ingleses de lo que había sucedido”.



Mi pelota para Maradona

por CAROLINA SANÍN • Ilustración de Laura Ospina Montoya



Voy a comprar un balón de fútbol, para verlo. Salgo, cruzo la calle, va a llover, voy a tratar de regresar a mi casa antes de que llueva, nunca he tenido uno, llevo al centro comercial, entro en la tienda de Adidas, pregunto cuáles hay, imagino que el vendedor imagina que quiero el balón de regalo para mi hijo, y por la tangente me figuro al hijo, que mañana cumple cinco años, así que es Sagitario, el arquero, no el del arco de fútbol, sino el que dispara, o sea lo opuesto al arquero de fútbol, o cumple veintidós, y no sé si le gusta el fútbol, ni nadie sabe qué le gusta, pero podríamos jugar un rato con la pelota esta tarde si no llueve, para conocernos, pues yo no había tenido un hijo, y de repente se me apareció él, sin madre, cuando pregunté por los balones, y es parecido a Diego Maradona en el pelo, pero no le veo la cara, y a lo mejor es que solamente tiene pelo y no cara en la cabeza. Mejor le invento al vendedor que el balón es para mi hija, que juega de mediocampista en la Selección Nacional Juvenil, para que él se acuerde de que las mujeres también jugamos al fútbol, y no solo a contar cuentas, y trato de ver dónde meter, antes de pagar, una mención a Maradona, muerto antier, para decir que qué tristeza, porque si alguien en cualquier lugar toca un balón en estos días será muy raro que Maradona no le baje a la lengua, así que creo que el vendedor espera que yo lo diga, y lo digo: que qué triste, pero no es tristeza lo que he sentido, sino euforia. Una tristeza eufórica: yo no conocía eso. Es un estado de lamento pero voz, como no es la tristeza: estoy llena de ánimo. Hinchada. No se me había muerto nadie así. Sí parientes y amigas, y también héroes, pero no él, no la idea e imagen que tuve a todas horas en la mente mientras salía de la niñez, y por la que aprendí que uno podía amar a alguien sin conocerlo, apasionadamente, o sea, entendí la religión. Pago. Doy tres billetes con la cara de un muerto, y me devuelven cuatro: dos con la cara de otro muerto, y otros dos con la de una muerta.

Traer ese objeto nuevo a la casa, el balón, e ir primero al jardín para darle patadas durante un rato, porque al final no empezó a llover, para vislumbrar ese placer, y luego caminar hasta mi puerta abrazándolo, y dejarlo encima del escritorio, y mirarlo allí, y describir lo que se me vaya ocurriendo: este es mi oficio fúnebre para Diego Maradona, a quien olvidé durante más de veinte años por creer que ya no era bello, y luego, el día de su

muerte, resucitó en mi pensamiento con más gracia que antes, con una belleza sucia que estalla sin parar.

Él no decía “el balón”, como digo yo aquí, sino “la pelota”, como se les dice a los testículos. Empiezo por ahí, al mirarla sobre el escritorio: la pelota es la bolsa de semillas que tienen los hombres para engendrar en las mujeres hijos, con la ilusión de seguir viviendo después de morir. Los futbolistas, que juegan en un campo sin mujeres, patean un testículo. Juegan a quedar estériles. Lo patean tanto que hasta queda estéril el padre que los habría engendrado a ellos, y ellos mismos quedan desnacidos. Diego no reconoció a su primogénito hasta hace poco. Dicen que murió con el deseo incumplido de reunir a todos sus hijos e hijas, legítimos y no. A lo mejor habrían aparecido allá, en esa reunión irrealizada, también mis hijos que por un instante vi en la tienda, no engendrados por un hombre: el de cinco años, el de veintidós y la de trece, sentados a la mesa del padre, en mi escritorio, junto al balón nuevo y debajo de una foto de Diego gris que imprimí de internet y pegué en la pared, y que es esa en la que él sale bebiendo la bola dorada de la Copa Mundial. Lo oí decir, en una entrevista, como quejándose, que la copa que le llevarán para que la guardara, la réplica, no pesaba como la que él había besado en la premiación, y era distinta, no era ya.

Sí está la mujer en la cancha: es la red. Juegan los hombres a pasarse la pelota, y se tocan sin poder tocarla con las manos, como si obedecieran la prohibición de masturbarse, hasta que uno la mete, y es por fin la fecundación. Eso es el hijo, esa celebración siempre excesiva del gol, y es también la muerte: la pelota giradora queda quieta, pescada por la red en la que Clitemnestra atrapó a Agamenón y lo asesinó, y hay que volver a empezar.

Cojo con las dos manos el balón de fútbol que compré. No tengo que hacer nada de fuerza para levantarlo. Es de aire. Tomó aire y no lo suelta. El movimiento de inhalación y exhalación, que es el ritmo de la vida y del mar, ha quedado ahí suspendido y circundado. El balón es el espacio entre tomar y dar; ese aguante del tiempo, presente puro, una pausa en la que no sucede nada, ni hay ninguna historia que contar, ni los hijos suceden a los padres, ni los padres mueren.

¿Cómo sentía Maradona la pelota, para hacer con ella lo que nunca nadie? ¿Más pequeña que como yo la siento, o más grande, como una membrana que lo

rodeaba, como otra piel suya, dentro de la que él vivía? ¿Como una placenta de la que aún no nacía? También es un balón la barriga crecida de la madre. Y también Diego, después de la belleza, de regreso a Diego, buscó tener, o sin buscar la tuvo, esa forma de balón, como hombre preñado con una camada numerosa, y después de la obesidad vino el balón gástrico, y luego otra vez inflarse, etcétera.

Cuenta en una entrevista que de chico jugaba al fútbol de noche y ni veía la pelota, y que al día siguiente, al volver a jugar con luz, lo hacía más fácil o mejor. Pero no explica así tan simplemente ese aprendizaje, “entonces era capaz de jugar mejor”, sino que se queda sin palabras cuando, después de haber contado que jugaba con los otros en lo oscuro, intenta describir qué traía el día, qué pasaba cuando brillaba la pelota. Para declarar la visibilidad, en esa entrevista, le falta el aire. La pelota es lo visto ya no visto. Ella misma. La bola de cristal, que revela el destino. Un ojo es un balón. Y un balón es el Sol, también.

¿Cómo sentía la pelota a Diego, para imantarsele como a nadie más jamás? ¿Qué vida, qué eternidad, vivía ella en él y alrededor, como su luna? Se tenían. Él le prestaba para que otros también jugaran, para hacer algo y que hubiera otros. Conocer el mundo era constantemente intercambiarla, interpretarla y mostrar que ella no cambia.

El balón que tengo aquí no es de cuero de animal, como eran los de antes, animales muertos y reconstruidos, o animales a medio formar, miedos de nacer. O huevos que no se rompen.

El puño con que Diego le metió el gol de mano a Inglaterra es una pelota. La cabeza de altura que a él le faltaba para haber metido ese gol con la cabeza, y que suplió con la mano cerrada, otra pelota. La cabeza que contenía la velocidad del pensamiento que previó el gol, otra. La “o” que se multiplica, se amplía y se extiende en el canto del gol: pelota. La última letra del nombre de Diego. La de ambos lados del oro. La teta. La cosa que está en blanco. La que no se mancha. Exactamente, la inocencia. Lo que está antes de la experiencia. Lo que es blanco y negro. Una cebollita. Una pelusa. El peso del mundo que él sintió en los hombros. Y la que se ve alejarse, ya como un punto en el cielo, el punto final de ahora, el de la muerte.

El balón es la Tierra redonda. Al golpearlo y hacer que dé vueltas, los hombres juegan a inventar o a descubrir el movimiento verdadero de los astros, de los lugares donde se puede o no vivir; a descontrolar las órbitas que gobiernan todo lo que hacemos, y a comprobar la vigencia de su ley. Veo sobre el escritorio el balón que compré esperando que me hablara, y me habla, pero así como yo he hablado no es como suenan las esferas, sino que ellas suenan como solo se sabe tras la muerte. Yo creo que Diego buscaba la música de las esferas, como dicen, la música de las pelotas, que no es igual a la que producen en la cancha los tacos contra el cuero. Por eso cantaba y era bailarín, y también por eso la euforia triste, el desmadre, el alboroto, la pachanga y la embriaguez con el fruto del loto, del olvido: entre las fiestas seguía la armonía lejana, el sonido que a lo mejor sí fuera.

Hay otra historia, más sentimental que esta, en la que mi ofrenda funeraria para Maradona es que cojo el balón que compré, después de tenerlo sobre el escritorio y de escribir acerca de él, y se lo entrego a un niño o una niña que acompaña a su padre a vender en la calle bolsas para la basura, y que vive en una villa pobre, como aquella en la que vivía el niño Diego, potreros embarrados, más que fríos, pero que en Colombia no se llaman villas, para que juegue con el mundo y juegue al ser humano, y no solo a tratar de vender, y para que nadie olvide a Maradona: “Te manda esto un dios hijo de Dios, que se llamó Diego”. En realidad esa sería una historia menos sentimental, y yo no fui a ningún Adidas, ni compré nada (pero debería hacerlo, voy a hacerlo), y estos, mis funerales de Maradona, son un engaño pero sin trampa, una pelota de fútbol chutada con la mano. ©

Una lora, un amor y tres versiones

Versión bendita

Por Daniel Restrepo

Un cardenal emisario del Vaticano llegó a Medellín a finales de octubre de 1925. Un edicto emitido desde Roma ordenaba la finalización inmediata de la fiesta del 31 de octubre (o día de los niños) por su vinculación directa con el satanismo. Este esfuerzo intentaba barrer todo rastro de iniquidad desde México hasta la Patagonia (porque Dios siempre ha bendecido a América del Norte).

A un padre de la Veracruz, emocionado por tan alta eminencia en la ciudad, ocurriósele la fantástica idea de regalarle al sacro visitante un legajo de fotos de cada una de las familias que conformaban la comunidad de la parroquia. De esta manera el padre le garantizaría a Roma que el diablo en Medellín no estaba o, por lo menos, que no era un feligrés de la Veracruz. Para garantizar la santidad del evento (y aprovechando la intención del visitante) el padre restringió la asistencia a la sesión de fotos a familias con hijos ya catequizados. El aviso, colgado en entrada de la iglesia, decía: “Solo son admitidas familias con hijos donde todos sus miembros sepan de memoria el Padre Nuestro”.

Don Eulogio Valdés y su mujer leyeron con desazón el aviso parroquial. Ambos eran muy fervorosos, muy religiosos, muy acaudalados y sin ningún hijo hasta el momento. ¡La oportunidad de ser bendecidos por el santo papa se les escapaba por falta de otra bendición! La señora Valdés, mucho más torturada que su esposo por la situación, encontró una solución genial al predicamento. Compró un loro en la Minorista y le enseñó, con un esfuerzo sobrehumano e implacable, todo el padrenuestro, el rosario y el breviario en cuestión de una semana.

El 31 de octubre llegaron los Valdés con su versado hijo: Euloro Valdés. El padre, renuente y receloso, les dejó claro a la entrada que solo les permitiría asistir a la liturgia, pero que foto no habría ni para ellos ni para el loro. Una vez iniciada la misa, el loro mostró sus dotes de teólogo y empezó a recitar y a interrumpir al padre. Este, temiendo la indignación del cardenal, empezó a levantar la voz para ahogar la del loro. Pero su voz fue la que se apagó casi por completo cuando, en medio de la consagración, sintió que el cuerpo de Cristo se le escapaba de las manos y se deshacía en el pico del loro. Cuando se incorporó, no pudo más que palidecer cuando escuchó al pájaro exhortar a los feligreses a que se prosternaran ante “el cordero que quita el pecado del mundo”.

Lejos de estar iracundo, el cardenal celebró la erudición del loro en temas litúrgicos como un milagro. Permitted que don Eulogio, su esposa y San Euloro también participaran de las fotos que serían bendecidas por el papa.

En medio del océano de imágenes que conserva el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto (alrededor de un millón setecientos mil fotogramas) hay un mar de parejas posando juntas frente a la cámara. Y entre todas ellas, hay solo una que incluye —además de un hombre y una mujer— una lora. Se titula “Eulogio Valdés”, y según las marcas en el negativo de vidrio fue tomada en el estudio de la familia Rodríguez en 1925, en Medellín. Eso es todo lo que sabemos de esta imagen inquietante. Pero, ¿cómo pasó esto que vemos? ¿Se querían retratar y terminaron incorporando a la lora por algún azar? ¿Es una foto de familia? ¿Es la lora la verdadera retratada y ellos solo la acompañan? En lugar de investigar a fondo, esta vez recurrimos a un camino alterno: la ficción. Le pedimos a la gente en redes que nos contara sus propias versiones de los hechos. Y estas son tres de las mejores.



Versión psitácida

Por José Alejandro Ramírez (@josewildro)

El doctor Eulogio Valdés Arango, el único ornitólogo de la Villa de la Candelaria, era profesor en la Fundación de Estudios Ornitológicos ubicada en el Parque de Berrío. Llevaba dos años mandando cartas marítimas al País Vasco, de donde se sabía originaria la especie más inteligente de loro adivinador de sueños. Fueron muchas las cartas para obtener un ejemplar de este mítico psitácido visto en esas regiones. Había recibido aquel animal una semana antes de la foto, y no podía quedarse por fuera del álbum familiar a pesar del bochorno que sufrió su esposa doña Abigail Ramírez Jaramillo. Año 1925.

Versión tenaz

Por Melissa Alzate

Después de ahorrar durante varias semanas habían recogido el dinero suficiente para pagar una de esas fotografías de las que todos hablaban, una pintura no pintada hecha con una caja

con lentes de vidrio que nadie entendía cómo funcionaba, una imagen perfecta, un instante congelado en el tiempo.

Se vistieron con sus mejores galas. Él sacó el sombrero que usaba los domingos y el traje de los eventos importantes; ella sacó el vestido que tanto le gustaba, el sombrero y las joyas que su madre le había regalado y los guantes de seda que su vecina le prestó. Estaban listos: el vestido, el maquillaje, todo era perfecto. Todo, excepto la mascota del hogar.

El loro, acostumbrado a no permanecer solo, saltó de su percha al sombrero adornado con flores que ella llevaba. Él lo retiró con cuidado y lo devolvió a su sitio, pero el animal voló nuevamente y aterrizó en el hombro de él. De nuevo lo retiró y lo ubicó en la percha. Sin embargo, el loro estaba decidido a conseguir su cometido.

La danza del hombre y el loro, del hombre, el sombrero y la percha duró lo suficiente como para hacer peligrar la cita establecida con el fotógrafo, y era claro que el loro estaba decidido a no rendirse.

Esa mañana, el famoso fotógrafo de la ciudad de Medellín hizo su primera fotografía familiar... con un loro.

Nacido en Cuarentena es una invitación a acercarnos a la memoria contada por artistas, músicos y escritores, para pensar el espacio público como el medio para inspirar transformaciones y nuevas propuestas de vida en sociedad, adoptando las posturas críticas, políticas y culturales, que hacen parte de la construcción de nuevos sentidos con el otro y con lo otro.



MUSEO DE ANTIOQUIA

universo
centro

Filarmed
Organismo
Empresarial
de Medellín

APOYA

Imaginar el futuro
#ElPoderDeLaCultura
Una alianza
comfama

THE END

NACIDO EN CUARENTENA

A. BERNAL · 2020

THE END

El fin ha ocurrido más veces de lo que podemos imaginar. El mundo se viene acabando desde que alguien dijo: "Hágase la luz" y la luz se hizo, es decir, desde ese preciso momento en muchas latitudes y en diferentes capas de tiempo preveían que el mundo se acabaría indefectiblemente de una u otra manera. Los astrónomos nos explicaron que nuestro sol, que está por la mitad de su vida, un día se apagará y con él todo lo que vive morirá por el frío y la falta de alimento. En el apocalipsis bíblico se narran los últimos días de esta pobre humanidad agobiada y doliente. El fin nos acompaña y los predicadores lo saben, blanden sus biblias y proyectan su voz en el Parque Berrío desde tiempos inmemoriales.

El 2020 fue de nuevo el año del fin del mundo. La pandemia puso la palabra fin en el vocabulario de los medios de comunicación, de las conversaciones íntimas, en el pensamiento económico y las demás disciplinas humanas. Otra vez el fin estaba entre nosotros. Un virus microscópico reactivó la máquina productora de fines del mundo y a los *findelmundistas*. Encerrados en nuestras casas, quienes teníamos una, veíamos la desolación de las calles vacías, con pocas personas que se arriesgaban a sortear la ciudad en busca de algunas monedas. ¿Estábamos ante un nuevo fin del mundo? No lo sabíamos. Algunos lo afirmaban, otros los rebatían, otros más decían que el virus era un invento. Yo mismo me encontré con alguien que me explicó que todo se lo había inventado la policía para mantenernos encerrados y para cobrar por muchos más comparendos.

Hegel pensó que con él se acabaría la historia de la humanidad, luego Lyotard propuso que, con la posmodernidad, morían los grandes relatos del siglo XIX. Fukuyama, de manera resignada, le echó más tierra al mismo cadáver y vaticinó el fin de la historia con la caída del Muro de Berlín, pensó que después de ese acontecimiento solo teníamos la opción de aceptar las democracias liberales como el signo identitario bajo el cual se construiría nuestra subjetividad, es decir, estábamos ante el último hombre de la historia, después de esto no habría posibilidad de seguir con nada, todo parecía estar terminando.

El fin está por todas partes, pero no quiere acudir ante nosotros, es escurridizo, se demora, se sabe hacer esperar. Como dice una canción del grupo de punk español Ilegales: "Estamos agotados de esperar el fin". ¿Cuántos fines del mundo nos esperan?

En 1981, como homenaje al cine, Adolfo Bernal realizó su pieza "The End", en la serie que él mismo denominó *Señales*. En el marco del MD7 reconstruyó dicha pieza y después de imprimir miles de reproducciones, las lanzó desde un helicóptero en algunos lugares de la ciudad. "The End" caía desde el aire en las manos de los transeúntes de la ciudad. En Medellín llovía el fin a manera de papeles impresos con un simple pero insólito mensaje. Sin mucho más que ese testimonio arrojado desde el cielo la gente vio cómo el fin caía sobre sus cabezas, se revolvía con el viento, se enredaba entre los árboles, quedaba estancado entre los techos.

En los últimos meses del año 1999 el mundo estaba nervioso por el fin del siglo. También por el Y2k y las teorías de conspiración que se replicaban en los medios, en las voces de mis amigos del barrio. Había una mezcla de incertidumbre y de buenos augurios que colmaba los cuerpos. Algo se modificaría irreductiblemente. Yo estaba expectante por el cambio de milenio, era la primera vez que me veía consciente de la historia, ante mis ojos iba a ocurrir un acontecimiento. Dentro de poco se cumplirían dos mil años redondos y entraríamos, como decían los comerciales en la televisión, en el siglo XXI. Yo tenía nueve años, mis papás me regalaron un juguete llamado El robot del siglo XXI, las propagandas en la radio se referían a la fecha. La ciudad se veía volcada toda hacia el futuro, el presente se descascaraba a medida en que

Santiago Rodas

pasaban los últimos meses del año. En general, se respiraba un aire de cambio, de renovación, o al menos así lo recuerdo. Algo nos queríamos limpiar de tajo de nuestro pasado y como amantes del sistema decimal no perderíamos la oportunidad.

Uno de mis tíos se compró una gorra que tenía incrustado un reloj digital con la cuenta regresiva: marcaba los meses, días, horas y segundos que faltaban para que llegara el tan añorado año 2000. Varias veces lo encontré en reuniones familiares y siempre llevaba puesta la gorra con el contador, él era el centro de atención. Bailaba, hablaba y se reía con la gorra puesta. Era su manera de saber que el fin del milenio estaba presente todo el tiempo y no se podía perder ningún instante de la resta temporal.

El último día de ese año nos encontramos en una reunión familiar en el barrio de mis tíos y mis primos. Celebramos en la tarde con la familia de mi papá. Faltaban unas pocas horas para que el reloj de la gorra quedara en ceros. En las calles la gente se tiraba harina, celebraban un diciembre intensificado por el cambio de siglo, cogían globos, fritaban marranos, hacían sancochos callejeros, escuchaban las emisoras de música tropical que anunciaban cada tanto el fin del año, del siglo, del milenio. El ambiente festivo se desparramaba entre los barrios, una extraña electricidad hacía que todos comulgáramos con un mismo horizonte: nuestros ojos estaban puestos en el fin. Yo quería estar presente en el momento en el que el reloj de la gorra dejara de andar para ver qué pasaba, pero regresamos a casa mucho antes de las doce de la noche y no pude verlo.

Celebré el fin del milenio con mi mis padres y mi hermana y luego con mis amigos en el barrio. Creí que iba a notar una sensación en mi cuerpo, un escalofrío, algo distinto que me pasara en el estómago, en la piel, pero nada. El cambio de siglo ocurrió como todos los años anteriores: perseguí globos, tiré pólvora, cerramos la cuadra con un lazo para pedir plata a los carros que pasaban y con lo recaudado llenamos de pólvora un año viejo que explotó puntual a las doce, pero más allá de eso no pasó nada más.

La primera semana de enero visitamos la casa de mi tío. La gorra estaba tirada en cualquier parte con el contador en 00:00, le titilaban los punticos del centro, pero ni avanzaba ni retrocedía. La gorra ya no servía para nada, había perdido su función; sin embargo, mi tío la seguía usando, no eran tiempos para desechar las cosas, no se podía dar ese lujo porque trabajaba como albañil y enero siempre fue un mes bastante flojo para él.

Yo cogí la gorra y me quedé mirándola por un rato, me parecía inerte, como si fuera un animal embalsamado de los que había en un pequeño museo del colegio, algo que estuvo vivo alguna vez, pero ahora estaba cristalizado, como por fuera del tiempo. La dejé a un lado, sin su magia anterior. Ya no servía. Mi tío la usaba para soportar el sol en sus jornadas de trabajo con los ceros en su frente sudorosa.

El marcador de tiempo detenido y titilante en la gorra parecía contener un mensaje cifrado que habría que desenredar. Como si el tiempo se hubiera disecado y no avanzara más. Quizá era enero que se sentía con su fuerza despaciosa y su luz sosegada el que me hacía tener la impresión de que algo en la máquina del mundo se había pausado. Parecía que el fin sí había ocurrido, pero no nos hubiésemos percatado y que el presente era otra cosa: una especie de embrión que todavía no empieza a nacer y se revuelve en su líquido amniótico sin principio ni final. El fin se aplazaba hasta nuevo aviso.

En casa tengo una de las impresiones de "The End" y a veces la miro por un rato, imagino cómo cayó desde el helicóptero. Cada vez que la veo pienso que el fin está sucediendo en todas partes, todo el tiempo. El fin, es también, ahora mismo. ¿Cómo lo sé? Tengo una copia de Adolfo Bernal para recordarlo.

Así funciona el Distrito Térmico que ahora extenderá sus redes de aire acondicionado limpio



epm®

Con la construcción de 1200 metros de tubería, en 2021 los edificios de EPM, Plaza Mayor y el Museo del Agua se conectarán al Distrito Térmico La Alpujarra, que desde 2016 lleva aire acondicionado a varias instituciones de ese sector.

En medio de talleres y almacenes de repuestos, un edificio se destaca entre los otros y rompe la monotonía del paisaje en el sector de La Bayadera, en el centro de Medellín. Aunque no es muy elevado, sobresale por su diseño, con plantas que cuelgan desde su terraza y amplias aceras. Aunque realmente, su potencial está en su interior.

Desde allí salen hoy algo más de tres kilómetros de tubería subterránea que conduce agua fría hacia varios edificios. Al tiempo, recoge el agua que se calienta durante el proceso de generación de aire acondicionado. Así, de manera sencilla y limpia, funciona el Distrito Térmico La Alpujarra, sobre el cual se empezó a pensar en 2012, cuando el sistema de refrigeración o aire acondicionado de los edificios de la Alcaldía de Medellín y la Gobernación de Antioquia se estaba quedando obsoleto y ya no cumplía con los parámetros ambientales.

"El Ministerio de Ambiente, a través de la Unidad Técnica de Ozono, planteó entregar un dinero para hacer ese cambio, entonces EPM intervino con la propuesta de hacer un sistema diferente, con la centralización de la producción de agua fría en un solo edificio y no con la instalación de un chiller (equipos de enfriamiento de agua para aire acondicionado) en cada edificio", recuerda Juan Carlos Gómez Calle, gerente de Gas de EPM para la región metropolitana.

La idea de EPM caló en las entidades locales y en el Ministerio, pues además de significar una reducción de gastos en mantenimiento, también representaba una mejora de las condiciones ambientales.

Gómez agrega que "cuando se hizo el convenio con el Ministerio de Ambiente, apareció el Gobierno suizo, a través de su Programa de Cooperación al Desarrollo Económico en Colombia-Secretaría de Estado para Asuntos Económicos (SECO), que aportó más recursos, en especial para difusión".

Y de esta manera, para 2016 ya estaba listo el edificio del Distrito Térmico La Alpujarra,

el primero de su tipo en el país y uno de los pioneros en América Latina. Con ingeniería colombiana, empezó a prestar el servicio de aire acondicionado para los edificios de la Alcaldía, la Gobernación y la Dian.

Ya en 2019, la Empresa de Desarrollo Urbano (EDU) pidió a EPM llevar el mismo servicio a su sede en el sector de San Antonio, a lo cual se sumó la solicitud del Grupo Éxito, para el almacén que tiene cerca de esta zona. De esta manera, a comienzos de 2020, el Distrito Térmico ya generaba el aire acondicionado de cinco grandes edificios, con redes de tubería de dos kilómetros: uno de agua fría y otro de agua "caliente" o climatizada.

Como la generación del Distrito Térmico es de 3.600 toneladas de refrigeración, aún tiene capacidad para atender a otros clientes. Por eso, ya se construyeron otros 1.200 metros de tubería

(600 de agua fría y 600 de agua caliente) para que a comienzos de 2021 el servicio llegue a la sede principal de EPM, a Plaza Mayor y al Museo del Agua.

"Frente a otros sistemas, estamos eliminando hasta el 100 % de sustancias agotadoras de la capa de ozono que se usan para el enfriamiento, porque nosotros utilizamos amoniaco que, por ser natural, no genera este tipo de afectación. Y también reducimos hasta en un 30 % los gases de efecto invernadero", explica Juan Carlos Gómez.

Además, los clientes del Distrito Térmico de EPM han podido dedicar los espacios donde antes estaban las salas de máquinas del aire acondicionado para otros usos, han reducido el ruido que los equipos tradicionales causan y han tenido una disminución importante en el presupuesto dedicado al mantenimiento de ese sistema.



Agencia de turismo carcelario

por CAROLINA CALLE • Fotografías de Juan Fernando Ospina y Carolina Calle



No, ni riesgos

Si Marina pudiera devolver el tiempo y regresar a ese instante en el que su novio le propuso matrimonio, respondería sin lugar a dudas: no, ni riesgos. Cuando eso pasó, hace más de cincuenta años, dejó salir un suspiro y pensó: ¡por fin! No disimuló el afán de casarse, sacó su agenda y le preguntó: ¿cuándo?

Aunque apenas llevaran cinco meses de noviazgo, quería que fuera cuanto antes. En realidad, esa joven de diecisiete años no estaba del todo enamorada. Marina lo que tenía era prisa de salir de casa, necesidad de probar, urgencia de cambiar. Estaba cansada de la vida que conocía, de que cada día la apretara esa insoportable sensación de estar viviendo algo repetido.

Levantarse a las cinco de la mañana, ir a misa, volver, cuidar a los ocho hermanos menores, estudiar, ayudar a la mamá en la cocina, arreglar la casa, hacer tareas, rezar el rosario, dormir y volver a lo mismo, una y otra vez. No veía la hora de variar el paisaje, la ruta, los acompañantes, el viaje.

Hugo le gustó porque estaba bien puesto, tenía casi treinta años, era gerente de una empresa de fotos y vestía corbata; era rubio, de ojos azules y patillas largas a la moda. Marina no sabía qué era conversar a solas con un pretendiente, cómo era un abrazo de hombre ni qué se sentía tomarse de la mano con un novio. Los papás le controlaban las visitas en la sala de la casa. Ella quería ir más allá de los roces, dar un paseo sin vigilancia, que sus besos no fueran a secas. Pero en esa época, para llegar a esas instancias

y quedar bien con todo el mundo, tenían que hacer el trámite ante un altar y salir de la iglesia vestida de blanco.

Recién casada conoció las salas de cine y las tribunas del estadio, aprendió a manejar carro y anduvo por pueblos, comió helado, tomó aguardiente, bailó vallenato, montó a caballo, nadó en ríos, posó para las fotos, pisó un aeropuerto, abordó un avión, miró las nubes de frente, abrazó al esposo por encima del cielo, lo agarró debajo del mar, lo besó, lo probó, lo amó y, así, Marina se enteró de lo que era ser joven, feliz y libre al mismo tiempo.

Antes cumplir los veinte años, debutó como madre; antes de los treinta, ya tenía media docena de niños. Desde entonces solo hubo tiempo para los embarazos. Con los años, llegó de nuevo esa sensación de rutina, de desgaste, de presidio. Levantarse a las cinco de la mañana, ir a misa, volver, cuidar a los seis hijos, cocinar, lavar platos, rezar el rosario, dormir y volver a lo mismo, una y otra vez.

Al esposo se le fue desanudando la corbata, le creció la barriga, empezó a llegar con tufo y a quedarse horas extras en el bar. Su bebida predilecta resultó ser el café con aguardiente.

Se acabaron los paseos en familia, ya solo salía en el carro a recoger al esposo que no podía caminar por la ebriedad. Aunque era un borracho querido, no dejaba de ser un borracho. Marina decidió quitarse el anillo de matrimonio y meter las manos en el fuego y en la nevera. Montó un restaurante y cocinó para compensar el dinero que se iba en alcohol.

Le pidió un cambio a Hugo y le creyó, le insistió y aguantó, le suplicó y soportó, lo aconsejó y esperó, le imploró y explotó. Una noche agarró una toalla larga y le envolvió toda la ropa. Le hizo un nudo con las puntas, le entregó ese equipaje y le dijo: ¡váyase que yo soy capaz sola! Le cogió rabia y asco, se cansó del mal aliento y del ronquido, de ver cada día su risa adulterada y su mirada perdida, de sentirse sola e invisible a su lado. Necesitaba escapar como fuera de esa mala costumbre en la que se convirtió su matrimonio.

II El nido vacío

A esa Marina libre que conoció los primeros meses de casada no la volvió a ver por ningún lado. La separación le trajo menos disgustos, pero más sacrificios. Más independencia, pero más encierro. En el día se concentró en el restaurante y sus comensales; en la noche, en la casa y sus hijos.

Sus cuarenta años llegaron con pre-sajos de vejez. Cada hijo tomó su rumbo, la casa fue quedando vacía con una colección de matas, dos jaulas y seis canarios. Reclamaba llamadas o visitas de los suyos, en últimas, tiempo y presencia de su familia. Le empezó el reflujo, la gastritis, el mareo, el dolor en las rodillas, la presión alta y el insomnio. Visitó al neurólogo, al otorrino, al gastroenterólogo, al bioenergético, al ortopedista, a la psicóloga, al somnólogo, al psiquiatra. Marina resultó alérgica a la soledad.

Como no tenía con quien, hablaba con sus seis canarios, dos azules y cuatro verdes. Usualmente, a las 5:30 de la mañana Marina les quitaba las cobijas que cubrían las jaulas. Les hablaba con cariño, les ponía granitos de mostaza y alpiste. Les surtía el agua del bebedero y les cambiaba la página del periódico donde caía la mierda. En las tardes les ponía zanahoria rallada y miel de abejas. La banda sonora de su casa eran esos cantos que se desvanecían al atardecer cuando volvía a taparlos con las cobijas.

No solo para la sazón tenía buena mano. También para las matas. Todo lo que tocaba florecía. Una parte de su casa la convirtió en un vivero pequeño. Sembró limoncillo, toronjil, orégano y albahaca. Le nacieron anturios, begonias y novios. Le crecieron pinos y cuernos. Se le murieron cactus por exceso de riego. Como creía que tenían piel y oídos, a todas las plantas las acarició y les puso conversa.

En la peluquería encontró un poco de alivio. Le gusta que la toquen, que la acaricien, que la consientan. La emblesa que le echen el champú, que la peinen, que la maquillen, que le digan que quedó bonita. Desde niña fue vanidosa. Su juguete preferido era el espejo. Le gustaba coger el carbón de leña para delinear las cejas de negro. En el colegio ganó un reinado y en el pueblo se acostumbró al asedio de jóvenes, adultos y viejos. Cuando mudó de piel y su reflejo se ensanchó, apartó de su vestier la ropa oscura porque le sumaba edad. Coleccionó gorras, escotes y camisetas de colores. Se hizo una liposucción, dos cirugías de párpados, se puso pestañas, se estiró las mejillas. Usó uñas postizas, cremas antiarrugas y mascarillas.

En la iglesia también halló un paliativo para la incertidumbre. Se le intensificaron las ganas de ir a misa. Rezar el rosario se convirtió en un vicio. Memorizó los salmos 23, 43 y 91. Le hizo novenas a San Judas Tadeo, a la virgen de Guadalupe, a las Ánimas del Purgatorio y al Milagro de Buga.

Le pedía al cielo lo mismo que la mayoría: salud, dinero y amor, aunque ella específicamente solicitaba: lotería, juventud y compañía. No necesariamente el premio mayor, pero que no le faltara plata. No eterna juventud, pero que la tercera edad no le restara fuerza ni belleza. No pedía otro anillo ni marido, pero sí una buena compañía.

En su casa siempre hubo una veladora prendida. Le pidió a Dios que no la soltara de la mano, que no la dejara perder, que la guiara por el camino que debiera llegar. ¿A dónde? Ni idea, pero que la acompañara. Le suplicaba por un golpe de suerte. ¿Cuál? Ni idea, pero que algo cambiara. Y pasó, cuando cumplió medio siglo de vida, el golpe llegó.

III El desvío

Marina no volvería a ser la misma desde el 11 de septiembre de 2001. Mientras las torres gemelas caían en Nueva York, en Medellín esta mujer se derrumbaba al enterarse de que su hijo mayor estaba preso. Había sido recluido en la prisión más habitada de Colombia: la cárcel Bellavista.

Jorge era un conductor todoterreno: manejaba carros, buses, taxis, camionetas, furgones, lo que hubiera. Alguien lo llamó para contratar sus servicios



y le ofreció un buen pago para una tarea simple: llevar un camión a un pueblo cercano. La oferta fue tentadora hasta que la policía lo detuvo en la carretera. Resultó que ese vehículo era robado, que los cilindros de gas que transportaba no eran insumos de cocina sino instrumentos para consumir un atentado de la guerrilla.

Lo acusaron por terrorismo, rebelión, concierto para delinquir, hurto, entre otros. Marina jamás pasó por algo semejante en cincuenta años de vida. Supuso que la cárcel sería el fin, la ruina, el infierno. Los domingos quedaron separados en su agenda para visitar a su hijo. Era el único día de la semana que permitían el ingreso de mujeres. Al principio todo era siniestro. Absolutamente todo. Para poder entrar tuvo que bajarse de sus refinados tacones y alquilar un par de chancas en las afueras del penal. Los tenis, las botas, los zapatos cubiertos estaban prohibidos para evitar el tráfico de droga y dinero en el interior de los patios.

En esa época las mujeres tenían que entrar de falda para facilitar la requisita en sus partes íntimas. En un cuarto oscuro, una guardiana envolvía los dedos entre un pañuelito blanco, le pedía a cada mujer que se agachara y luego la tocaba para descartar que llevara armas o celulares escondidos en la vagina.

Pasó horas al sol y al agua, al frío y al calor para cruzar la frontera en medio del tumulto. Hizo filas de noche y de madrugada, sacó ampollas y juanetes, se quemó la cara y los brazos, sintió bochorno e indignación, se le hincharon los pies y las rodillas, también los ojos después de la despedida.

Al día siguiente de su primera visita todo le daba vueltas en la cabeza. Los muros, el alambrado, las púas, las cámaras, la requisita del guardia y la del perro, la inspección a la comida y al cuerpo, el pasillo, la oscuridad, la celda, los bolillos, las llaves, los candados, el chirrido, los gritos, la basura, la fetidez, el vaivén, la vida sin horizonte, los sellos en la piel, las palabras en la pared, el humo de los fumadores, los rastros de ansiedad por doquier.

Se levantó con los ojos hinchados de tanta lágrima suelta. En la madrugada

les quitó el manto a los pájaros y los vio saltar de un columpio a otro, confinados, desesperados, atrapados, mirando por cada resquicio, buscando una salida, muriendo cada instante. Y como nunca antes, los oyó diferente. Cayó en la cuenta de que esos trinos que le sacaron tantas sonrisas, en realidad eran lamentos, gritos, clamores de libertad. Se sintió culpable por todos los años que los condenó al encierro. Entonces descolgó las jaulas, les abrió las puertas y los obligó a volar.

IV La pasión de Marina

Al menos los domingos Marina no iba sola a la cárcel. Siempre salía junto a la nuera. Hacían la fila juntas. Le llevaban muchas cosas para que Jorge las almacenara en su celda y tuviera provisiones durante toda la semana. Huevo, salchichón, jamón, frijoles, arroz, chicharrón, chorizo, ensalada y papa; jabón, desodorante, papel higiénico, crema dental, champú y condón.

Cuando correspondía la visita conyugal a Marina les tocaba dejarlos solos. Se iba para el patio a mirar las rejas que fragmentaban el cielo. El compañero de celda del hijo la invitó a jugar cartas para que fuera menor la espera. Se llamaba Bernardo, era joven, no pasaba de treinta, sus ojos eran verdes como un cañaduzal; su piel era como el azúcar moreno. Era solitario, de pocas palabras pero de buenos oídos, no era de Medellín sino del Valle del Cauca, como su familia estaba lejos casi nunca recibía visitas.

Cuando Jorge buscaba intimidad con la esposa, Marina ya tenía pasatiempo, se iba a jugar al patio y a hablarle a Bernardo. Se volvieron amigos dominicales e intercambiaron soledades. Bernardo le pidió una mano que le enviara unos papeles a su madre y al juez. Como él quedó con su número de celular, la llamó a preguntarle por el encargo. Comenzó a repetir la llamada para saber cómo estaba, cómo iba, qué tal su mañana, su tarde, su noche. Así empezó la costumbre.

Ya sabía que era él cuando el celular sonaba a las seis y a las once de la mañana, a las dos y a las cinco de la tarde, a las siete y a las once de la noche. Después de tanto tiempo, décadas quizás, Marina volvió a sentirse importante, de repente alguien la esperaba, la necesitaba, la quería. Al menos eso le decía y se lo repetía de frente, por escrito y, sobre todo, por teléfono.

Era la primera vez que Marina se fijaba en un hombre con tanto tiempo libre. Ausente pero pendiente de su día, de su noche, de su vida. Marina empezó a desear que llegara el séptimo día, la fila se le hizo más breve, la requisita le pareció sencilla, la hostilidad de la prisión se le volvió paisaje, la multitud dejó de causarle tedio, los malos olores ya eran pasajeros, el amor le nubló la vista, el olfato, el gusto, el tacto, desde que Bernardo le ofreció sus oídos y se dedicó a escucharla.

Ya no le importó que le sellaran la mano en cada reja, que le esculcaran la comida, que le hurgaran en su cuerpo, que los perros la merodearan, todo tenía sentido si era por ver a su hijo y por compartir con el novio. Y fue ahí, en la cárcel, que Marina volvió a sentirse joven, feliz y libre. Detonó el ímpetu que traía acumulado. Esa juventud que no exploró cuando fue la hermana mayor que daba ejemplo, la madre prematura y la esposa de un hombre ebrio.

Se dejó llevar por esa percusión alebrestada de su pecho, por la curiosidad de esos besos rodantes que recorrían caminos intransitados de su cuerpo. Afuera le decían que estaba loca, perdida, enyerbada, encoñada. Le dio la espalda al juicio, a la crítica, al señalamiento, y se entregó sin prejuicios, sin condiciones, sin mente.

No tenía por qué darles explicaciones a los hijos, al ex, a las tías ni a las amigas. Se enamoró y punto. Eso que le estaba pasando era quizás ilógico, irracional, impropio pero lo importante, tal vez, era lo intenso. Ningún menaje, ninguna cirugía, ningún look le rejuveneció más que su nuevo amor.

Adentro no había espacio para detenerse en el pasado ni para planear el futuro, solo existía el presente. El amor

era una oportunidad con el tiempo contado que únicamente se presentaba el domingo. Tenía que tomarla. Entraba a la cárcel con ansiedad de la buena, salía con ganas de más. Ir de visita a Bellavista, poco a poco, pasó de ser una condena a un hábito, una necesidad.

V La epifanía

El idilio iba sin contratiempos hasta que sonó el teléfono de Marina y le dieron una mala noticia: Bernardo ya no vivía en Bellavista. Lo trasladaron de cárcel porque el penal de Medellín no daba abasto, ya no cabía más gente, necesitaban sacar hombres para descongestionarlos y darles entrada a otros. A Bernardo se lo llevaron para el norte, a la cárcel de Montería, a 35 grados de temperatura, a diez horas por carretera de Medellín.

Lo primero que hizo Marina fue pegar un grito, luego suspiró, hizo su maleta, compró un tiquete y abordó un bus. Tenía que volver a verlo, cuanto antes. El primer domingo después del traslado, Bernardo fue el único de los nuevos habitantes del presidio que recibió visita. A Marina el reencuentro le supo a gloria, se sintió valiente e invicta. Ser la primera y la única le concedió algo de poder.

La semana siguiente buscó a las compañeras de fila a las que también las separaron de sus seres queridos. Les contó los pormenores de su odisea, de ida y de vuelta, a lo largo de más de ochocientos kilómetros recorridos. Les invitó a viajar con ella para reducir gastos, alquilar un bus para llegar más rápido sin hacer trasbordos y para estar juntas en eso de cruzar la frontera.

Les hizo varias advertencias. Que eso no iba a ser un paseo, sino un viaje relámpago: que no habría paisajes en la oscuridad, nada que ver por la ventanilla: si acaso destellos, lluvia, neblina.

Les ofreció varios consejos. Que se fueran ligeras de equipaje, con lo básico: ropa cómoda para el camino y, elegante para la visita; pañuelitos para el sudor y las lágrimas; curitas con sal en el ombligo para evitar el mareo.



Les dio algunos avisos. Que de pronto al verlos, los notarían distintos: más flacos, pálidos, ojerosos. Que regresarían en el ocaso, llegarían a Medellín antes del alba: con fatiga, alegría, nostalgia.

Todas se anotaron. El bus salió con el cupo completo. Subieron montañas, aguantaron el frío más oscuro de la carretera, descendieron a la sabana, soportaron la humedad y llegaron al Caribe que no tiene salida al mar. Al frente de la cárcel había una casa vieja. Era un hotel sin estrellas, alquilaban una pieza sencilla, con camarotes, baño compartido y lo infaltaron: un espejo.

Se bañaron, se quitaron el sudor, las lagañas y el primer aliento de la mañana. Se maquillaron el trasnocho, se plancharon el cabello, se echaron perfume, se pusieron la mejor pinta, quedaron bonitas. El sol salió y las encontró de pie junto a la primera reja moliendo los nervios y compartiendo la ansiedad que produce la víspera de un reencuentro. Salió un guardia vestido de azul, dio la señal y comenzó la travesía hacia adentro.

A los viajeros se les dice “buen viento, buena mar” para deseárselos un feliz viaje. Marina les deseó: buen viento y buenamor. Ya que no había mar, que disfrutaran el amor que lo era todo, de lo que ninguna reja iba a despojar. Después de unas cuantas horas de visita, unas salieron cabizbajas, otras caricontentas. Parecían recién salidas del mar. Con los ojos rojos y la piel salada. Todas emprendieron el regreso sin suvenires ni fotografías pero con la sensación de haber hecho el viaje más inolvidable de sus vidas. Entonces Marina vio la luz al final del puente colgante que la conduce a su casa. Caminando sobre la sombra descubrió su vocación, su norte, su lugar en el mundo. Concluyó que había nacido para ser guía.

VI Herencias

Eso de ser guía le venía en la sangre. Su padre fue conductor; su madre, maestra. De esa mezcla le venía el gusto por

enseñar caminos. En la escuela mostró interés por historia; en geografía, bastante destreza. Por ser la mayor de su casa, le tocó ser la guía de sus hermanos. Los cuidó, les enseñó, los despachó hasta que ella se fue de casa. Al ser madre, fue la guía de sus hijos. Los condujo, los orientó hasta donde pudo. Por ser la primera en abrir camino hacia un penal lejano, se convirtió en la guía del turismo carcelario.

La situación en Medellín ha estado en alza desde que lo recuerda: la delincuencia, el hacinamiento, la apertura de cárceles afuera, los traslados. Mientras más criminalidad, menos celdas disponibles, más penitenciarías por construir, más traslados por hacer, más familias dispuestas a viajar.

Por eso cerró el restaurante y se dedicó de tiempo completo a su invento. Para ampliar su oferta, Marina pegó afiches en las afueras de las cárceles, repartió volantes a lo largo de las filas, pagó cuñas radiales, salió en páginas de periódicos y en noticieros de televisión. Viajó al centro, al sur, al norte, al oriente y al occidente. Estuvo en las prisiones más heladas, húmedas, secas y ardientes. Visitó penales en el desierto, el puerto, la costa, el llano. Se volvió famosa adentro y afuera.

La solicitaban con urgencia, ellos y ellas. La buscaban de aquí y de allá. La conocían como la señora de las excursiones a las cárceles de máxima seguridad, la mujer que cruzaba el valle y la montaña, atravesaba la selva y la reja. Marina, pero también aérea y subterránea. La que sabía de cielos e infiernos, de libertades y encierros.

Marina recibía llamadas todo el día. ¿Cuánto dura la visita conyugal? ¿Cómo es el clima del destino? ¿Cómo son las requisas? ¿Qué ropa llevar? ¿Qué se puede entrar? ¿Qué está prohibido? Tenía respuestas de sobra. Solo había dos temas intocables. El primero es un capricho personal: no le gusta que le pregunten la edad. El segundo, un secreto profesional: cuando los periodistas la entrevistan siempre habla del hijo que cayó preso, pero nunca dice nada del novio. Bernardo no aparece en

la historia, lo desapareció de su memoria. En realidad, lo que no quiere es que le pregunten qué pasó con él, qué fue de ese noviazgo.

Al cabo de un par de años de visitas en el norte, Bernardo obtuvo su libertad. Cuando le llegó la notificación y las rejas se abrieron, simplemente agarró un bus para su tierra, por Medellín pasó de largo. Después de muchos pañuelos que le limpiaron la tristeza, Marina comprendió que hay amores que solo prosperan en la distancia y en la ausencia, como el cactus que nace en el desierto, crece en la escasez, pero muere en la abundancia.

Si sus clientas se enteraban de este final, le tendrían pánico a la libertad de sus hombres. La esperanza de que algún día volverían a estar juntos afuera era el motor de cada viaje. Por eso, no les contaba su historia y se guardaba este secreto: “El amor dura mientras dure una condena”.

Marina no es la misma. Su piel ya conoce el mar abierto y el naufragio. No es lo mismo hacer un viaje por amor, que hacer un viaje de negocios. Del desengaño le quedaron el ceño fruncido, la cantaleta y el malgenio. Sin embargo, Marina no se arrepiente del romance. Valió la pena. Tenía que vivirlo. Si nada es para siempre, el amor, como todo, también es pasajero.

Lo mejor que le pudo dejar el desamor fue un buen negocio. Le dio la vuelta a Colombia de reja en reja. Aunque su bus era un expreso, Marina hacía una estación a la ida para orar. Le dedicaba su viaje a la virgen, le daba las gracias por su oficio. Al fin de cuentas recibió todo lo que le pidió al cielo: lotería, juventud y compañía. El turismo carcelario era su gran fortuna. Viajaba sábados y domingos y descansaba toda la semana. Tenía un trabajo estable, clientela de sobra e independencia económica. Pagaba sus cuentas, inclusive el diezmo y la peluquería cada semana.

Viajar la rejuvenecía y la relajaba, le calmaba los dolores del cuerpo y del alma. La carretera era analgésica. Los fines de semana no sufría de insomnio, se lo gozaba. Su desvelo le resultaba útil

al conductor que manejaba en la noche. Mientras Marina le contaba aventuras carcelarias, le espantaba el sueño y lo mantenía despierto. Por eso todas sus pasajeras atrás dormían tranquilas. Sabían que su guía no las desamparaba ni de noche ni de día.

Los sábados y domingos un grupo de viajeras la adoptaban, la tomaban por madre, abuela, tía, amiga, cómplice, celestina, maestra, guía. Así, volvió a sentirse importante, necesaria, querida. Olvidó que las llamadas y las visitas de sus hijos eran escasas. De regreso hacía otra estación. Le pedía a Dios que le permitiera volver, que la protegiera de todo mal y peligro, de un precipicio o de un derrumbe, de la caída de un puente o de un accidente, de un robo o de un atentado, de la quiebra o de que alguien le montara competencia.

Jamás se le ocurrió pedirle que evitara una pandemia. Al turismo carcelario lo frenó en seco el coronavirus. Si no fuera por la prohibición de visitas en las prisiones, ajustaría diecinueve años ininterrumpidos de viajes. Desde febrero su celular ya no vibra como antes. Las páginas de su agenda se quedaron en blanco y sin reservas. Su cuenta de ahorros quedó en ceros.

Entonces reapareció la ansiedad, volvió a dolerle la soledad, se motiló todo el cabello para no tener que pagar peluquería. Ahora, tiene un altarcito en casa repleto de veladoras, le suplica al Milagroso de Buga, a la Virgen de Guadalupe, al Señor Caído y al santo que se levanta, que le devuelva el empleo que se inventó, que no tenga que esconderse de los bancos, que se abran las rejas, que permitan las visitas, que pueda volver al ruedo, salir de este encierro y sentir de nuevo esa bendita libertad que le otorgaron las cárceles.

El 4 de diciembre el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (Inpec) anunció un plan piloto para reanudar las visitas familiares en las 132 prisiones del país. A Marina la llamó una pasajera a darle la buena nueva y le hizo su primera reserva. Marina se sonrió, suspiró, se dio la bendición. Después de nueve meses, volvió a abrir su agenda. ©


CAMARA DE COMERCIO
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA

Con el corazón en la cultura

No es tan ajena la relación entre los empresarios antioqueños y la cultura. Bien conocida es la historia de Gonzalo Mejía, que a pesar de fundar la primera empresa de aviación colombiana y la más grande de taxis en Medellín, siempre tuvo el sueño de hacer cine. Y lo cumplió. Produjo Bajo el cielo antioqueño, la primera película hecha por estos lares, y fundó teatros en varios lugares del departamento, y distribuyó películas. O Diego Echavarría Misas, que aunque tuviera empresas y las administrara bien, gozaba más fundando bibliotecas y barrios obreros, y ayudando a artistas y coleccionando obras de arte. Empresarios con sensibilidad social, que no fueron la excepción.

Por eso, cuando la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia se asentó en el centro de la ciudad, con su edificio de 32 pisos y 139 metros de altura, supo que era fundamental, indispensable, un espacio para la cultura. Que el empresarismo, el desarrollo social y la promoción del talento artístico no podían separarse. Entonces construyó, anexo, el Edificio de la Cultura, inaugurado en marzo de 1984, uno de los espacios más vitales para las artes en el departamento. Allí hemos visto, en casi cuarenta años de actividad imparable, exposiciones, ciclos de cine, conferencias, conciertos de artistas consagrados y emergentes, espectáculos de danza, en fin. Allí se recoge una de las pinacotecas particulares más importantes de la ciudad, con cuadros de Rafael Sáenz, Francisco Antonio Cano, Lola Vélez, Horacio Longas, Jesúsita Vallejo, Ethel Gilmour, entre otros, y que abarcan un amplio rango que va desde el arte colonial al siglo XXI. Y allí se encuentra, en el sexto piso, la emisora 95.9 Cámara FM, desde donde hemos escuchado programas culturales y susurros de músicas alternativas por años. Además: ya son treinta años del Premio Nacional de Novela y Cuento, uno de los más importantes del país; además: ya son nueve versiones de la Convocatoria Nuevos Talentos en el Arte, que ha permitido visualizar a jóvenes artistas plásticos.

Cuando llegó la pandemia —esa sorpresa a todos—, el planteamiento fue cómo no parar, cómo unirnos de otros modos, cómo apoyarnos. No solo en eso que la

Cámara ha hecho por 116 años, que es acompañar a los empresarios, sino en eso otro que también hace parte de su ADN: el vínculo con la cultura. Así que mientras por un lado se aportaron \$1.450 millones para contribuir en mejorar las dotaciones de hospitales y apoyar a pequeños empresarios durante la crisis, por el otro se fortaleció la relación con 19 entidades para ofrecer una agenda cultural sin costo para la comunidad, programando más de 70 actividades virtuales y llegando a más de 17 mil personas. Al mismo tiempo se abrieron los micrófonos de la emisora para que los empresarios pudieran promocionar sus productos de forma gratuita y se acompañó a empresas culturales para el manejo de protocolos de bioseguridad.

El salto a la virtualidad fue un cambio del que tuvimos que aprender. Y no todo, hay que decirlo, fue para mal. “La cultura no tiene por qué reñir con el entorno digital, al contrario: es una oportunidad para democratizar los contenidos, para llegar a muchos más públicos”, explica Claudia Medina, directora de Relaciones Públicas en la Cámara. Entonces se ampliaron los conversatorios, los cursos y conciertos virtuales. “También hay que aprender cómo ese entorno digital en el ámbito de la promoción es importante”. Y se potenció el programa Vitrina empresarial, mediante el cual los empresarios, incluidos los de industrias culturales, pueden vender sus productos y servicios mediante una plataforma digital.

En medio de todo esto había una claridad: ahora más que nunca, en tiempos de distanciamiento o encierro, la actividad cultural es necesaria para todos. Lo dijo recientemente Lina Vélez de Nicholls, presidenta ejecutiva de la Cámara, en el Encuentro de Afiliados: “Nunca antes el ser humano había necesitado un contacto que nos aporte tanto al espíritu, a la paz, a entender la trascendencia”. Desde luego, nos hacen falta los espacios (esa “estampa vital” de la ciudad, como llamara el escritor Fabio Botero al edificio de la Cámara), pero la cultura va más allá. #Juntosnosrecuperamos es la frase que repetimos por estos días. Y para recuperarse, para volver a ser, la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia sigue teniendo en el corazón a la cultura.





Un mismo fantasma

por LUCIANO PELÁEZ • Ilustración de Johan Salazar

Don Eustaquio, mi abuelo, era un as barbado para saber cuándo estaba listo un aguacate.

Vestía siempre igual, con los pantalones bastante más arriba del ombligo. El saco de la foto que cargaba era falso. Era un blazer de esos que prestan en Foto Japón a los descamisados, o a los apurados. Decía que se lo había ofrecido una dependiente, jovencita, cinturón blanco. Tiempo después, añadiría: “Y sigue en blanco, estancada...”. Acostumbraba ir por fotocopias el viejo Eustaquio.

Temíamos que se perdiera comprando buñuelos, así que lo convencimos de sacarse una foto y portarla en caso de necesidad, casi como un amuleto. Nunca se sabe. Por eso apuntamos todos sus datos personales en el reverso.

—Estamos en las mismas, siempre iguales —concluyó cuando parecía perder el hilo del relato de la joven del cinturón. Lo cierto es que cada vez se veía más apocado.

Desde que se jubiló, todavía vital, andaba muy perdido el abuelo. Perdidó de la casa: salía temprano a callejear, casi de madrugada, a unas diligencias y no volvía hasta la noche, cansado y con la camisa arrugada.

Y callado.

—Se me hace que está de voluntario en la campaña presidencial —dijo la abuela con toda la seriedad, un día de reunión familiar. El abuelo había sido militante del Partido Liberal en su juventud. Hasta los años noventa no faltaba en su casa, que visitábamos sin falla

los domingos, una foto del líder político de turno, en algún rincón, con todo y velitas. No era religioso el abuelo, pero era devoto de lo que ya conocíamos en confianza como “el partido”. Tenía cierta debilidad por los políticos de chachara recargada, veintejuliera.

Ya después, con el tiempo, estuvo ido, pero de la cabeza.

Entonces supimos de sus andanzas, de las “diligencias”: al abuelo se le ocurrió repartir domicilios, invitaciones y volantes. Le dio por esas aunque tuviera una pensión. Fueron pocas semanas —llegó a manejarle una motico a un muchacho que había sido subalterno suyo en Coltejer—, suficientes para que le pasaran varios cachos. Salía casi de noche a reparar direcciones —tenía problemas con circulares y transversales—, se ocupaba luego de despachar tarjetas de eventos, desde el sur, regresando lo más posible hacia el sector de casa, cosa de poder almorzar en zona conocida, comida conocida. Para el final del recorrido dejaba la entrega de los chopuseis y las lompías y los cerdos agridulces. Nunca pedían nada distinto. “Estamos en las mismas, siempre iguales”, repetía el abuelo a veces.

El mismo nos contó achantado ese domingo, ese larguísimo domingo, antes de salir por buñuelos, que había pasado su carta de renuncia. “Irrevocable”, añadió, y la palabra sonó desencajada, rotunda.

—No soy capaz ya con las direcciones —dijo—. La carta me la redactaron en Foto Japón —apuntó, y salió caminando por buñuelos a la tienda de la esquina.

Y ahí el abuelo se perdió, se perdió en serio. Diecinueve horas eternas, con todo el drama de rigor: policlínica, morgue, llamadas a un pariente concejal. Nada sabían de su paradero en el restaurante chino donde hizo de domicilio (nos ofrecieron un descuento antes de colgar el teléfono). Hasta que apareció, él solo, la madrugada siguiente: un colectivo lo dejó como un saco de papas, desparramado y sin más, en la reja de casa. ¡El abuelo que nunca bebía tenía tufo! Una barbita incipiente y blancuzca, más el pelo revuelto y acerado, como si hubiera usado gomina, le daban cierto aspecto tragicómico. No supo decir dónde había estado a pesar de que insistimos mucho. “Estaba jugando billar”, fue lo más preciso que recordó. “Abuelo, usted salió a comprar buñuelos”, replicamos. “Estaba jugando billar”, fue todo lo que dio por respuesta. Durmió casi la mitad de horas de su ausencia. Tampoco lo dijo, pero era evidente que tenía un guayabo enorme. Habíamos enseñado a los vecinos una copia de su foto, pero aún no la habíamos llevado al periódico para su publicación. Nunca se sabe.

Plantado en la sala, luego del incidente, prendía el radio a todo taco y murmuraba cifras de un supuesto escrutinio electoral. Decía: “Tres curules para don Eustaquio, Calle 49b no. 64-15”. Era su dirección de hacía años, en la época de Coltejer.

El radio fue perdiendo presencia, lo mismo que el abuelo. Eran, uno y otro, parte de un mismo fantasma.

Cada vez hablaba menos, pero seguía infalible con los aguacates. Los vecinos lo consultaban al respecto, y al sentenciar “sí”, “no”, o “faltan dos días y medio”, le brillaban los ojos.

Y ocurrió lo que pasa en esos casos: la abuela, la más aliviada de los dos, cayó en cama. Entonces don Eustaquio, aguacate casi siempre en mano, volvió a organizar su altar. Foto de Jorge Eliécer Gaitán, velón rojo, y su propia foto, la de Foto Japón. Cerca, el radio, siempre mal sintonizado, y, cubriéndolo todo, su murmullo de cifras electorales: “Tres curules para Eustaquio, directorio del doctor Mesa, segundo renglón”. O bien: “Este aguacate, este aguacate está jecho”. Sin importar la hora, hablaba de ir por buñuelos. O fotocopias.

En el último ramalazo de lucidez de Eustaquio, en unas vacaciones que pasamos en una finca en tierra caliente, se empenó en ir a visitar a un amigo de colegio que no veía desde la primaria, mucho, pero mucho antes de Jorge Eliécer Gaitán. Logramos averiguar que Lisímaco vivía en Olaya, un pueblito más que discreto, y que allí había oficiado de médico hasta hacía unos pocos años. Llegamos, pues, al mediodía provenientes de la finca, a no más de una hora de carretera. Eustaquio estaba ansioso. Conversó sin tregua durante el trayecto, lo mismo sobre circulares y transversales, “el partido” o las frutas de la región. Tocó la puerta no bien llegamos a la casa, una sola planta enclada y con una placa de bronce que certificaba la titulación del doctor. No recibí una señora muy amable, no supimos si hija o empleada del amigo del abuelo.

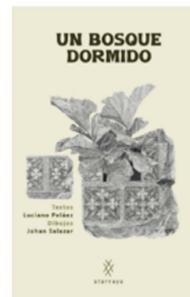
—Pasen, los espera al fondo —dijo la señora. El fondo al que se refería era un solar inmenso, con un tamarindo y un corredor sombreado. Lisímaco, a lo lejos, se veía bastante más envejecido que el abuelo. Más que su compañero de curso, podría haber sido su maestro.

Lisímaco estaba sentado, casi sembrado, en una perezosa roja, el mismo color de su pantaloneta. Llevaba mocasines y camisa a cuadros. No reconoció al abuelo, de manera que después de las inútiles explicaciones de nuestra parte, permaneció callado. No valieron pisitas ni amigos en común ni la foto de Foto Japón, último recurso de Eustaquio. El viejo parecía estudiarla con interés. No supo quiénes éramos, ni a qué íbamos. Al rato nos ofreció tinto.

—Mucho gusto, en todo caso —dijo Lisímaco sin aspereza, más bien algo cansado.

—Está jecho —dijo el abuelo en el camino de vuelta. Luego dejó de conversar. ☺

*Este cuento hace parte del libro *Un bosque dormido*, publicado por Atarraya editores (2020).



Un bosque dormido
Luciano Peláez
Atarraya editores
2020

Sobreviví a Iota

por RÓMULO AREIZA TAYLOR • Ilustración de Tobías Arboleda

Había asegurado el techo del segundo piso de la casa de mi madre (q. e. p. d.) con seis líneas de amarre de la mejor sogá de las ferreterías, la que se usa para amarres en los barcos y yates, 223 metros de la mejor. Igualmente, acondicioné una habitación como búnker en el primer piso de la casa de concreto y me acosté a las diez de la noche mientras llovía y empezaba a soplar. No pude conciliar el sueño porque el viento se hacía más intenso y ya se escuchaban los golpes por la caída de objetos y el rugir de la lluvia en ese intenso aguacero en medio de la oscuridad. Cada vez se sentían el embate del viento y la lluvia con más fuerza, me asomé por el ojo de la chapa de la puerta principal de mi búnker, donde tenía una silla con tres bultos de cemento, y pude ver cómo el balcón frontal del segundo piso caía en pedazos al jardín de la casa. De pronto se cayó el balcón izquierdo y luego el derecho, y en cada caída vibraba la habitación.

Luego escuché un sonido parecido al que causa una maquinaria amarilla, tipo bulldócer o motoniveladora, cuando muele una roca gigante o empuja las paredes de una casa para derribarla. De inmediato alumburé por toda la habitación y me di cuenta de que la pared se empezó a rajar, al igual que el techo de cemento, inmediatamente me levanté y traté de abrir la segunda puerta por donde se filtraba el agua. Yo solo quería abandonar esta parte de la casa y empecé a pedir ayuda para abrir la puerta. El señor Ever, inquilino del primer piso, me gritó, en medio del estruendoso ruido del furor del viento agresivo y la lluvia, que era imposible abrir la puerta. “Está trancada”, dijo, “pégale patadas”, me decía

gritando... Le metí varias patadas y la chapa se rompió. Pude salir a la sala ya inundada por el agua y el lodo hacia otra habitación donde estaba el señor Ever tratando de cerrar una ventana, pero el golpeteo del motor del aire acondicionado que se había soltado le impedía cerrarla y parecía una campana furiosa que se batía y buscaba entrar con toda su fuerza a la habitación. De repente rompió la ventana y en medio de la lluvia y el viento entraron objetos volando a la habitación, el piso se llenó de lodo, agua, vidrios rotos y pedazos de madera y desechos que venían de la calle. Salimos corriendo en medio de la oscuridad hacia la tercera habitación de la casa, allí nos reunimos los cinco adultos y los tres niños: el señor Ever y la señora Angélica, su hija de nueve, su hijo de siete, su padre, un adulto mayor, y su hermana con su hijo de un año, quienes eran los inquilinos del segundo piso de la casa. Pusimos un colchón contra la única ventana de la habitación y la cama contra el colchón y allí nos sentamos todos a hacer fuerza para que no se abriera la ventana. Pero no había caso, en menos de dos minutos salimos volando y caímos todos al piso en medio del agua, los vidrios rotos y el lodo, todos en el piso en medio de la oscuridad, linternas y celulares volaron. Enseguida el señor Ever gritó, “¡Vamos al baño!”. Cruzamos la sala inundada en medio de la basura que había entrado por la puerta principal y las ventanas ya inexistentes. Entramos al baño y cerramos la puerta, como no tenía chapa yo la sostuve para evitar que la ráfaga de viento que jalaba hacia afuera la pudiera arrancar. El remolino del cuarto creaba su propia lógica, empujaba un poco,

se apagaba y luego jalaba con toda. La puerta recibía los golpes permanentes de desechos y objetos lanzados al interior de la casa. Iban a ser ya las cuatro de la mañana cuando el viento se enfureció contra la casa y empezó a arrancar, como si fuera una mano enorme, las paredes del segundo piso; el agua empezó a filtrarse al baño por el piso y se empezó a llenar de barro que rápidamente tapó el desagüe, entonces nos tocó voltear unos baldes para que los niños pudieran pararse encima y con el balde libre intentábamos sacar el agua por el lavamanos. El desespero era tal que el señor Ever trató infructuosamente de destapar el desagüe. Una ráfaga de viento como si fuera una turbina gigante de un avión o una hélice de un helicóptero atacaba constantemente la vivienda y en cada llegada arrancaba una pared del segundo piso, pero a la vez traía consigo objetos que arrojaba dentro de la casa y contra las paredes, los minutos eran eternos y mi corazón latía a millón, preocupado por un posible infarto traté de cerrar los ojos para no mirar el agua que empezó a filtrarse por la pared, la única luz en medio de la oscuridad era de una pequeña linterna que aún conservábamos... cada vez que el viento azotaba era con mayor fuerza, las paredes del baño vibraban.

A las cinco de la mañana llegó el viento que terminó destruyendo toda la estructura del segundo piso, sentimientos cómo caían las últimas paredes y cómo el baño encima del nuestro se desbarataba poco a poco con la caída de los bloques. Mi preocupación era que las paredes completas cayeran encima de nosotros, porque ya la filtración en la pared era de chorros, entonces nos tocó reubicarnos cerca del sanitario mientras el señor Ever intentaba evacuar con la

mayor rapidez el agua que entraba por la pared y el piso... Siendo las seis de la mañana el viento se fue alejando y solo hasta las 6:50 me asomé por la puerta entreabierta, traía un casco de moto y unas gafas de trabajo industrial para evitar el golpe de algún objeto. De pronto un botellón golpeó la puerta y nos volvimos a encerrar, pasadas las siete salí a recorrer la sala inundada tratando de esquivar los maderos con clavos puntiagudos y los vidrios rotos esparcidos por toda la casa, salí al patio y todo era ráfagas de viento y lluvia con neblina fría, subí la escalera externa y fue cuando pude ver que el segundo piso de la casa ya no existía, todo estaba esparcido por el patio y por los terrenos vecinos, y se veía en las montañas muchos objetos como carros, motos, electrodomésticos, colchones regados como semillas para cultivar la tierra y los árboles estaban quemados, sin hojas, algunos arrancados de raíz, otros con el tronco doblado sin ramas, las montañas se veían claramente sin nada de vegetación; de pronto escuché un pito en la casa vecina de mi prima hermana Emanuela y alguien me gritaba, “Rómulo, Rómulo, ¿podemos ir a tu casa?”, les dije que sí, salieron despacio evitando troncos y palos con clavos, vidrios y objetos en el suelo, y esquivando los objetos que circulando por el aire seguían. Mi prima me abrazó y lloró y me dijo, “Primo, todo se nos fue, la panadería y la casa...”. Su esposo Alejandro y yo le dijimos, “Aún nos queda la vida, todo eso se puede recuperar”. Nos dirigimos todos a refugiarnos al baño.

Solo hasta las 7:30 pudimos asomarnos con algo de tranquilidad y Alejandro salió detrás de mí. Subimos a la plancha donde estaba el segundo piso, desde allí se veía todo el barrio La Montaña, se veía perfectamente con todas las casas en ruinas, unas con solo los baños en pie... “Esta no es la Providencia que yo conocí”, me dije a mí mismo. ☺



Otras ollas

por ELIANA CASTRO • Fotografías de Juan Fernando Ospina



I. Hay, en esta historia, un torrente sanguíneo, un espíritu ancestral, un hilo conductor; una palabra base: sazón. Y algunas otras palabras similares que la atraviesan o se desencadenan: color, sabor, toque; incluso, la aplastante desazón. Sazón, de acuerdo con el antiquísimo diccionario de la Real Academia Española, es el punto o madurez de las cosas; pero también la ocasión, el tiempo oportuno o la coyuntura; y la definición que nos es más cercana: el gusto particular que percibimos en los alimentos. Sazón es una voz femenina que viene del latín *satio*, *-onis*, y que alude a la acción de sembrar. La sazón entonces está en la tierra, necesita de un momento exacto y se lleva como herencia. A lo largo de estos párrafos sazón será la respuesta a lo que carece de explicación; esta es una historia, como ya se intuirá, sobre el arte de cocinar y en ello mantener o compartir una raíz.

II. Era el peor de los tiempos para muchos quienes aún no conocen de tiempos buenos. El país llevaba un par de semanas encerrado por el virus y las distancias cobraban una existencia rotunda. La gente en las laderas de Medellín experimentaba una soledad y un olvido distintos. Sentenciados al abandono estatal, perdieron contacto con la solidaridad

que de cuando en vez les llega. Hasta que finalmente un teléfono timbró.

—Zoila, ¿ustedes cómo están haciendo? —preguntó Clara Grisales, pastusa de nacimiento, criada entre la Costa Atlántica y Medellín por unos padres antioqueños; antropóloga, docente y cocinera.

—Ay, profe —respondió Zoila, chocona, líder comunitaria, costurera, también cocinera.

Quien las conozca, a la una o la otra, puede apostar que hubo risas. Zoila le contó que la pandemia les había caído como una pedrada en el ojo: a Froilán, su marido, lo echaron de la construcción donde trabajaba por días, y ella tuvo que guardar el cajón donde asaba pollos los fines de semana. Había días en que no tenían ni mil pesos en casa. A Esfuerzos de paz, uno de esos asentamientos que bordea la base del Pan de Azúcar en la Comuna 8, si acaso había subido la cámara de un noticiero local a registrar los trapos rojos colgados de los ranchos de material. El hambre urgía, y la gente pedía comida entre los vecinos.

—Cocinemos juntas, Zoila —propuso Clara—. Nosotros les mandamos la receta y los ingredientes, y ustedes los mueven.

—¡Una ollatón! —respondió Zoila.

—Ya tenemos nombre. ¿Qué es lo que más multiplica?

—La sopa.

—Cocinemos sopa.

En un par de días, la profesora y varias estudiantes —todas mujeres— de la

Universidad de Antioquia organizaron un cronograma con seis sopas distintas; también consiguieron seis ollas grandes y una casa en Boston donde albergar los alimentos. Llamaron a Oswaldo, un taxista y viejo amigo de Clara, quien se encargó de subir la comida semanalmente. Arriba, Zoila dividió el territorio en seis puntos y convocó a seis cocineras, a quienes bautizaron custodios, con sus familias y otros vecinos.

La olla uno era la de Zoila y Elicio, choconos. La olla dos era la de Aluma, también chocono, y un par de vecinos venezolanos. La olla tres era la de Cristina, antioqueña, casada con un antioqueño de padres choconos. La olla cuatro era la de Chomba y Marleny, choconas. La olla cinco era la de Argélida y Valeria, costeñas, y Dora, antioqueña; y la olla seis rotaba. Y si esta es una historia sobre la sazón y la diversidad, decir costeño, chocono o antioqueño es arbitrario: Zoila y Elicio, por ejemplo, son de Quibdó; Chomba, de Vigía del Fuerte; Cristina, de Medellín, y su esposo, de Zaragoza, Antioquia; y Argélida, del Bajo Cauca, criada por unos padres nacidos en Sincelajo y Montería.

La madre de todas las sopas, la más generosa, fue la primera misión: un sancocho.

III.

Ese domingo de abril Zoila se levantó antes de las ocho de la mañana y barrio

el frente de la casa para que los vecinos no fueran a ver la casa muy sucia. Andrea, su sobrina, levantó el desorden y entre las dos sacaron las ollas. Ambas escribieron las reglas de la ollatón en una cartulina: cocinar amorosamente, lavar la olla, pensar en el otro. Al ratico, Elicio, amigo de años, apareció con la leña del fogón y Froilán con el agua.

Leyeron la receta del sancocho, pero no les convenció. Muy simple, medio desabrida. Le faltaba color, condimento: más ajo, más albahaca, y, sobre todo, el doble de cilantro, pero cilantro cimarrón, de hoja ancha y larga, que crece en la sabana. “Yo sin cilantro no como”, dijo alguno. Zoila sacó una ponchera y recogió lo que faltaba de casa en casa. Elicio subió hasta la huerta comunal por una maticca de poleo, y algunos vecinos pusieron huesos para darle más sabor al caldo.

Los primeros vallenatos retumbaron. La algarabía de las cocineras, a pesar de los incómodos tapabocas, se extendía por los laberintos de tierra y cemento que se contraen y se extienden al infinito. Las ollas choconas, fieles a sus ancestros, ahumaron el pollo un día antes. Esa mañana montaron el fogón, sofririeron de nuevo la carne y pusieron a hacer el caldo: echaron la zanahoria, la papa, el pollo, y un licuado de ajo, el color y unas hojitas de orégano; lo último que agregaron fueron las papas criollas y la yuca para que a cada plato le tocara por lo menos una. Antes de bajar la olla,

Zoila le echó unos cogollitos de naranja para concentrar el sabor, y al mediodía el milagro estuvo listo: de cada olla, según la experiencia de la cocinera, salieron entre ochenta y cien platos de sancocho.

Cuando Zoila cocina la sazón huele desde El Venteadero hasta la Base Militar de las Tinajas. Como si se tratara de respirar o de tragar, esas actividades que no se enseñan sino que vienen incorporadas, dice que la clave está en el guiso y en la mano del que revuelve el caldo: “Nosotros los negros echamos una papa o una yuca en la olla y le buscamos sazón”. Así de sencillo; así de difícil. “La papa, la yuca y el plátano hacen juego en la olla y eso es lo que le da el toque a la comida. Hay personas que tiran la yuca y el plátano, y ya, no le buscan el sabor. Y ese caldo les queda una cosa aguachenta...”. Esos sancochos calducos, sin aliños, como el que hicieron Aluma y los venezolanos, le recuerdan a un río de su tierra: “Yo les digo el ‘yo me cago’, porque se parecen a la última parte del Río Atrato, cuando baja lleno de basura. Mi raza para criticar es dura, porque nosotros llevamos el sabor de las tatarabuelas. Cuando éramos niños y nos daban sancocho, si veíamos un plátano balseando en el caldo no nos lo comíamos... Por más que hubiera hambre”.

Porque la comida no solo es un asunto de supervivencia, sino de dignidad y de pertenencia, dirá un par de días después Clara a través de una pantalla, y la decisión de lo que comemos nos ayuda a articularnos con la vida. Esas expresiones sobre los sabores que nos gustan o no están en un relato de vida llamado receta. Aunque Zoila insista en que un buen sancocho es espeso, Argélida le contará después que en la Costa Atlántica llaman sancocho al caldo y sopa de papa a la que espesa.

Durante un mes y medio, Zoila anotó minuciosamente los cambios en las recetas y se los informó a Clara a través de WhatsApp. A los frijoles y a las lentejas, las ollas choconas les duplicaron la zanahoria y les echaron salchicha y queso; las ollas costeñas, en cambio, los hicieron con plátano; y las paisas con coles. Y no faltaron las ollas de frijoles que llevaron queso y coles para que rindiera más el caldo. Los choconos acompañaron la sopa de arvejas con tortilla y queso, y repitieron incontables veces que en casa de chocono que se respete hay queso y si no hay es porque “estamos llevados del putas”; otros sirvieron las lentejas con salchichón y hueso, y otros con albóndigas, para que no faltara la sagrada liga. Todo iba muy bien incluso con las caraoas negras, más propias de los venezolanos, a las que algunos les echaron pezuña, y otros acompañaron con un arroz empedrado de salchicha. El verdadero lío llegó cuando leyeron la receta de la sopa de mote costeño.

IV.

Un paréntesis. Esfuerzos de paz apareció en las laderas centrorientales de Medellín a finales de los años noventa. Hasta allí subieron familias enteras, muchas de ellas del Pacífico y de los pueblos del Urabá o del Oriente antioqueño, otras tantas de la Costa Atlántica, huyendo de la violencia de otros pueblos, de casi todos los pueblos que pisaron, con la ilusión de tener un rancho propio. Zoila, por ejemplo, venía desplazada del Guaviare, donde el gobierno de Pastrana le fumigó sus cultivos y mató a sus animales. Elicio trabajaba con una compañía de petróleo, pero perdió todo corriendo a las amenazas de guerrilleros y paramilitares de Bolívar, de Santander y del Valle del Cauca. Chomba, lo mismo. En ese punto de monte y pantano, entre Villatina y La Sierra, levantaron o pagaron la cuota inicial de un rancho. Actualmente, según Zoila, vicepresidente de la Junta de

Acción Comunal, hay unas 370 viviendas y más de cuatrocientas familias. “Es un barrio feo, pero con gente bella”, es la primera descripción que hace Zoila desde El Venteadero, un descampado punto de encuentro con visitantes. “Parece pequeño, pero se hace grande caminándolo”, dice mientras atravesamos los caminos de tierra. “Es un barrio donde cuesta mirar al futuro”, dirá al final de la tarde. Y allí, entre las carencias y las adversidades, la gente sostiene una idea: cuando hay manera, no se cocina para uno sino para todos.

V.

“Ese ñame salió podrido”, reclama Argélida. No mira la cámara, aunque esté conversando con ella. Atrás, el camarógrafo pregunta qué están haciendo, y Valeria responde: “Pelando yuca, porque un mote sin yuca no es mote”. ¿Y no que el mote costeño lleva ñame?, pregunta algún entrometido. “Sí, pero el ñame salió podrido”, intercede Argélida, y, heredera de un conocimiento ancestral, se despacha: “Pa hacer esa olla son cincuenta libras de ñame, y veinte de yuca. Ese es el mote costeño, puej, porque si es mote a lo paisa, ese mote no existe; el paisa nunca ha hecho mote de queso”. Y, mientras juega con un tapabocas en la mano, agrega: “A ese ñame le cayó pachaca, no lo sacaron a tiempo de la tierra, y la pachaca se le comió el corazón. Por fuera lo ves bonito, pero por dentro está podrido. Mejor le echamos más yuca bien picadita, y después el queso, que es lo último”.

La sopa de mote es un agua masa blanca, blanquísima, que sale del suero del queso duro costeño y del ñame; es la síntesis de la Costa Atlántica y fue el alimento de los soldados de la Guerra de los mil días. Una sopa pobre, dice Clara, pero alimenticia. Es la sopa mestiza por antonomasia, pues otras culturas como la africana, la indígena y la árabe la han enriquecido con su sabor. Ese domingo, sin embargo, a más de uno le temblaron las piernas. “Ay, Dios mío, ¿qué es eso tan pálido?”, dijeron.

De tan blanca, la sopa no dio buena espina al comienzo. Las ollas de Zoila y Chomba duplicaron el color, el ajo, la cebolla rama y rebuscaron en la yuca el sabor que no le encontraban al ñame. “Con colorcito a la gente le dan más ganas”, decían mientras revolviaban el caldo amarillo. Cristina, antioqueña, en vez de suero le agregó crema de leche, y les rezó a todos los santos para que la sopa cogiera

algún color con el aliño de cebolla y tomate. Fue más el susto. Ese domingo la gente hizo la fila feliz, incluso repitieron, y durante la semana preguntaron la receta por todos lados. Argélida, por supuesto, aprovechó y acompañó su mote con un ají costeño que mantiene en su casa. “Lo que faltó fue el arroz de coco. A la próxima lo hacemos”, concluyó.

VI.

No importa que tengan dos años o veinte lejos de su tierra, extrañan con las tripas. Unos venderían el alma por un chere biche frito o unas lunarejas (sardinas) frescas; una carne caleña, una sopa de queso o un ñame motete; un pastel de arroz o una galleta cuca hecha en leña; un traguito de biche o de vinete. Otros la venderían por un bocachico, un tamal de arroz, una chicha de maíz o un arroz con coco.

Alguna vez el antropólogo Julián Estrada escribió que las cocinas de los pueblos viajaban muy mal. No sobra agregar que el tiquete sale carísimo. Comerse un pescado en Medellín cuesta lo mismo que una arropa de arroz en Quibdó. Lo que en sus tierras brota del campo o de los ríos, aquí no les vale menos de diez mil pesos. Y no sabe igual, porque la tierra no es la misma. Aun así, cuando hay ánimo y plata, desayunan plátano frito con queso, patacón o el famoso tapado: plátano cocinado con pescado. El problema es que comer es un asunto diario y la arepa barata. No la quieren por escuálida, pero los salva.

Los domingos mantuvieron un espíritu particular de día de mercado o de fiesta patronal, incluso después de que terminaran las ollatones apadrinadas por la profesora Clara y sus estudiantes. Zoila, Elicio, Chomba y otros custodios cocinaron unas semanas más. Recogían dos mil o cinco mil pesos entre algunos vecinos y otros ponían las legumbres o los huesos que tenían en sus neveras. Prepararon la típica sopa de queso con huevo entero, arroz arrechó, de ese que lleva queso y salchicha manguera, y un par de caldos de arvejas con tortilla y, por supuesto, más queso. Antes del mediodía los niños rodeaban las ollas con sus platos y sus bicicletas. Las filas de una y otra olla cruzaban todas las esquinas del barrio. Llegaba incluso gente de Las Torres con aguacates para acompañar el almuerzo. Si había peleas entre los vecinos, los papás mandaban a los niños con varios platos o aparecían por los rincones a pedirle a alguien más

que les sirviera. En la casa de Chomba se armaban bailes. Zoila y Chomba eran las encargadas de repartir. Más de una vez creyeron que no iba a alcanzar para todos, pero más de uno repetía. Los últimos que comían eran los leñeros. Lavaban las ollas y se quedaban echando el chisme.

A finales de agosto, sin embargo, llegó el cansancio inevitable de las madrugadas los domingos, de la leña, de subir y bajar la olla, de picar, servir y lavar, y llegó lo que los noticieros se empeñan en llamar normalidad: Froilán regresó a las construcciones, Chomba sacó un puesto de comidas rápidas y ahora vende salchipapas, patacones y empanadas, Zoila retomó el contacto con las organizaciones que mandan ayudas al barrio y Cristina se compró una olla grande para hacer una frijolada próximamente.

Esta tarde de octubre, cuando ya no hay ollatón, Zoila y Elicio hablan de la sonoridad de las palabras que les son propias y que los distinguen. Algunas las mantienen y otras se extravían. Llamen liga al pedazo de carne, primitivo al murrapo y guarengue a los abismos. Están convencidos de que no todos los negros espesan olla ni tienen la misma sazón, pero algunas ventajas llevan en la sangre. Aprendieron a cocinar no más viendo, aprovechando esos ojos grandes. Cocinan desde los nueve o diez años y no un plato o dos sino sopas para treinta o cincuenta trabajadores de una finca. “Chocoano que aprende un arte es porque lo ve”, dice Deison, otro custodio. “Nosotros no podemos decir que nos capacitaron. Todo lo que hace el chocono lo aprende pasteando”. Es decir, mirando a lo lejos. Salieron siendo unos niños de su tierra, y tuvieron que aprender a defenderse solos.

—A cocinar y a bailar champeta. Negro que se respete baila champeta — agrega Zoila.

Este diciembre bailarán una canción que les compuso Clara, acompañada por Tito Montoya, fundador de Pachanga Orquesta, a partir de los audios que le grababa Zoila cada domingo. Una canción final en clave de salsa brava que dice: Epa, epa, el sancocho ya viene; epa, epa, viene bien.

Don Elicio el fuego, atice pues, atice pues...

Que el mercado ya viene y la fiesta viene también...

Que lo traen del Cauca y del Magdalena...

Epa, epa, el sancocho ya viene; epa, epa, viene bien. ©



Nostalgia de la cachucha perdida

por RICARDO CARVAJAL • Ilustración de Rudo Trazo

Después de despertar mis ganas mostrándome por un buen rato las imágenes de mujeres con los senos al aire durante el recién celebrado Festival de Woodstock, Fercho cerró con rabia la revista y la arrojó contra el piso: “Ni por el putas quiero llegar virgo a los quince y si vos también querés botar cachucha, tenés que ayudarme a conseguir plata pa pagar las viejas”. Yo era seis meses menor que él y a pesar de que llevaba tiempo soñando con el día de mi primer encuentro sexual, no me entusiasmé mucho. “Yo cómo te voy a ayudar si escasamente me dan los pasajes”, le dije. “Pues la vamos a conseguir en el negocio de mi papá”, respondió.

La cigarrería quedaba en el Centro de Medellín, justo en Guayaquil, y cuando yo pasaba en el bus veía las prostitutas paradas en las aceras boleando un llaverito o jugando con una diminuta carterita que les servía de caja registradora, o simplemente fumando a la espera de un cliente con ganas de pecar. Acordamos que el viernes en la tarde Fercho le ayudaría al papá con las ventas y yo arrimaría a comprar un paquete de Lucky Strike. Le pagué a mi amigo con un billete de cinco pesos y él me devolvió como si le hubiera pagado con uno de cien, cantidad suficiente para pagar las dos prostitutas que por fin nos iban a convertir en hombres. Metí la mano en mi bolsillo tratando de adivinar los billetes pero el nerviosismo me hacía revolverlos y caminar más rápido y sin rumbo, aterrizado por lo que acabábamos de hacer y por lo que haríamos una hora después. Ya solo quería irme para mi casa y olvidarme de este embeleco, pero estaba comprometido con mi amigo, así que recorrí la carrera Carabobo de norte a sur varias veces, esperando que él saliera para encontrarnos en el sitio acordado.

A medida que caminaba trataba de ver las mujeres que me lanzaban piporos e invitaciones lujuriosas, pero era inútil, el susto no me dejaba apreciarlas, apenas me daba cuenta de que eran mayores y casi todas con buen peso. De tanto caminar y mirar, el susto fue bajando y empecé a observar con más juicio a las mujeres ubicadas en la puerta de cada pensión. Todas, sin excepción, lucían tacones, minifalda estrecha y un profundo escote que parecía no soportar el peso de aquello que ofrecían. Sus caras mal revocadas las hacían lucir como mimos en desgracia. Las cejas delineadas y la pestañina intentaban resaltar y dar vida a sus ojos aunque su expresión no dejaba de ser triste. Pero lo más llamativo era el rojo escarlata que cubría generosamente los labios. Algunas, al ofrecerme “sus servicios” esbozando una sonrisa, dejaron ver la ausencia de algún diente superior, cosa que me ahuyentó de nuevo. Pero nuestra edad y el bajo presupuesto nos habían impedido conocer otros lugares donde la pobreza no fuera el denominador común.

Guayaquil era ya un sector en decadencia y poco quedaba de la vitalidad del comercio y todo lo que se movió en la época de oro del ferrocarril de Antioquia, pero aún quedaban prostitutas que se negaban a aceptarlo y debieron resignarse a vivir de las migajas que dejaban los borrachos y los jóvenes como nosotros en busca de la primera aventura.

A medida que el sol se enterraba en las montañas del occidente, mi ansiedad aumentaba porque el momento de encontrarme con Fercho se acercaba. Luego de unos minutos me di cuenta de que la noche, siempre alcahueta, empezaba a cubrirme de cualquier curioso que pudiera verme desde el bus y corrí a contar en el barrio o en mi casa. Me dirigí a la cafetería que habíamos acordado y pedí una Malta y un buñuelo para calmar el hambre y cargar baterías. Mi amigo llegó diez minutos después, acelerado, como si el papá lo estuviera persiguiendo. “¿Qué tal las viejitas, viste algo?”, preguntó frotándose las manos. “Pues hay muchas pero realmente no es lo que yo esperaba”. “Ah no, aquí no vas a conseguir colegialas, güevón, toca resignarse”. Repartió el billete entre los dos y me dijo que nos viéramos en la misma cafetería en una hora. Parecía todo un experto. Nadie hubiera pensado que era virgen con semejante determinación. Caminé tan rápido que lo perdí de vista, entonces me sentí completamente desamparado. El amigo que me daba un poco de valor, acababa de abandonarme; no sé si fue eso o la gaseosa y el buñuelo pero me dieron ganas de ir al baño. Pensé que podría usar el de la pensión, y me tranquilicé un poco. Entonces me dispuse a encontrar a la primera mujer.

Pero el temor a ser visto desde un bus y el malestar estomacal me impidieron tomarme el tiempo para escoger y terminé contratando la que estaba más cerca. En verdad para mí en ese momento todas lucían igual.

Después de cancelar por adelantado los treinta pesos que incluían el pago de la pieza comencé a subir detrás de ella las infinitas y estrechas escaleras de la pensión, mirando su enorme anatomía; su cabello negro hasta la cintura contrastaba con el vestido rojo corto que dejaba ver sus enormes muslos y que me hizo contener el aire hasta llegar arriba. Al ver la puerta de la habitación apenas pude tragar saliva. Tenía dos alas y estaba cerrada con un pequeño candado que amarraba las argollas de bronce. Sacó la llave de su carterita y al abrir sentí el vaho de una extraña mezcla de colchón de paja y naftalina que salió del pequeño cubículo de dos por dos. El *hardboard* había hecho el milagro de convertir una vieja y amplia habitación en cuatro habitaciones pequeñas. Me sentí el más pobre de los pobres cuando al entrar chirriaron las tablas del piso y vi la estrechez y miseria del cuartico: un catre tubular verde, pintado a brocha, cubierto por un colchón tan encorvado como si no tuviera tablas debajo, me hizo dudar de que pudiera soportar siquiera el peso de ella; un rollo de papel higiénico hoja sencilla y una pastica de jabón Piropro sobre una pequeña mesa redonda y una ponchera vieja, arrugada y llena de agua en el piso terminaban de llenar el cubículo.

Intrigado por lo de la ponchera no quise preguntar para no pasar por primíparo, aunque el miedo y mi prejuicio me delataban. Pensé en correr y hasta pensé en mi mamá como un niño perdido. Y en verdad lo era. Pero ya estaba allí y había pagado así que debía terminar como fuera; además no podía defraudar a mi amigo que en esos momentos estaría en las mismas condiciones.

La mujer, de unos 35 años, comenzó a desnudarse rápido y me hizo señas abanicando una mano para que hiciera lo mismo. Al reclamarle me dijo un poco enfadada que los diez pesos de la pieza solo le daba derecho a usarla por media hora, así que debíamos apurarnos si quería terminar. Como pude me quité la ropa para sentirme, ahí sí, más desprotegido y nervioso. Por primera vez estaba desnudo frente a una mujer y sentí que mi pudor estaba por el suelo arrastrando de paso al resto de mi cuerpo.

Ya desnuda se acostó en el catre llenándolo por completo. Me llamaba con el dedo índice que exhibía una uña larga y encorvada como el pico de un loro, pero mis piernas no respondían y lo demás tampoco. Como pude me acerqué y me deje caer sobre ella preocupado por el catre. No supe qué más hacer. Al tratar de acariciar su cuerpo noté que era demasiado grande para mí y por un momento pensé que si quería podía estrangularme. Pero a pesar de su tamaño y aparente brusquedad, me condujo suavemente entre la jungla haciendo que de repente me olvidara del miedo para dar

paso a mis instintos. Tras unos cuantos movimientos sin mucho ritmo, una fuerte exhalación mía le indicó a ella que los veinte pesos eran suyos. Ni un beso ni un suspiro, y menos una caricia que me transportara siquiera a uno de mis sueños. Todo el esfuerzo, todos los riesgos corridos, tanta ilusión y tanto dinero para nada. Sentí que en ese torrente de semental recién estrenado se me había escurrido el alma.

La mujer me empujó bruscamente sacándome de la cama. “Ahí hay jabón y papel pa que se lave”, dijo. Después de hacerlo me vestí tembloroso mientras miraba aterrado a la mujer en cucullas sobre la ponchera echándose agua, imagen que me persiguió por muchos años.

Se vistió rápido y después de colocar el candado, empezamos a bajar las escaleras, sintiéndonos más extraños que antes. Me alejé sin decir nada pero tratando de esconder la cabeza entre los hombros, al tiempo que la rabia se apoderaba de mí. No podía creer que esto fuera lo que llamaban hacer el amor. Bastaron quince minutos para que se derrumbara el castillo de las noches de adolescente para mis amores imaginarios del barrio.

Me sentí sucio y desgraciado. Ya en la calle me pareció ver las caras de mis vecinos mirándome por las ventanillas de un bus que pasó.

Yo, que hasta hace poco era un niño rezandero y pulcro, en cuestión de dos horas me había convertido en cómplice de robo y depravado sexual. Y para colmo, el olor del pequeño jabón en mis narices me lo seguía recordando. El impacto fue tan grande que no quise saber de relaciones sexuales hasta pasados los diecisiete años.

Me tranquilicé un poco al ver a Fercho en la cafetería con cara de satisfacción: “¿Cómo te fue?, dijo. “Bien, ¿y a vos?”, “Muy bien”. “¿Vamos?”, “Sí, vamos”.

Mi amigo alardeó un poco en el bus, yo iba callado, no podía sacarme de la mente la imagen de la mujer en cucullas sobre la ponchera.

No volvimos a hablar hasta el siguiente jueves cuando Fercho me pidió que lo acompañara al Centro. Esta vez iba callado y su mente parecía extraviada. Al bajar del bus, en pleno Barrio Triste, noté que unas treinta personas hacían fila frente a una vieja edificación de paredes descascaradas. Fercho se ubicó al final de la fila y yo detrás de él. “¿Qué es esto aquí?”, pregunté. Sin separar los labios me respondió: “El profiláctico”, “¿El qué?”, “El profiláctico, güevón, me pringaron”.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

HABITACIÓN CON VISTA

Una noche de tertulia traje al zarzo a Picasso, y con él a su monumental *Guernica*. Un esguince traje a Dalí, y con él a su inquietante *Persistencia de la memoria*. Tras estos dos cuadros emblemáticos, se pasó a recordar obras de menor calado, si así puede nombrarse cualquier trabajo nacido de tan conspicuas manos. Quien aquí escribe aportó dos, una por artista: el picassiano retrato de Gertrude Stein (sobre el cual hay una anécdota; alguien, mirando el lienzo recién terminado comentó al autor que no se parecía mucho a la modelo; “Ya se parecerá”, dijo proféticamente el malagueño). La otra pintura convocada fue un retrato de la adolescente Ana María Dalí hecho por su hermano, un promisorio Dalí desprovisto aún de sus bigotes galácticos; en realidad, el cuadro que aquí se menciona hace parte de una serie de Ana Marias realizada por el pintor y ubicadas todas, creo, en un mismo ambiente, la casa familiar de Cadaqués. La que aquí comparece muestra a la modelo, de espaldas y de pie, frente a una ventana que se asoma al mar. Una brisa leve casi que agita las cortinas; vestida con ropas holgadas, la joven se adivina generosa de carnes; pero, atención, es pudoroso el ojo que la mira. Hay en todo aquello una suerte de placidez, una mirada limpia y ligera, capaz sin embargo de suertarse ese algo inefable que es, acaso, el poder supremo del arte. Por lo demás, sabemos que lo que ella y nosotros vemos es el Mediterráneo, ese Mare Nostrum que de algún modo, sospecha uno, presidió siempre la creación del andaluz y del catalán. Pero esto puede ser tema de otra tertulia.

P. D. García Lorca, visitante por esos tiempos de los Dalí, sintió por Ana María un afecto fraterno. De las varias cartas que le escribió, te doy, lector, esta frase: “Lo he pasado tan bien en Cadaqués que me parece un sueño bueno que he tenido. Sobre todo el despertarse y encontrarse ‘con aquello’ que se ve desde la ventana”. Como ves, no tiene desperdicio.

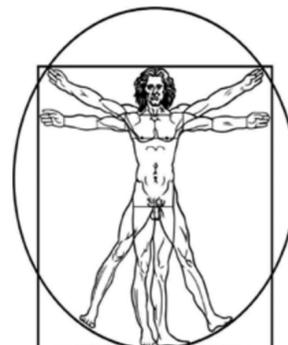
CODA

Una dama ordena a su empleada doméstica que ponga orden al revuelto estudio de la casa. La empleada lo hace con tal eficiencia que ordena también el caos del enorme *Guernica* que ocupa la pared del fondo. No es de contar, sino de ver, y es un ejemplo antológico del trabajo de Quino, grande y feroz maestro del humor gráfico. Este cronista prefirió esa fase suya a *Mafalda*, la tira cómica de corta vida y eterno retorno. Lo mejor de ella son tal vez sus comparsas, y entre ellos Felipito, alma gemela de quien te habla, y Guille, ese anarquista en estado puro que este humilde cronista hubiera querido y no pudo ser. En cuanto a su hermana Mafalda, la salva su aversión a la sopa, que hace de ella, pese a todo, una niña de carne y hueso; aunque su autor decía que aquella sopa era una metáfora. Nuestro deber, como seguidores suyos, es darle la razón. Qué le vamos a hacer.

CODA 2. Para espeleólogos.

A raíz del crimen cometido hace dos meses en un CAI de Bogotá, se rescata aquí esta joya eufemística: “Un posible exceso de dos policías que actuaron contra el señor Javier Ordóñez, quien murió posteriormente...”.

Su autor es un prohombre antioqueño, ilustre habitante de las cavernas. Busca, lector, y encontrarás.



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

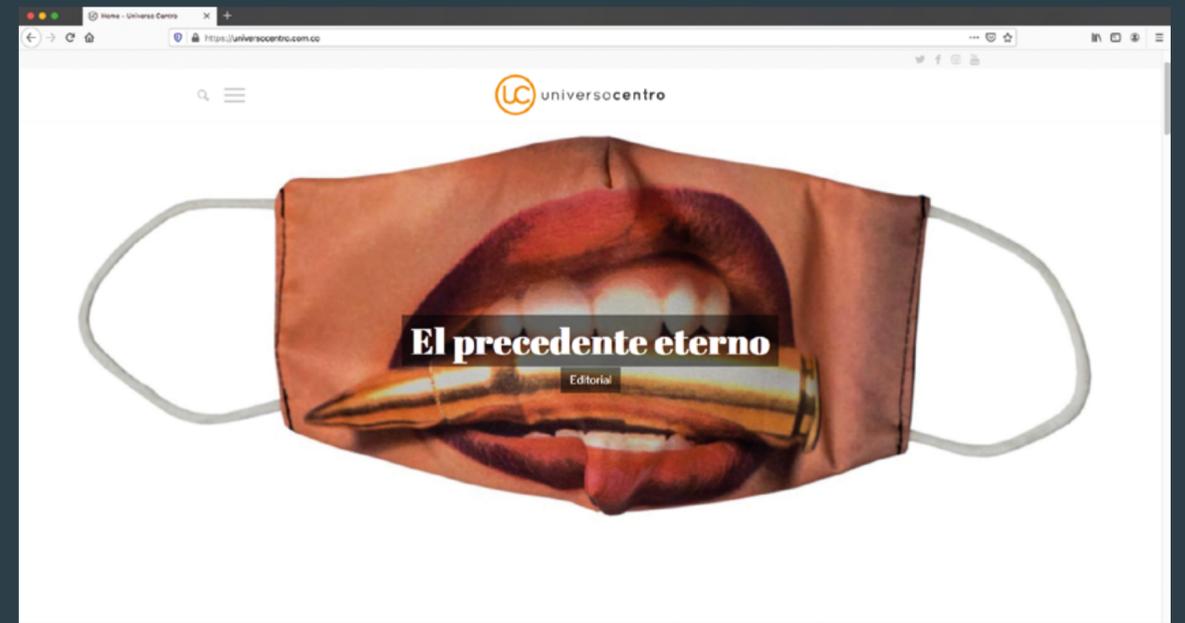
Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



El tiempo se acaba. Juan Fernando Ospina 2020.

Estamos estrenando página web



Visítanos en universocentro.com.co

HAY FESTIVAL JERICÓ

Imaginemos un buen futuro
Del 22 al 24 de enero del 2021

Disfrutemos de la conversación, el encuentro y la cultura mediante la música, la literatura y el cine.

2021: presencial y virtual

Más información en www.comfama.com o www.hayfestival.com

También puedes comunicarte al **360 7080** (para el Valle de Aburrá) o sin costo al **01 8000 415455** (para el resto de Antioquia).

Compra tus boletas en www.latiquetera.com

Aforo limitado*

comfama

© Código Pálpico VCC 1132

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

exlibris.com.co

Libros, café y comida :
3003628240 
(y en rappi)

Seguimos leyendo




itaca

Gastronomía personalizada
Embutido artesanal

HACEMOS DOMICILIOS
en Medellín
TODOS LOS DÍAS
De 12 m a 4 pm
CEL. 3207908977



PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro
a través de Domicilios.com

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: **2302522**



Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

ALMUERZOS
PRODUCTOS ARTESANALES
Y OTRAS DELICIAS

BUN·DI
PUNTO DOS

DESDE EL COMEDOR DE Pascasta

LUNES - SÁBADO
11AM - 3PM

3845565713
@BUN_DI.2



CHARCUTERÍA ARTESANAL - SODAS Y COCTELES
ALIMENTOS CONGELADOS

CHARCUTERÍA - BAR
PARA LLEVAR A CASA

Adquiérelos en nuestro local en el barrio Carlos E. Restrepo o a domicilio para todo Medellín. Más información:
300 6165115 - 300 6132256



HACEMOS DOMICILIOS, NO HAWAIIANAS



Cll 49ª #64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co

Temporalmente solo domicilios de pizzas. De Martes a Domingo a partir de las 5pm.

RESTAURANTE
CARRERA 50 # 59-13 • TEL. 584 22 23

SABORES DE ARIS

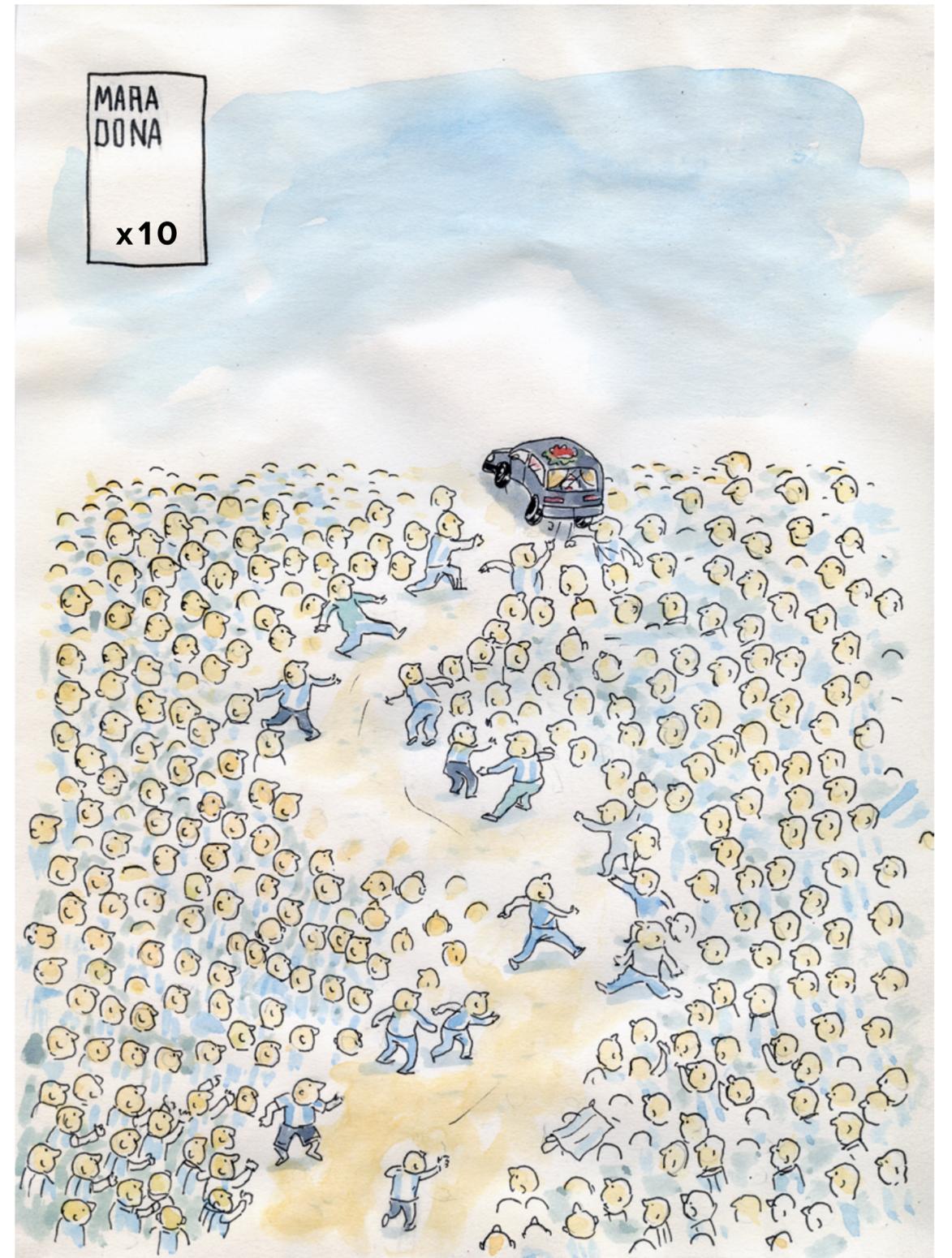
Restaurante Gourmet
Servicio a Domicilio 3148457974   

HAY PIEDRAS CON LAS QUE VALE LA PENA TROPEZARSE MÁS DE UNA VEZ

OPALO
bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A DOMINGO DESDE LAS 4:00 PM
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58



Canaguar 

Revista de cine colombiano

Una publicación de **cinéfagos.net**

 canaguaro.cinefagos.net



comfama

Parques Comfama:
un plan seguro

Arví | Rionegro | Copacabana | La Estrella | Guatapé | Zungo

Disfruta del encuentro con la naturaleza, el juego
y el aprendizaje en los parques Comfama.

Más información en
www.comfama.com